Benito Olmo

LOS DÍAS FELICES

Lectulandia

Ayla lo tiene todo en contra. Tiene dieciséis años, es inmigrante, se gana la vida boxeando y, por si fuera poco, debe cuidar a su padre enfermo de alzhéimer.

La irrupción de alguien de su pasado la obligará a tomar parte en un peligroso juego de favores, deudas y engaños. Además, propiciará el reencuentro con Mascarell, un desastroso detective embarcado en un encargo de lo más peculiar.

Mientras tanto, se desarrolla una lucha de poder por manejar los hilos del lado más oscuro de Frankfurt que acabará salpicando todo de sangre.

Benito Olmo

Los días felices

Mascarell y Ayla: 02

ePub r1.0
Titivillus 24.07.2023

Título original: *Los días felices*
Benito Olmo, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

I. Decisiones

II. Negocios

III. Agujeros

IV. Soluciones

V. Imparables

VI. Los Días Felices

VII. Poder

Agradecimientos

A Fernando

Nota del autor

—

Estimado lector:

Siempre he pensado en la lectura como un juego y un desafío a la imaginación. Partiendo de esta premisa, me gustaría proponerle un pequeño experimento.

Esta novela puede leerse de la manera tradicional, esto es, empezando por la página 1 y terminando en la 289. Sin embargo, he alternado entre los capítulos un interrogatorio dividido en cuatro partes que vertebra y da sentido a la trama.

Un modo de lectura alternativa sería leer en primer lugar el interrogatorio al completo. De esa forma, dispondrá de información privilegiada que le colocará en un plano de conocimiento superior a la hora de encarar el resto de la historia. Después podrá leer la novela desde el principio, saltándose cada pieza del interrogatorio.

Dejo la decisión en sus manos. Sea cual sea la opción que elija, espero que disfrute la lectura.

Propuesta de lectura alternativa:

1: Interrogatorio (1)
2: Interrogatorio (2)
3: Interrogatorio (3)
4: Interrogatorio (4)
5: De **«Nielsen»** hasta el final

I. Decisiones

Interrogatorio (1)

—

¿Queréis saber cómo murió Junior?

Junior se pasó de listo. Tomó una de las peores decisiones de su vida en base a la absurda certeza que movía cada uno de sus actos: todo el mundo era idiota menos él.

Creerse más listo que la inmensa mayoría tuvo consecuencias fatales para el pobre Junior. Podría decir que no se merecía lo que le pasó, pero no quiero engañarles: el muy capullo hizo méritos de sobra para ganarse ese final.

Todo comenzó la noche que llevó a su padre a ver a la vieja Baobab.

Elijo ese día como podría escoger cualquier otro, ya que la insensatez de nuestro querido Junior viene de mucho antes, pero no creo que sea necesario resumir su vida y obra para que se hagan una idea de por qué terminó en aquella fosa con un agujero en el estómago del tamaño de una impresora barata.

De acuerdo, me ceñiré a los hechos.

Como decía, esa noche Junior llevó al señor Nielsen a ver a la vieja Baobab. Eso no formaba parte de sus funciones, pero el tipo que conducía de forma habitual no fue a trabajar ese día y le encargaron sustituirlo. ¿Qué podía hacer, si no? Tampoco es que haya un sindicato de matones al que hubiera podido quejarse, precisamente. Aunque existiera algo así, Junior no era de los que protestaban. Su mentalidad de soldado fiel no le dejaba mucho margen de maniobra y tomar sus propias decisiones no se le daba demasiado bien. De hecho, ya saben cómo le fue la última vez que lo hizo.

Por eso, cuando le dijeron que tenía que hacer de chófer durante unas horas, se puso al volante sin protestar. En el fondo, se sentía afortunado por tener la oportunidad de conducir aquel inmenso Jaguar, aunque jamás lo habría reconocido abiertamente.

Junior apenas llevaba unas semanas en Frankfurt. Había regresado después de una infructuosa etapa de dos años en Holanda. Durante ese tiempo no hizo otra cosa que colocarse y delinquir de las formas más variadas e imaginativas posibles. Por eso, el señor Nielsen decidió traerlo de vuelta antes de que llamase la atención de las autoridades holandesas. Lo último que quería era que su hijo terminase detenido o encarcelado cuando aún no había cumplido los veinte.

Ordenó que Junior empezara desde abajo y lo puso a cargo de su seguridad, como un gorila más. De esa forma, se dijo, lo tendría controlado y lo

vigilaría para que no cometiera ninguna estupidez.

Con el señor Nielsen acomodado en el asiento trasero del Jaguar, Junior arrancó y se dispuso a seguir al pie de la letra las indicaciones del GPS. Como de costumbre, su padre lo ignoró y dejó que su mirada se perdiera en el exterior, súbitamente interesado en cualquier cosa que pudiera haber al otro lado de la ventanilla. Junior se había habituado a volverse invisible cuando se encontraba en su presencia, pero ese día, al observarlo a través del retrovisor, tuvo la impresión de que algo no iba como debía. La frente arrugada y los labios apretados del señor Nielsen certificaban que estaba preocupado por algo. También le pareció que respiraba de forma pesada e incluso se permitía algún suspiro ocasional.

Más le valía estar en guardia, concluyó; por lo que pudiera pasar.

Cuando tomaron la carretera que salía de Offenbach, Junior tuvo que comprobar el navegador para asegurarse de que seguían en la dirección correcta. Las elegantes ruedas del Jaguar no habían sido concebidas para adentrarse en aquellos carriles polvorientos y llenos de baches, aunque la suspensión se comportó con bastante dignidad. Observó de nuevo a su padre, por si acaso la visión de aquella carretera angosta lo perturbaba, pero este ni siquiera parecía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—Haz el favor de mirar a la carretera —dijo el señor Nielsen.

¿Qué pasa? ¿Es que no quieren saber lo que sucedió? Entonces déjenme que lo cuente a mi manera. Me importa una mierda si les gusta o no. Pueden creer cada palabra. No gano nada con mentir a estas alturas.

—Disculpe, señor Nielsen.

Lo dijo con sorna, haciendo énfasis en ese «señor Nielsen» para sacar a su padre de quicio, pero este no pareció darse cuenta y siguió ignorándole sin piedad.

Junior volvió a mirar al frente, enfurecido por su propia torpeza, y resolvió poner todos sus sentidos en la carretera. Reconoció el sendero que conducía a Los Días Felices, el desguace regentado por el clan de los Popescu. Nada le interesaba menos que encontrarse con esa gentuza, cuya fama de pendencieros era legendaria. Había oído que en Los Días Felices se celebraban casi a diario veladas multitudinarias que incluían peleas de perros, de personas y de prácticamente cualquier cosa que pudiera mantenerse en pie el tiempo suficiente como para ofrecer un buen espectáculo. Normalmente, los Popescu no causaban problemas si no te acercabas a su territorio, pero eso era precisamente lo que estaban haciendo, así que Junior obligó al Jaguar a acelerar para salir de allí cuanto antes.

Una vez rebasado aquel recodo, la voz monocorde del GPS avisó de que se encontraban a cien metros de su destino.

—Aparca ahí —ordenó Nielsen.

Junior obedeció y estacionó frente a un chalet rodeado de una herrumbrosa valla metálica. El jardín estaba repleto de malas hierbas y se veían algunos trastos tirados aquí y allá, a un nivel de dejadez que le hizo pensar que se trataba de un caserón abandonado.

El señor Nielsen descendió del vehículo y se adentró en la parcela sin mediar palabra. Junior bajó con rapidez y estuvo a punto de preguntarle si quería que lo acompañara, pero se contuvo a tiempo. De haber querido compañía se lo habría dicho. Además, habría tenido que ser imbécil para dejar el Jaguar allí sin vigilancia. Por eso guardó silencio y se apoyó en el capó, dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta.

Echó una ojeada en torno. El lugar se encontraba desierto, pero la cercanía de los dominios de los Popescu era un motivo más que suficiente para no relajarse, de modo que se abrió la chaqueta y apoyó la mano en la culata de su pistola como por descuido. Esperó que eso bastara para disuadir a cualquier posible asaltante de intentar algo contra él, contra su padre o contra el maldito coche.

El señor Nielsen llegó hasta el caserón y llamó con los nudillos. Tras varios segundos, la puerta se abrió y dejó salir un débil resplandor de color violeta que se reflejó en su rostro con pereza, como si lo lamiera.

Y allí, recortada en el marco de la puerta, Junior vio por primera vez la silueta de la vieja Baobab.

El interrogatorio continúa AQUÍ.

Nielsen

—

Baobab estaba como siempre. Nielsen tenía la impresión de que un día envejeció de golpe y se quedó así, tan arrugada y ajada que los años resbalaban sobre ella sin encontrar un lugar en el que agarrarse. Hizo un esfuerzo para no quedarse mirando su peculiar barbita de chivo, compuesta por una docena de pelos blancos y gruesos como cables que asomaban de su barbilla como si fueran la parte visible de un entramado mayor.

—Hola, Arthur.

Poca gente se tomaba la libertad de llamarle por su nombre de pila, pero había confianza. Invitó a Nielsen a pasar al caserón, que en realidad era poco más que una cabaña pobremente iluminada por una lámpara de lava que hería la estancia de una penumbra de color violeta.

Baobab rodeó la mesa con pasos cortos y perezosos y ocupó su lugar habitual. Nielsen tomó asiento frente a ella. Se midieron en silencio unos instantes antes de que la anciana tomara la palabra.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto, en realidad.

—¿Cómo va todo?

Antes de responder, Nielsen echó una ojeada en torno. Todo estaba tal y como lo recordaba, como si no hiciera ya algunos meses desde la última vez que estuvo allí. Reconoció los cuadros antiguos, las vitrinas repletas de objetos polvorientos y, en un rincón, el perro disecado en aquella pose absurda, con el hocico tan estirado que resultaba imposible saber si estaba sonriendo o implorando que acabaran de una vez con su sufrimiento. Los ojos de cristal no ayudaban a suavizar esa impresión, ni mucho menos. Nielsen se había preguntado alguna vez si aquella mueca terrorífica era intencionada o un error del artesano, pero tanto daba. Quien

hubiera convertido el cadáver de aquel pobre animal en esa monstruosidad se merecía un tiro en las rodillas.

—Me vendría bien tu opinión.

Era una bonita manera de acometer de una vez los motivos que lo habían llevado hasta allí. Baobab se permitió saborear el momento antes de sacar de algún lugar bajo la mesa un mazo de cartas.

—¿Algo en concreto?

Nielsen llevaba varios días pensando en la mejor forma de presentar aquel asunto sin desvelar detalles que pudieran comprometerle, aunque tampoco es que importase demasiado. Baobab no necesitaba saberlo absolutamente todo para cumplir con su parte.

A priori, la decisión no era tan difícil. Dejar entrar a los nigerianos en el negocio era una decisión obvia, casi una consecuencia lógica. Había tantas ventajas implícitas en una relación con ellos que habría tenido que ser idiota para no verlo. La más importante sería abrir al fin el corredor africano, que tan buenos resultados había dado en el pasado. Todo indicaba que el futuro apuntaba hacia aquel continente y que una relación fluida con Ngoye y los suyos facilitaría mucho las cosas.

Si todavía no había tomado una decisión era por un motivo obvio: dejar entrar a esa gentuza implicaría ceder parte de su poder.

Nielsen había disfrutado de autonomía y libertad durante demasiado tiempo como para sentirse cómodo ante la posibilidad de rendir pleitesía a unos nuevos socios, que sin duda traerían consigo una serie de restricciones y exigencias que amenazarían su hegemonía.

Por eso estaba allí.

—Las cosas están cambiando —dijo.

—¿Para mejor?

—Tanto da. Sospecho que esos cambios me vienen impuestos y no hay nada que pueda hacer para evitarlos.

—Siempre tenemos opción, Arthur. No necesito decirte cómo funciona el mundo, ¿verdad?

Nielsen observó de nuevo al perro disecado. Sus ojos de vidrio le devolvieron una mirada plana, pero se permitió perderse en ella mientras pensaba en los acontecimientos de las últimas semanas. El

sonido del mazo de cartas barajándose rasgó el ambiente y se obligó a contener el suspiro que había comenzado a ascender por su garganta.

—¿Qué debo hacer, Baobab?

Era la consigna. No necesitaba decir mucho más. La anciana dispuso una serie de cartas sobre la mesa y las observó con atención, sin dejar de acariciarse los pelos de la barbilla.

—¿Cuánto lo deseas?

¿Qué podía responder a algo así? No tenía ni idea y Baobab se hizo cargo de sus dudas con un cabeceo.

—Veo peligro.

Esa vez, alzó la vista y lo miró directamente, con el semblante serio y los ojos entrecerrados. Nielsen notó como varias gotas de sudor traicioneras brotaban de la nada y se deslizaban en el interior de su camisa. Trató de sobreponerse para que su voz sonara clara, a pesar de todo.

—¿Qué peligro?

—Veo el final de algo. Bien podría ser el tuyo.

Señaló una de las cartas. Nielsen tuvo que leer del revés para saber qué diablos simbolizaba aquella figura.

«La Luna».

No tenía ni idea de por qué esa carta en concreto era tan importante, sobre todo cuando a su lado estaba aquella otra, tan reconocible, ilustrada con un esqueleto sobre una inscripción tan temible como familiar: «La Muerte».

—¿Mi final?

Baobab no varió su expresión, invitándole a escoger él mismo la respuesta. A Nielsen le pareció que la decisión era obvia: a tomar por culo los nigerianos. Si tenía que haber un final, no iba a permitir que fuera el suyo. Obviamente, era más fácil decirlo que hacerlo, pero empezó a pensar en la mejor manera de plantearle aquel asunto a De la Fuente.

Sin embargo, como si hubiera intuido lo que estaba pensando, Baobab negó, muy despacio.

—En algo tienes razón, Arthur: no hay mucho que puedas hacer.

Señaló otra carta: «El Loco». Su rostro adquirió la gravedad de las malas noticias, como si la presencia de aquella figura implicase algo más allá de su entendimiento.

—¿Entonces no tengo ninguna posibilidad?

La anciana se encogió de hombros, «Eso no es cosa mía», y Nielsen sacó sus propias conclusiones: la alianza con los nigerianos se produciría, quisiera él o no. Oponerse solo serviría para acelerar el fin de su reinado.

—Tiene que haber una manera.

Fue consciente de que sonaba desesperado, pero no le importó. No pensaba rendirse. Solo un necio aceptaría un destino tan funesto sin pelear.

—¿Qué puedo hacer, Baobab?

La bruja hizo un gesto para darle a entender que aquello estaba fuera de sus competencias, pero Nielsen siguió fusilándola con una mirada implorante.

—Eres un gran guerrero, Arthur. Siempre has sido más fuerte de lo que crees.

—¿Pero?

—Ya no eres joven. Has perdido el ímpetu y el hambre. Tus rivales lo saben y piensan aprovecharse de ello.

Nielsen apretó los puños. Si cualquier otro se hubiera atrevido a dirigirse a él en aquellos términos, lo habría mandado ejecutar en el acto, pero a Baobab se lo permitía todo. O casi.

«No pienso caer sin pelear», estuvo a punto de responder, pero ignoraba si le dejarían intentarlo siquiera. Para ello, tendría que plantar cara a los nigerianos y a la mismísima De la Fuente, que no dudaría en ordenar su eliminación si echaba a perder el trato con los africanos. Se encontraba entre la espada y la pared, o más bien entre la espada y el resto del mundo, que venía a ser lo mismo.

Baobab extrajo de algún otro lugar de debajo de la mesa un paquete de tabaco y un cenicero. Se colocó un cigarrillo en los labios y lo encendió sin mirar a Nielsen, como si de esa manera resolviera darle algo de espacio para que rumiara sus preocupaciones.

—Ayúdame, Baobab.

Ni siquiera se molestó en no sonar abrumado, consciente de lo que estaba en juego. No pensaba marcharse de allí sin una respuesta. Necesitaba saber cómo enfrentarse a su destino y al más que posible ocaso de su carrera.

Baobab lo observó con detenimiento, como si le sorprendiera su

determinación, pero Nielsen creyó ver algo más. Tuvo la impresión de que se estaba planteando si valía la pena ayudarle. Tras unos segundos, la anciana dio una larga calada y dejó el cigarrillo en el cenicero con un gesto de resignación. Como si hubiera decidido que, tal y como estaban las cosas, no perdería nada por intentarlo.

—Incluso un gran guerrero necesita algo de ayuda, de vez en cuando.

Dejó el mensaje en el aire y se puso en pie con lentitud, el peso de los años lastrando cada uno de sus movimientos. Se dirigió al aparador en el que se encontraba el perro disecado. Rebuscó en los cajones, uno tras otro, mientras negaba para sí misma.

Nielsen la observó sin disimular su excitación. Si había una posibilidad de superar aquel escollo, por mínima que fuera, estaba dispuesto a probarla. ¿Qué tenía que perder?

—Ajá.

Aquella única palabra lo alborotó. La anciana regresó a la mesa portando una hoja de papel que había sido doblada varias veces, como si hubieran querido reducir su tamaño al mínimo.

—Hay una manera.

Nielsen asintió, «Sí, lo que quieras», sin perder de vista el trozo de papel ni dejar de imaginar lo que iba a encontrar en su interior. ¿Tal vez un amuleto? ¿Una pócima que le devolvería el vigor y la confianza? ¿Una receta contra el mal de ojo?

Baobab desplegó con cuidado el documento ante ella. La desilusión hizo que Nielsen soltara de golpe todo el aire que estaba conteniendo.

—¿Qué diablos es esto, Baobab?

La hoja parecía haber sido arrancada de una revista. En el centro de la página había una fotografía de una hermosa pistola modelo Luger. Más abajo, una breve descripción incluía algunos datos técnicos, como el tamaño, el peso y el calibre, y la catalogaba como una antigüedad fechada en 1923. Una antigualla que, a primera vista, no resultaba especialmente bonita. Más bien parecía un armatoste que podría llegar a estallar si alguien trataba de hacerlo funcionar.

—Esto, Arthur, es un arma muy poderosa.

Nielsen buscó alguna señal de que estuviera bromeando, pero el rostro de la anciana había adquirido una trascendencia que antes no

estaba allí. También el tono había cambiado y se había vuelto solemne. Reverencial. Como si hubiera tratado de imprimirle la importancia que el momento merecía. Tuvieron que pasar varios segundos antes de que empezara a considerar la posibilidad de que aquella maldita pistola fuera de verdad tan importante.

—¿Qué… qué tengo que hacer con esto?

Extendió la mano hacia la página y la dejó allí, sin llegar a tocarla.

—Perteneció a un militar muy valiente —explicó Baobab—. Con ella ganó batallas y obtuvo victorias donde otros habrían fracasado sin remedio.

Nielsen asintió, sin tenerlas todas consigo. La anciana continuó, ajena a su desconfianza.

—Obviamente, no se trata de un arma hecha para cualquiera. Necesita una mano poderosa que la sostenga. Si no, no es más que un trozo de chatarra.

Los ojos de Baobab brillaron de forma extraña al pronunciar esas palabras. Nielsen comprendió adónde quería llegar y notó un hormigueo nervioso en la punta de los dedos.

—¿Yo podría empuñar esa pistola?

En lugar de responder, la bruja colocó la mano sobre la hoja, justo encima de la fotografía del arma. Puso los ojos en blanco y murmuró una letanía. Nielsen apenas podía oírla desde su posición, pero algunos sonidos aislados le hicieron pensar que hablaba en un idioma desconocido, probablemente alguna lengua muerta que empleaba para sus hechizos, así que no se atrevió a interrumpirla.

La letanía se fue apagando de forma gradual. Baobab abrió los ojos y observó de nuevo a Nielsen. Algo había cambiado en su rostro, como si esos segundos de meditación hubieran bastado para abrir su mente a nuevas cotas de conocimiento.

—Arthur, esta arma te pertenece.

Lo dijo como si no pudiera dar crédito a sus propias palabras. Nielsen apenas pudo disimular la explosión de júbilo que se produjo en su pecho. Era el mejor veredicto posible. Si Baobab estaba en lo cierto, esa pistola le ayudaría a enfrentarse a los nigerianos y a imponerse sobre sus rivales y sobre la propia De la Fuente.

Y tenía que estarlo, maldita sea. La había visto acertar demasiadas veces como para pensar que le estaba tomando el pelo.

—Dámela.

La anciana suspiró y fue como si el aire huyese de su cuerpo, espantado por lo que hubiera encontrado allí dentro.

—Me temo que no la tengo, Arthur.

Nielsen palideció. ¿Cómo diablos podía decirle que necesitaba aquella arma y posteriormente que no la tenía consigo? Estuvo a punto de exigirle una explicación a gritos, pero se le adelantó.

—Como te he dicho antes, esta arma te pertenece. Diría que todo lo que has hecho a lo largo de tu vida te ha conducido hasta ella. Era vuestro destino encontraros. Fíjate: fue fabricada en 1923. ¿Crees que es casualidad que sea justo ahora cuando os encontráis?

El tono lo reconfortó. Baobab hablaba de aquella pistola como si de un ente se tratase y Nielsen la observó de nuevo. Esta vez se fijó en todos los detalles que había en un segundo plano y que había pasado por alto en un primer momento. En una esquina figuraba el número de página junto con el nombre de la casa de subastas que debía de haber editado aquella publicación. Supuso que no le costaría dar con ella ni, en el caso de que el arma ya hubiera sido subastada, disuadir al dueño para que se la vendiese. Por eso tomó la hoja, la dobló en cuatro y se la guardó al tiempo que se ponía en pie.

—Gracias, Baobab.

Extrajo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Baobab observó el pago con desgana, como si estuviera por encima de tales consideraciones. Tal era la impresión que esa mujer causaba en Nielsen: los dioses la habían puesto en su camino para que le ayudara. El dinero era una forma como cualquier otra de sellar el pacto, ya que la anciana debía alimentar a su numerosa familia, compuesta por tantos tíos, hermanos y primos que casi podrían conquistar Frankfurt si se lo propusieran.

—Consigue esa pistola, Arthur. Cuando la tengas en tu poder, nada ni nadie podrá detenerte.

Hablaba sin emoción, como si se limitara a señalar un hecho incontestable. Rubricó la sentencia con una calada que dejó ante ella una neblina grisácea con ínfulas de aura mística. Si en aquel momento se hubiera puesto a levitar, a Nielsen tampoco le habría sorprendido.

No esperó a ver si sucedía. Simplemente, le dio la espalda y salió

de la cabaña sin despedirse. La congoja que llevaba varias semanas robándole el sueño y la tranquilidad se resistía a disiparse, pero al fin veía una salida, lo que no dejaba de ser reconfortante.

«Solo tengo que hacerme con esa maldita pistola», pensó.

La chica de oro

—

La chica es morena, lleva ropa interior de encaje y baila sobre unos tacones que añaden unos buenos ocho o diez centímetros extra a su estatura. La danza es sensual, diseñada para doblegar la voluntad más férrea.

Intento que parezca que estoy disfrutando, pero no resulta nada fácil. No puedo dejar de pensar en que este mugriento sofá ha debido de dar cobijo a varios cientos de pajilleros antes que a mí. Me pregunto cuándo fue la última vez que le pasaron un trapo. La intimidad del reservado solo está garantizada a medias por una cortina que separa la estancia del resto del club. A la joven no parece afectarle en absoluto la miseria que nos rodea e insiste en un baile que la lleva a agacharse tanto que casi puede tocar el suelo con la pelvis.

—¿Te gusta, papi?

Se dirige a mí en español porque yo también le hablé antes en ese idioma. Lo hice para ganarme su confianza y diferenciarme de las docenas de clientes que cada día recurren a sus servicios, aunque creo que en realidad le da lo mismo.

—Me encanta.

No sé si he sonado demasiado sarcástico, pero a la chica parece darle igual, concentrada en seguir el ritmo de la música.

—Todo para ti, papi.

Finge un delicioso acento caribeño que alguien debe de haberle dicho que vuelve locos a sus clientes. Le sale bastante bien, pero no consigue enmascarar del todo su deje ibérico. Ha dicho que se llama Cielo y que es de Santo Domingo. En realidad se llama Antonia y es de Pozuelos, pero no vale la pena desenmascararla. No estoy aquí para eso.

—Dámelo todo, papito.

Las frases parecen sacadas de una mala película porno. Me obligo a sonreír, por más repulsa que me provoque este lugar. Trato de no moverme demasiado para no alborotar a los ácaros que intuyo agazapados en el sofá, cuyo tapizado me recuerda al de algunos autobuses urbanos. No me explico que alguien pueda llegar a excitarse en un sitio así. El baile y la propia muchacha están tan fuera de lugar como un vegano en un matadero.

—¿Te gusta, *miamol*?

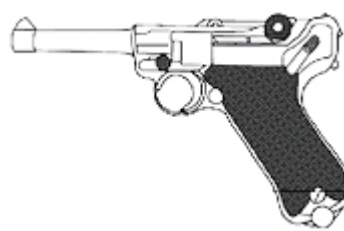
Asiento como un idiota, pero no parece satisfecha con esa respuesta. Creo que se ha dado cuenta de que tengo la cabeza en otra parte. Por eso, reprimo las náuseas e insisto.

—Mucho, Cielo.

Esas dos palabras bastan para acabar con sus sospechas. Redobla sus esfuerzos y acerca tanto su trasero a mi rostro que puedo aspirar el aroma del suavizante que emplea para lavar su ropa interior. Se agacha en una demostración de flexibilidad que me hace envidiar por un segundo su juventud y energía. De repente, da un traspié, pero no llega a caer y se recompone con rapidez sin dejar de sonreír, como si formara parte del *show*.

—Toma.

Me agarra las manos y las lleva hasta sus pechos. Tengo que contenerme para no rechazar el contacto. Por fortuna, lo único que hace es dejarlas allí, sobre la tela de encaje, y sigue bailando sin dejar de mirarme a los ojos. Le sostengo la mirada y me pregunto cuánto tiempo queda para que acabe esta mamarrachada. No veo el momento de salir de este reservado hediondo.



El baile no termina hasta diez minutos más tarde. Me despido y salgo a toda prisa, ansioso por hacerme con un buen cargamento de oxígeno con el que renovar el viciado contenido de mis pulmones.

Una vez fuera del club, tomo asiento en un portal cercano y saco el móvil. La batería está a punto de morir, pero ha resistido el asalto. Abro la galería y busco el vídeo que he grabado ahí dentro.

No se ve nada.

Contengo una maldición mientras paso el vídeo adelante y atrás sin éxito. El reservado estaba tan oscuro que el baile de Antonia ha quedado reducido a una sombra que se mueve de un lado a otro, negro sobre negro. El sonido tampoco es bueno. Habría sido diferente si en lugar de tener el teléfono en el bolsillo lo hubiera dejado en el sofá a mi lado, pero eso habría levantado sospechas.

Medito mis próximos movimientos mientras guardo la microcámara que llevaba camuflada en un botón de la chaqueta. Cuando la adquirí en La Tienda del Espía la última vez que estuve en Barcelona, el vendedor me advirtió que, si quería grabar algo mínimamente decente, debía asegurarme de que el lugar estaba bien iluminado. Por desgracia, uno no siempre puede elegir las condiciones en las que hace su trabajo. Tampoco podía pedirle a esa chica que encendiera la luz del reservado para verla mejor sin despertar sus recelos. Si hubieran llegado a descubrir que me había colado ahí dentro con una cámara, me habrían sacado con los pies por delante.

Lo que más me duele son los cien euros que he desperdiciado en ese estúpido baile privado.

Engullo un omeprazol. Enciendo un cigarrillo para facilitar la digestión y pienso en un nuevo plan. Tres minutos más tarde me pongo en pie, me sacudo la parte trasera de los pantalones y regreso al club. Sobre la entrada, en unas grotescas luces de neón, se puede leer el nombre del local, Die Goldenen Mädchen, que significa algo así como «Las chicas de oro», aunque lo que hay dentro no tiene mucho que ver con aquella popular serie americana.

Nada más entrar, detecto a Cielo a un lado de la barra. Recupera fuerzas con la ayuda de un Nestea. Ha vuelto a colocarse la camisa y la falda que llevaba antes de despelotarse para mí. Me pregunto cuántas veces más llegará a desvestirse y vestirse en lo que queda de noche. Ignoro a las chicas que me salen al paso y voy directamente hacia ella.

—Hola de nuevo.

Arruga la frente y me mira de arriba a abajo. Tarda unos

segundos en reconocerme como el tipo que acaba de estar con ella en el reservado. Me apresuro a explicarme antes de que alerte a los de seguridad.

—¿Puedo invitarte?

El ofrecimiento tiene la virtud de cambiarle el gesto desconfiado por una sonrisa luminosa, espoleada por la posibilidad de ganarse algunos pavos extra. No es ningún secreto que las chicas se llevan una comisión cada vez que alguien accede a invitarles a una ronda. También sé que me van a cobrar el Nestea a precio de champán, pero no veo otra salida, así que llamo la atención de la chica que atiende tras la barra y le indico por señas que le sirva un nuevo refresco a mi amiga.

—Gracias, papi.

Sigue empeñada en emplear ese adorable tono caribeño, así que me obligo a sonreír, por más que hoy no me esté saliendo nada bien. La camarera me cobra veinte euros por el puñetero Nestea, pero intento no pensar en ello.

—¿Sabes una cosa? No entiendo cómo nadie puede excitarse ahí dentro.

Señalo el reservado. Cielo, o Antonia, o como diablos quiera hacerse llamar, mira hacia allí con desgana y da un trago. No tiene el menor interés en nada que salga de mis labios.

—Con lo bien que bailas, deberías trabajar en un club de alto *standing* en lugar de en este tugurio.

Esto lo digo en un tono más bajo, por temor a que me oiga la camarera o cualquiera de las otras chicas que pululan por allí. En el hilo musical suena ahora una canción de Enrique Iglesias y algunas de las jóvenes se lanzan a bailar entre ellas, como si estuvieran encantadas de la vida, bajo las miradas ávidas de varios tipos que parecen cadáveres camino del paraíso.

—Esto está bien, papi.

Ni ella misma se lo cree, pero no le importa que se le note.

—¿Me harías un baile privado? En mi casa, un día de estos…

Empieza a negar antes incluso de que termine la frase. Debe de estar acostumbrada a que sus clientes intenten convencerla para ir a un lugar más íntimo.

—Los bailes los hago aquí, papi. Si buscas algo más, te equivocas de chica y de club.

Lo dice sin dejar de sonreír. Comprende mis intenciones e incluso las respeta, dice ese gesto. Es la respuesta tipo que estas chicas deben de dar a cada baboso que, como yo, insiste en conseguir de ellas algo más que un baile. Tengo que desmarcarme como sea. No conozco a esta muchacha y lo único que sé de ella es que el dinero la hace tremendamente feliz. Si no, no estaría aquí.

—Solo un baile, te lo prometo. Te pagaré bien.

Vuelve a negar, pero esta vez se le escapa un breve titubeo. La mención de la pasta es demasiado suculenta como para pasarla por alto, así que aprieto un poco más.

—Cien euros. Es un buen trato.

—¿A qué viene tanto interés, papi? Pensé que te había gustado.

Es una protesta tibia. Se resiste porque tiene que hacerlo, pero en realidad está tanteándome. Si respondo que estoy enamorado de ella, que la quiero para mí sola o alguna memez por el estilo, me mandará a tomar viento. Tengo que ser más sutil.

—Ese reservado es una mierda. Estaba más pendiente de que no se abrieran las cortinas que del baile. Apenas he podido disfrutar.

—Es una pena.

No la apena en absoluto. Da un sorbo a su Nestea y mira para otro lado. Su lenguaje corporal deja claro que no tiene la menor intención de aceptar mi oferta y que mi presencia empieza a ser un incordio. Si sigo insistiendo, llamará a los de seguridad. Decido jugármela.

—Ciento cincuenta. Solo un baile.

La cifra le hace dar un respingo casi inapreciable. Si no hubiera estado pendiente, me lo habría perdido. Intento poner cara de buen chico, aunque no sé si me termina de salir. Debe de funcionar, ya que mira a un lado y a otro y se acerca un poco más para hablarme directamente al oído.

—Trescientos.

Me asalta un sentimiento agridulce: por un lado, estoy entusiasmado por la posibilidad de que acepte la oferta, que es mucho más de lo que esperaba conseguir; por otro, la cifra que ha soltado es un disparate. Estoy a punto de regatear, pero su expresión me disuade de intentarlo siquiera.

—Trato hecho, Cielo. ¿Te parece bien en un par de días?

Necesito ese tiempo para conseguir la pasta. Por suerte, ella me

da una opción aún mejor.

—Si te parece, nos vemos el jueves que viene, *miamol*. Es mi día libre.

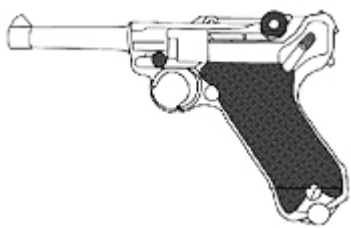
Eso me da una semana, lo que no está nada mal. Le digo que sí, que trato hecho. Agarro una servilleta y anoto en ella la dirección de mi piso. Ya me las arreglaré para justificar la visita de esta estríper a *Frau* Maud, la mujer que me alquila la habitación en la que resido.

—Te espero sobre las seis, si te parece bien.

—¿De la mañana o de la noche?

Respondo que mejor por la tarde, que no me gusta madrugar. Se encoge de hombros y se guarda la servilleta con mi dirección. No tenemos mucho más que decirnos, de modo que se olvida de mí y otea la sala en busca de una nueva presa.

Formulo una despedida que ignora con todas sus fuerzas y abandono el local por segunda vez.



—Eso es mucho dinero, Mascarell.

El hombre que está al otro lado del teléfono tiene razón. Le estoy pidiendo mucha pasta sin ni siquiera una prueba de mis avances en la investigación. No obstante, necesito hacerle entender que sin ese dinero voy a ser incapaz de satisfacer el encargo.

—Le aseguro que valdrá la pena, señor Redondo.

—¿Y para qué necesita trescientos euros más, si puede saberse?

No puedo decírselo, claro. Si le digo que con ese dinero pretendo pagarle a su hija a cambio de un baile privado en mi domicilio, que me niegue la pasta puede ser el menor de mis problemas. Tal vez se decida a coger el próximo vuelo a Frankfurt para venir a patearme el trasero. Ojalá dispusiera de suficiente efectivo como para hacer frente a este dispendio, que después podría cargar en los gastos

derivados de la investigación, pero mi maltrecha cuenta corriente está más vacía que el cerebro de un terraplanista.

—Es mejor que no lo sepa.

El señor Redondo contactó conmigo a través de un amigo común que le aseguró que era de fiar. El motivo, su hija: la joven se había mudado a Frankfurt hacía unos meses con la intención de hacer una pausa en sus estudios durante un año, buscar un empleo en alguna cafetería y aprender el idioma.

No es que ese hombre desconfíe de su hija, pero algunos detalles han despertado sus sospechas. El teléfono de casi mil euros del que Antonia presumió durante su última videollamada, por ejemplo, o el hecho de que dejase el piso que compartía con otras dos jóvenes y haya alquilado un apartamento para ella sola en pleno centro de la ciudad. Lleva un tren de vida demasiado alto para una simple camarera. Para colmo, el señor Redondo descubrió hace poco gracias a un episodio de *Españoles por el mundo* que en Frankfurt hay un formidable barrio rojo donde chicas de toda edad, raza y condición son prostituidas cada día.

Eso lo llevó a barruntar algo terrible. ¿Estaba su hija prostituyéndose para pagar todos esos caprichos? ¿O tal vez había sido captada por una red de trata de personas que la obligaban a dedicarse a ello? Le pareció una locura e incluso llegó a sentirse mal por pensarlo siquiera, pero sus sospechas se acrecentaron cuando, en el transcurso de una videollamada, la vio recién salida de la ducha y constató, no sin incredulidad, que su niña, su Antoñita, ya era toda una mujer.

Es el momento que todo padre teme: el descubrimiento de que la niña de sus ojos se ha convertido en una belleza que tira de espaldas y por la que algunos de sus amigos y conocidos fácilmente podrían perder la cabeza. Hablo sin saber, claro, ya que no soy padre y a estas alturas de la película dudo que llegue a serlo algún día.

No me costó dar con ella. Para alivio del señor Redondo, puedo afirmar con bastante seguridad que Antonia no se prostituye, sino que se limita a hacer bailes privados en el Die Goldenen Mädchen. La joven ha encontrado una manera rápida y más o menos fácil de engrosar su cuenta corriente sin tener que depender de un trabajo extenuante en el que probablemente ganaría menos de la mitad de

lo que le dan por bailar en ese club.

—Me sentiría más cómodo si supiera que la investigación está progresando, Mascarell.

Lo que quiere es alguna prueba, pero no tengo ninguna que vaya a satisfacerle. El vídeo que grabé en el reservado es de tan mala calidad que dudo que vaya a reconocer a su hija. El audio tampoco servirá, debido a que Antonia enmascara su voz con ese acento caribeño que le sale tan bien.

—Confíe en mí, señor Redondo. Le aseguro que en una semana podré darle pruebas de sobra.

—Entonces, ¿la ha encontrado?

—Claro, fui a la dirección que usted me dio y la vi. Por cierto, el apartamento de su hija está en Westend, una de las zonas más exclusivas de la ciudad. El alquiler debe de costarle una pasta.

La pulla cumple su cometido. El silencio del señor Redondo basta para que salga a flote la crispación que acabo de provocarle. Es una jugada sucia, pero necesito estimular su curiosidad sobre la vida que lleva su hija. Podría avanzarle algo, decirle que no es ninguna prostituta y acabar de una vez con su sufrimiento, pero es pronto para eso.

—Está bien, Mascarell. Le haré una transferencia.

Tengo que contener la llamarada de júbilo que me provoca esa respuesta para que no se me note al otro lado de la línea.

—No se arrepentirá, señor Redondo.

—Ya lo estoy haciendo.

Cuelgo antes de que caiga en la tentación de dar marcha atrás. A pesar del fiasco de la grabación en el club, convencer al señor Redondo de que me adelante algo más de pasta es un éxito que no quiero pasar por alto. Gracias a eso podré conseguir pruebas que me permitirán dar por finiquitada la investigación.

Empiezo a pensar en un lugar en el que celebrar este pequeño triunfo con una buena cerveza. Me la he ganado.

Reencuentro

—

Ayla se cubrió como pudo, pero los golpes parecían venir de todas partes. Si bajaba la guardia, sus pómulos y su barbilla se convertían en el objetivo de los puños rabiosos de su adversaria; si la subía más de la cuenta, le castigaba el estómago y las costillas. Eso la obligaba a no dejar de moverse y a mantener una guardia dinámica al tiempo que lanzaba algunas combinaciones que la mayoría de las veces se estrellaban contra los guantes de su contrincante sin mayores consecuencias.

A esas alturas, Ayla ya se había dado cuenta de que aquella chica era más fuerte, más rápida y tenía mucha más experiencia que ella en combate.

Las gradas rugían con cada golpe. Los gritos de Momo conseguían imponerse a duras penas a los alaridos del público, que alentaba a ambas luchadoras a despedazarse. Ayla recibió una serie de golpes a los que respondió con un directo que se perdió en el aire.

Nada más hacerlo supo que estaba perdida.

Su rival aprovechó aquel error para lanzarle un gancho que esquivó por los pelos. De haberla alcanzado, la habría descabezado. Le siguieron algunos puñetazos más que hicieron temblar su guardia y la obligaron a retroceder. Pronto se vio acorralada en la esquina bajo una lluvia de golpes que arreció en cuanto su adversaria intuyó lo cerca que estaba de la victoria.

La salvó la campana. Literalmente.

La chica celebró el fin del asalto con los brazos en alto, lo que provocó un nuevo rugido del público. Ayla supuso que tenía su propio club de fans en las gradas.

Momo la esperaba en su esquina con una toalla en las manos, un detalle que le pareció bastante esclarecedor. Debía de haber estado

a punto de arrojarla.

—Hija de puta. Es una tía porque lo pone en su pasaporte, pero solo por eso.

Ayla fue a afearle el comentario, pero estaba sin aliento y prefirió dejarlo para más tarde. Era su primera velada y estaba pagando cara la inexperiencia. La chica con la que le había tocado pelear era una polaca recia de cuyo nombre no pudo acordarse. Sin duda, se trataba de una veterana en esas lides. Se movía con tanto aplomo como si el ring fuera su hábitat natural.

—Si esto sigue así, tiraré la toalla.

—No tendrás que hacerlo, Momo.

Este arrugó el entrecejo, tanteando su determinación. Ayla sospechó que estaba observando sus pupilas, atento a la menor señal de que hubiera sufrido una conmoción, así que forzó una sonrisa y repitió el mensaje.

—Puedo con ella. Solo tengo que esperar a que se confíe.

No parecía convencido en absoluto, pero el sonido de la campana que anunciaba el comienzo del segundo asalto lo obligó a tomar una decisión.

—A la menor señal de peligro, te sacaré de ahí.

Era lo máximo que iba a conseguir de él, de manera que no insistió y se puso en pie. Trató de infundirse ánimos saltando sobre un pie y sobre el otro y examinó a su contrincante.

Kasya, recordó. Se llamaba Kasya.

Los sentidos agudizados por la excitación la hicieron reparar en algunos detalles de su adversaria que hasta aquel momento había pasado por alto. El hueco minúsculo sobre el labio, donde debía de llevar un piercing de forma habitual; las cejas con cortes en los extremos que le daban un aspecto fiero; el tatuaje de una especie de tigre que destacaba en su hombro. Era unos centímetros más alta que Ayla y llevaba el pelo rubio cortado a lo mohicano.

En cuanto a su forma de pelear, era despiadada e inteligente. Aprovechaba cada error para atacar y tratar de allanar el camino hacia la victoria.

Cuando el árbitro dio la señal convenida, Ayla fue a su encuentro.

La polaca la recibió armando una combinación de golpes apresurados. Como si quisiera finiquitar el combate por la vía

rápida. Ayla esquivó un directo y bajó la guardia justo a tiempo para evitar que un gancho al costado le sacara el aire. El puño impactó contra su codo sin consecuencias.

La cadencia entre un golpe y el siguiente aumentó. La polaca no se molestaba ya en armar combinaciones, sino que observaba y atacaba allí donde veía un hueco en busca del puñetazo definitivo, aquel que le otorgaría la victoria por KO que parecía cantada desde que empezó la pelea.

Entonces se equivocó.

Empezó a lanzar golpes a un costado y al otro. Ayla notó sus codos ardiendo por la fricción y observó a través de los guantes cómo Kasya recrudecía el ataque, alternando ambas manos e imprimiendo un poco más de fuerza cada vez. Al hacerlo, su guardia simplemente se esfumó. Estaba tan convencida de su superioridad que se olvidó de que se estaba exponiendo más de lo necesario, demasiado ansiosa por terminar de una vez por todas.

Se confió. Siempre lo hacían.

Ayla aprovechó las décimas de segundo que mediaban entre un golpe y el siguiente y armó un directo que reforzó impulsándose hacia delante de un salto. El impacto contra la nariz de su adversaria fue tan brutal e inesperado que llegó a poner los ojos en blanco, a punto de perder el conocimiento.

No iba a tener otra oportunidad como aquella, así que no la dejó recuperarse.

Empezó a pegar una y otra vez, con golpes secos y efectivos que castigaron los pómulos de Kasya antes de que tuviera tiempo de cubrirse. Cuando lo hizo, Ayla concentró el ataque en sus costillas y alcanzó a hundirle el puño en la boca del estómago, arrebatándole el aire.

Momo se volvió loco. La jaleó desde su rincón, imponiéndose al griterío reinante, y acompañó cada golpe con una palmada sobre el tapiz para ayudarla a mantener el rimo. Ayla no tardó en tener a su adversaria contra las cuerdas.

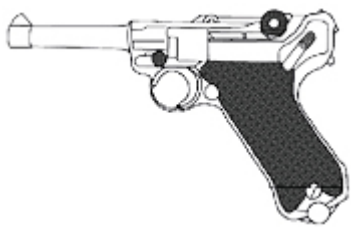
En un arrebato de lucidez, la polaca se abrazó a ella y le inmovilizó los brazos. Ayla trató de liberarse, pero no fue capaz y tuvo que ser el árbitro quien mediara y las separara.

Quedaron de nuevo frente a frente. Kasya la contempló con rencor, furiosa por haberse visto privada de una victoria fácil. Tenía

la nariz hinchada y las mejillas enrojecidas. El público no pasó por alto el cambio de tornas y chilló como si estuviera siendo acuchillado.

Estaban en tablas. En aquel momento, las posibilidades de ganar eran prácticamente las mismas para ambas. La polaca lo sabía y eso la hizo parecer menos segura que antes. Ayla se preguntó si bastaría con eso.

Cuando el árbitro dio la señal para reanudar el combate, ambas fueron a por todas.



Ayla cerró los ojos y se concentró en el dolor. Llegaba en oleadas sordas y se disipaba con la misma rapidez. Los gritos del público le llegaban amortiguados a través de los gruesos muros de hormigón que la rodeaban. Le latía la cabeza a la altura de la sien, fruto de los golpes y la excitación previa, pero el mayor daño estaba en sus nudillos, hinchados y enrojecidos. Abrió y cerró los puños y trató de acompasar su respiración, aún alborotada.

—Has peleado bien.

Abrió los ojos y vio a la polaca en la puerta de los vestuarios. No había ni rastro ya de la mueca furiosa que portaba en el ring, sustituida por una sonrisa comedida.

—Enhorabuena.

Kasya se quitó importancia con un manoteo. Después tomó asiento a su lado y comenzó a quitarse las vendas.

—Te llamas Ayla, ¿verdad?

—Sí.

—Entreno en el gimnasio Kesselstadt. Si alguna vez vienes por Hanau, dame un toque.

—Lo haré.

—Podríamos entrenar juntas y después ir a tomar algo.

A Ayla no le pareció mala idea. Nada cimenta mejor una amistad que darse de hostias durante tres asaltos de dos minutos cada uno.

Se vistió con rapidez y salió.

Momo la esperaba en el pasillo, apoyado contra la pared con los labios apretados. Al verla llegar dulcificó el gesto, visiblemente aliviado de que siguiera de una pieza.

—¿Todo bien, Ayla?

—Sí. Esa chica es mucho más simpática cuando se quita los guantes.

—Podrías haberle pedido la revancha.

Ni siquiera se lo había planteado. Lo último en lo que pensaba en aquel momento era en volver a pelear con nadie. Necesitaba ponerse hielo en los nudillos y descansar de una maldita vez. Momo sacó su cartera y extrajo un puñado de billetes.

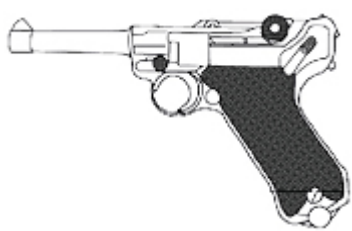
—No es mucho, ya lo sabes.

Claro que lo sabía. Si hubiera ganado, el pago habría sido el triple, pero no había mucho más que hacer. Teniendo en cuenta cómo las gastaba la polaca, podía estar orgullosa de salir de allí por su propio pie.

—¿Tienes cómo ir a casa? Si esperas, puedo llevarte.

—No te preocupes, he venido con Abdel.

La mención de su amigo le provocó un parpadeo de curiosidad. Antes de que llegara a decir nada, Ayla masculló una despedida y se alejó arrastrando los pies.



—He oído que esa tía ganó el campeonato de boxeo de Hessen el año pasado.

Abdel hablaba a gritos para hacerse oír a través del casco y por encima del ruido del motor de la escúter.

—No lo sabía.

—Seguro que Momo no te lo dijo para no ponerte nerviosa.

Ayla pensó que tenía sentido. El frío la obligó a arrebujarse en su chaqueta y se abrazó un poco más a su amigo, que tumbaba en cada curva como si estuviera compitiendo en el Gran Premio de Malasia.

—Cuidado, tío. Lo único que me falta hoy es tener un accidente.

—Tranqui, yo controlo.

—Ya. Eso dicen los que nunca se han caído.

Fingió no oírla, pero redujo la velocidad. Cuando llegaron a las inmediaciones de la Colmena, Abdel detuvo la moto frente al portal y se quitó el aparatoso casco mientras Ayla descendía.

—¿Vas a hacer algo mañana?

—Trabajar, como siempre.

—Avísame si acabas pronto.

Dijo que sí y se alejó, ignorando de forma conveniente la sonrisa con la que Abdel adornó la propuesta. Últimamente tenía muchas salidas como aquella y Ayla temía que en cualquier momento sus insinuaciones fueran un poco más lejos. Le caía bien, pero le aterraba la posibilidad de que su amistad se convirtiera en algo más. Lo último que quería era estropear la relación con el que había sido su mejor amigo desde hacía tantos años.

Subió las escaleras a toda prisa y trató de recomponer su aspecto para que fuera algo menos desastroso, aunque no podía hacer mucho para disimular el desastre. Tenía la nariz y los pómulos hinchados y había empezado a amarillearle la zona bajo el ojo izquierdo. Introdujo la llave en la cerradura y ahogó un suspiro antes de girarla y abrir.

Nada más entrar, supo que algo iba mal. Un áspero aroma a tabaco impregnaba el piso, algo del todo fuera de lo normal, ya que ni la señora Meyer ni, por descontado, su padre fumaban.

No vio a su vecina por ninguna parte. A quien sí vio fue a su padre, aposentado en su lugar habitual frente al televisor, y a una mujer sentada a su lado con un cigarrillo en la mano y un vaso repleto de colillas delante.

—Hola, Ayla.

El saludo fue casual, como si no hubieran pasado más que unas horas desde la última vez que se vieron, en lugar de un puñado de

años. Ayla notó que se le cerraba la garganta y una sensación extraña se instaló en su pecho, a mitad de camino entre el rencor y la curiosidad. Encontró fuerzas para carraspear y rezó por que no se le quebrara la voz. Hacía tanto tiempo que no la veía que casi no la reconoció.

Casi.

—Hola, Tia.

Eclipse

—

Recalo en el Café París, un antro en las inmediaciones de Nordend en el que últimamente pierdo mucho más tiempo de la cuenta.

Ni siquiera es un sitio acogedor. En los cuatro años que llevo viviendo en Frankfurt, lo he visto cambiar de dueño varias veces. Cada nuevo propietario lo remodela, renueva parte del mobiliario y vuelve a bautizarlo. Ha cambiado de nombre tantas veces que no tengo ni idea de cómo se llama en la actualidad, pero todo el mundo lo sigue llamando Café París por un motivo de lo más curioso: alguna vez se llamó así y al tipo que lo regentaba se le ocurrió escribir el nombre en la fachada. Nadie sabe qué clase de pintura utilizó, pero las letras siempre vuelven a brotar, por más que pinten encima una y otra vez. El último dueño pintó el edificio entero de un bonito color verde botella, y en tan solo unos meses han comenzado a asomar la C y la P como si tal cosa, barruntando que en pocas semanas el nombre original volverá a surgir con la terquedad de un ave fénix.

—¿Qué te traes entre manos, Mascarell?

—Demasiado, Firmin.

Firmin está al otro lado de la barra, sentado sobre una nevera mientras trastea su teléfono móvil. Se podría decir que es el único elemento de la cafetería, además del nombre impreso en la fachada, que sobrevive a cada cambio de propietario. Regenta el local desde hace tanto tiempo que sin él ya no sería lo mismo. Es un italiano desgastado, al borde de la edad de jubilación y tan cotilla como una vecina aburrida. Contarle tus problemas es la manera más rápida de conseguir que se vuelvan de dominio público.

—He oído que te has dejado caer por Die Goldenen Mädchen.

A esto es precisamente a lo que me refiero. Alguien debe de haberle contado que me ha visto en el club en el que trabaja la hija

del señor Redondo. La tentación de demostrarme lo bien informado que está es más fuerte que su sentido de la prudencia. Intuyo que trata de sonsacarme lo que he ido a hacer a Die Goldenen Mädchen por si le resulta de utilidad en algún momento.

—Algún vicio tengo que tener, Firmin.

Asiente sin levantar la vista de su teléfono, pero tampoco insiste.

El resto de la clientela del Café París está concentrada en un partido de la Bundesliga que están retransmitiendo en un televisor anclado a la esquina más mugrienta del local. Bebo en silencio mientras observo uno por uno a todos aquellos palurdos y me pregunto qué los habrá hecho recalar en un estercolero como este. Hay lugares mucho más limpios y agradables en los que tomarse una copa, pero no soy quién para juzgarlos. Yo mismo me he vuelto asiduo a este agujero a pesar de que la cerveza no está demasiado fría, no me pilla cerca de casa y Firmin me cae gordo. Cualquiera de esos motivos debería bastar por sí solo para que deje de venir, así que ni yo mismo me explico qué hago aquí.

Estoy pensando en ello cuando se produce un eclipse.

El local se oscurece como si Firmin hubiera manipulado la intensidad de las lámparas. Una corriente de aire gélido atraviesa la cafetería y varios de los presentes se estremecen y miran a un lado y a otro, en busca de lo que sea que les haya provocado ese súbito malestar.

Lo tengo sentado a mi izquierda.

Es enorme. Inmenso.

No entiendo como no lo he oído acercarse. Debe de medir unos dos metros, y más o menos lo mismo de alto. Su sola presencia transmite una electrizante sensación de peligro y, aunque no dice nada, tengo la impresión de que trata de transmitirme un mensaje. Que deje de mirarle, tal vez. O que empiece a hacer testamento.

—Me alegro de verle, Mascarell.

Eso lo ha dicho un tipo que se ha plantado a mi derecha. Reconozco su voz, pero me resisto a creer que se trate de quien creo que es. Por desgracia, al volverme constato que, efectivamente, tengo sentado al lado a la última persona con la que habría querido volver a cruzarme en mi vida: nada menos que el Gran Calvo.

Unos días

—

Ayla jamás había llegado a plantearse, ni en sus sueños más imaginativos y extravagantes, la posibilidad de acabar el día sentada en el váter mientras Tia echaba desinfectante en las heridas de sus nudillos y las frotaba con delicadeza valiéndose de un trozo de algodón.

—Estás muy mayor.

Había dicho eso hacía un rato al ver a Ayla detenida en el umbral, la viva imagen de la confusión mientras su mirada saltaba de ella a su padre, y otra vez a ella.

—Te preguntarás qué hago aquí.

—En realidad, lo que me estaba preguntando era si no me habría equivocado de piso.

—Relájate, Ayla. Esta situación es igual de violenta para las dos.

—Permíteme que lo dude.

Hacía mucho que no se veían. Demasiado. Ayla debía de tener unos nueve o diez años cuando Tia entró en prisión. Cumplió dos años de condena y cuando salió, simplemente desapareció. Sin más. Llegó a sus oídos que se había fugado con un tipo al que conoció al salir de la cárcel y se había instalado con él en algún lugar de Sudamérica. Por desgracia, por aquel entonces era demasiado pequeña como para enterarse de todos los detalles. Tampoco había hablado nunca de ese tema con su padre, como si hubieran llegado al acuerdo tácito de ignorarlo para sepultar así el pasado y centrarse en seguir con sus vidas.

Observó al señor Aldemir, quien ya no se encontraba en condiciones de contarle nada sobre aquello. El alzhéimer que devoraba su sistema cognitivo había avanzado tanto en el último año que lo había convertido, con apenas cincuenta años, en poco más que un cascarón ajado que apenas era consciente de lo que

sucedía a su alrededor.

—¿Qué has venido a buscar aquí?

Ayla formuló aquella pregunta a bocajarro y se preguntó de dónde venía tanta agresividad, pero no se molestó en encontrar una respuesta satisfactoria.

—Necesito un lugar en el que quedarme.

—Búscate una pensión.

—Esto también es muy duro para mí, Ayla. ¿Por qué no me lo pones más fácil?

Un arranque de compasión estuvo a punto de hacerla ceder, pero Ayla encontró la entereza necesaria para ponerle freno antes de que fuera a más.

—Os he seguido la pista en la distancia. —Tia miró al señor Aldemir—. Sabía que tu padre estaba mal, pero no me imaginaba cuánto.

—¿Te enteraste también de que Samir murió?

La referencia a la muerte de su hermano no operó en aquella mujer más que un parpadeo inapreciable y un débil asentimiento.

—Pues sí, y lo pasé muy mal.

—Es increíble. ¿Te enteraste de lo de Samir y fuiste incapaz de mover un dedo para venir a vernos?

—Ojalá hubiera podido hacerlo.

—Nos habría venido bien tenerte por aquí.

—No tienes ni idea de por lo que he pasado.

Ayla se mordió los labios para no volver a replicar. Tia parecía haberse olvidado de que estaba hablando con una adolescente que había perdido a su madre y a su hermano y tenía que cuidar a su padre enfermo de alzhéimer. Por muy mal que le fueran las cosas, dudaba que pudiera considerarse una desgraciada si comparaba su día a día con el de ella.

—Cuando salí de la cárcel, no tenía ni idea de qué hacer con mi vida, pero algo estaba claro: le había fallado a mucha gente. Necesitaba poner tierra de por medio.

—Muy considerado por tu parte.

—Conocí a alguien. Supongo que ya lo sabes.

Ayla observó a su padre, testigo mudo de la conversación, y deseó con todas sus fuerzas que la demencia no le permitiera percatarse de la presencia de aquella mujer. Reparó entonces en la

pequeña maleta con ruedas que había a un lado del salón. El exiguo equipaje de Tia, dedujo.

Tia había sido la mejor amiga de su madre. Cuando esta murió, se volcó en cuidarles. Pasaba cada tarde en aquel mismo piso, haciéndoles compañía y ayudándoles en todo lo que podía. Se convirtió en parte de la familia, pero todo eso terminó de forma abrupta cuando entró en prisión con cargos por estafa.

—No debería haberme alejado de vosotros. Lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme.

Ayla acogió la disculpa en silencio. Tia se hizo cargo de su desconfianza y asintió sin más.

—Ahora vivo en España. ¿Conoces Algeciras?

No supo ubicar ese lugar, ni maldita la falta que le hacía. Daba lo mismo que Tia hubiera pasado todos esos años en España, en Tailandia o en el Polo Norte. Lo importante era dónde no estuvo.

—Aún no me has dicho qué haces aquí.

El rostro de Tia se crispó. A Ayla le pareció que hacía un esfuerzo por atemperar su enfado y no responder en un tono similar.

—Las cosas no van bien por Algeciras. No me ha quedado más remedio que quitarme de la circulación durante una temporada.

«Parece que esa es tu solución para todo», estuvo a punto de replicar. Había demasiadas incógnitas en torno a aquella escueta respuesta como para pasarlas por alto, pero Ayla no pensaba caer en la trampa de interesarse por los asuntos de Tia. Ya había cumplido condena una vez, de modo que no podía evitar pensar que los motivos por los que había regresado a Frankfurt tendrían que ver con una forma nada honrosa de ganarse la vida.

—Comprendo que estés enfadada. Tienes todo el derecho del mundo.

—Oh, no te creas. Hace tiempo que asumí que papá, Samir y yo te importábamos una mierda.

—Sabes que eso no es así.

—Pues lárgate. Demuestra un poco de dignidad. Nos ha costado mucho salir adelante sin ti como para que ahora vengas a recuperar el tiempo perdido.

Ayla jamás habría imaginado cómo sería el reencuentro con Tia. Había dado por hecho que este, simplemente, nunca llegaría a

producirse. Lo que no esperaba era que fuera capaz de plantarle cara y pedirle que se largara con tanta facilidad.

Tia se mordió el labio inferior y dejó vagar la vista por el resto de la estancia, en busca de un argumento que no supusiera un choque frontal contra la determinación de Ayla.

—Déjame quedarme unos días —dijo—. Solo hasta que se calmen las cosas.

Se lo estaba pidiendo. Suplicando, casi. Ayla se resistió a dejar que la compasión le cortara el paso a la indignación.

—Estamos muy bien sin ti.

Trató de ser cruel a propósito, pero hasta ella se dio cuenta de que no sonaba tan convincente como pretendía. Casi de forma inconsciente, comenzó a fantasear con lo apropiado que sería tener a Tia por allí. Llevaba demasiado tiempo sola como para que la idea no la sedujera. Desde hacía unos meses, su vida se había reducido a cuidar de su padre y tratar de ganar dinero con el que pagar el alquiler y llenar la nevera. Estaba agotada. Su vecina, la señora Meyer, se quedaba con su padre cada día mientras ella iba a trabajar, pero sabía que esa solución no era definitiva. Estaba dependiendo cada día más del altruismo de aquella mujer que, aunque insistía en que lo hacía encantada, debía de tener sus propios problemas y preocupaciones.

—Ya veo que sabes arreglártelas. No te imaginas lo orgullosa que estoy de ti.

Ayla buscó algún atisbo de sarcasmo en su tono, pero no lo encontró.

—Deja que te limpie eso, al menos.

Y allí estaban: ella sentada en el inodoro con el rostro enfurruñado y la cabeza hecha un lío, y Tia untándole los nudillos con desinfectante y un poco de yodo para cerrar las heridas. Ayla estaba demasiado acostumbrada a valerse por sí misma como para que la cercanía y los cuidados de aquella mujer no empezaran a calarle.

Una vez que hubo acabado con sus nudillos, empapó una toalla con agua fría y se la colocó en el rostro con infinita delicadeza. Ayla no pudo evitar cerrar los ojos, agradecida y serena. Cuando los abrió, Tia la estaba contemplando en silencio.

—Ya eres toda una mujer.

No tenía ni idea de qué responder a eso, así que no dijo nada. Tia se movía con aplomo, como si no hiciera tanto desde la última vez que pisó aquel lugar.

—¿Puedo preguntar cómo te has hecho estas heridas?

Ayla titubeó. Al cabo de unos segundos resolvió que no perdía nada por responder.

—He participado en una velada de boxeo, en Hanau.

—Suena emocionante. ¿Ganaste?

Negó al tiempo que el sabor amargo de la derrota se materializaba en un punto inconcreto entre su boca y su estómago.

—Supongo que lo importante es participar —dijo Tia—. ¿Se te da bien?

No respondió, pero, sin saber muy bien por qué, se sintió secretamente orgullosa de compartir aquellas confidencias con Tia. Puede que le hubiera faltado eso en la vida, se dijo: alguien a quien parecerse y a quien tratar de impresionar con sus logros. Estaba su padre, claro, pero no era lo mismo. Eso la llevó a observar las cosas desde un nuevo punto de vista y se preguntó si de verdad sería tan malo tenerla de vuelta, aunque fuera algo temporal.

—Solo unos días.

Ni siquiera fue consciente de lo que decía hasta que se escuchó pronunciar aquellas palabras. Tia la observó con el rostro contrito antes de asentir muy despacio, consciente de la fragilidad de su propuesta.

Ayla esperó que aquella sentencia no se volviera en su contra. «Unos días» podían significar cualquier cosa. Si dejaba que aquella mujer entrara de nuevo en sus vidas, tendría que asumir que antes o después volvería a marcharse.

Se prometió que esta vez sería diferente. Estaría preparada. No iba a permitirse sentir nada por ella.

El Gran Calvo

—

—Dos cervezas, Firmin.

El italiano tarda algunos segundos más de la cuenta en levantarse de la nevera para atender mi petición. Con una velocidad digna de un plusmarquista africano, abre dos botellas de Binding y las coloca sobre la barra, al alcance de mis acompañantes.

La presencia de estos tipos inunda la cafetería con una inesperada sensación de peligro. Dos leones hambrientos y sin correa habrían infundido menos temor. No conozco al coloso, pero al calvo lo he visto en acción y sé de lo que es capaz si algo o alguien se interpone en su camino.

No soy el único que lo nota. El resto de la clientela abona sus consumiciones a toda prisa y se larga. En pocos segundos solo quedamos nosotros tres y Firmin, que se coloca en el lado de la barra más alejado de nosotros para tratar de pasar desapercibido y brindarnos una falsa sensación de intimidad.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Le tengo controlado, Mascarell. ¿Qué se creía?

Ya me temía algo así, pero trato de aparentar serenidad. No estoy seguro de conseguirlo. Sé demasiado sobre este calvorota como para estar tranquilo ante la idea de tenerlo tras mis pasos. Se llama Matisse y es uno de los lugartenientes del Gran Rojo, la organización que controla la mayor parte de los negocios ilegales que se cuecen en Frankfurt. Nuestros caminos se cruzaron hace cosa de un año, una circunstancia que me trajo muchos más problemas de los que creía merecer. No he vuelto a verle desde entonces.

—Él es Garmendia.

Señala con la barbilla al gigante que tengo a mi izquierda. Este no parece darse por aludido y continúa mirando al frente con obstinación. Ni siquiera se molesta en probar su cerveza, que sigue

calentándose sobre la barra. Me recuerda a uno de esos depredadores que son capaces de permanecer inmóviles durante horas hasta que una presa se les pone a tiro. Las manos que tiene sobre la barra son gigantescas, con más vello en un solo nudillo que yo en todo mi cuerpo. Sus hombros son tan anchos y están tan llenos de bultos como si llevara unas protecciones de fútbol americano, pero no es el caso. Sin duda, lo más inquietante de su aspecto es su dentadura. Parece que hubieran tirado de sus dientes hacia fuera hasta dejarlos en una posición que le impide cerrar los labios. Ni el mejor ortodoncista del mundo podría arreglar ese desastre. Por si acaso, me cuidaré de no acercarme demasiado a sus fauces.

—¿Qué quiere de mí?

Matisse da un trago. Chasquea los labios y comprueba la etiqueta del botellín, como si hiciera tiempo desde la última vez que probó una cerveza tan deliciosa, lo que resulta de lo más decepcionante.

—Tengo un trabajo para usted.

Lo deja caer como si nada. La perspectiva de verme cumpliendo un encargo para este tipo me aterra. Trabajar para él es hacerlo para el Gran Rojo, nada menos. Antes preferiría ponerme en el camino de un tren de alta velocidad. Sería mucho más sensato y seguro.

—Pues lo siento, pero en este momento estoy hasta arriba y no puedo aceptar más…

Me callo cuando noto un movimiento al otro lado. Garmendia ha cerrado los puños, que se convierten en dos masas informes del tamaño de un par de balones de baloncesto. Aunque su expresión se mantiene impasible, algo me dice que está a punto de entrar en acción. Si no lo hace es porque el calvo le dedica un gesto casi imperceptible, un «quieto» que no pronuncia, pero que deja al gigantón clavado en su sitio. Eso basta para que me dé cuenta de que debo medir mis palabras: si mis respuestas no son las adecuadas, ese monstruo no tendrá el menor inconveniente en hacerse un collar con mi columna vertebral.

—Tengo un trabajo para usted.

Matisse lo repite como si no necesitara decir nada más. Ni qué sucederá si no acepto el encargo ni cuánto va a pagarme, aunque

respecto a esto último no tengo demasiadas dudas: mantener mi columna en su sitio es un precio lo bastante razonable como para no regatear.

En vista de que mis escasas opciones, exhalo un bufido y trato de parecer adecuadamente contrariado. No me atrevo a mucho más.

—¿De qué se trata?

El calvo asiente, «Eso está mejor». Después se lleva la mano al interior de la chaqueta. Por un instante, temo que vaya a sacar un machete o algo por el estilo, pero lo único que extrae es un documento doblado en cuatro que coloca frente a mí.

—Consiga esto para mí.

Examino ese papel, que resulta ser una página que deben de haber arrancado de una revista y en el centro aparece impresa la fotografía de una pistola antigua. No sé nada de armas, pero he visto este mismo modelo en muchas películas de la Segunda Guerra Mundial, en manos de oficiales nazis altos, rubios y crueles. Es una Luger, un arma de coleccionista. Estoy a punto de pedirle más información, pero el calvo escoge ese momento para finiquitar su cerveza y ponerse en pie.

—Cuánto antes, Mascarell.

El grandullón se pone en pie también, con lo que su altura aumenta un par de metros. Me observa desde allá arriba y me obligo a sostenerle la mirada. Desde mi posición es como si observara a una bestia milenaria, un Godzilla peludo y tan razonable como una tostadora.

Cuando lo veo partir tras su amo no puedo evitar un suspiro de alivio. Hay demasiados interrogantes en torno a este extraño encargo como para pensar que tengo alguna posibilidad de llevarlo a cabo de forma satisfactoria, pero decido no hacer ninguna pregunta que pueda retrasar la partida de estos malnacidos. Cuanto antes los pierda de vista, mejor.

Me quedo solo y observo de nuevo la fotografía de esa pistola. Me pregunto qué tendrá de especial. No he hallado aún una respuesta cuando Firmin se planta ante mí.

—Largo. No quiero volver a verte por aquí.

Suelta esas palabras con rabia, con el rictus deformada por el enfado y el terror. No puedo reprochárselo. Mi presencia ha traído a estos dos indeseables hasta sus dominios, por lo que resulta lógico

que no le apetezca seguir teniéndome cerca. Remoloneo un poco más, en parte para hacer tiempo hasta que el calvo y su guardaespaldas se alejen. Después dejo algunos euros sobre la barra y me marcho sin decir adiós.

II. Negocios

Interrogatorio (2)

—

No se pueden imaginar el tremendo alivio que experimentó Junior cuando, después de un buen rato, vio a su padre salir al fin de la choza de la vieja Baobab. A pesar de la chulería que solía llevar a cuestas y de su habitual pose de perdonavidas, durante el tiempo que estuvo esperando no hizo otra cosa que vigilar las inmediaciones y recelar de cada vehículo que pasaba cerca. Había decidido que, en el caso de que los Popescu se dejaran caer por allí, abriría fuego sin preguntar ni esperar a que tomaran la iniciativa. No había otra forma de tratar con esa gentuza.

El señor Nielsen estaba aún más taciturno que antes. Se acomodó en el asiento trasero con pesadez, como si se derramara sobre él. Acompañó el movimiento con un suspiro que le hizo pensar en un puñado de muelles viejos y vencidos por el peso del tiempo.

—¿Quién era esa mujer?

Lanzó la pregunta sin ganas, como si en realidad no le importara demasiado la respuesta. El señor Nielsen, como era habitual, lo ignoró.

Durante el trayecto de vuelta, Junior no dejó de pensar en aquella extraña situación. ¿Qué podía haber llevado a su padre a ese vertedero? ¿Qué clase de relación existía entre él y aquella vieja? No podía evitarlo: cuando se le metía algo en la cabeza no dejaba de darle vueltas hasta que lo resolvía.

Por eso, esa misma noche fue al Birmingham Pub.

Supongo que conocen ese pub británico que está cerca de Konstablerwache. También sabrán que el séquito de guardaespaldas del señor Nielsen suele frecuentar ese lugar. Van allí a beber, a jugar al billar o a dejar pasar las horas hasta que su jefe los necesita. Es como si esos idiotas no supieran vivir de otra manera que no fuera rodeados de otros capullos como ellos.

—Estás muy callado esta noche, Junior —dijo uno de los muchachos.

Los demás rieron el comentario como si fuera el mejor chiste que hubieran oído nunca. Junior detestaba a esos tipos. Ser el hijo del señor Nielsen no lo convertía en la reina del baile, precisamente. Los gorilas no se lo decían abiertamente, pero exteriorizaban su animadversión hacia él con pullas como aquella y otras formas de desprecio que no tenía más remedio que pasar por alto día tras día. Esperaba tener pronto la oportunidad de demostrar a todos aquellos imbéciles la clase de hombre que era. Al fin y al cabo, esos tíos trabajaban para su padre, por lo que solo era cuestión de tiempo que pasaran

a trabajar para él.

—Hoy he llevado a mi padre a Offenbach.

Dejó la sentencia allí, a la espera de que alguno de los chicos le pidiera más información. Sin embargo, no le pareció que se sorprendieran en absoluto.

—Así que le has llevado a ver a la vieja Baobab.

El que habló empleó un tono desabrido que lo desarmó. Odiaba ser el último en enterarse de algo, y menos aún delante de aquellos memos.

—¿Quién diablos es la vieja Baobab?

Lo preguntó sin el menor rastro de sutileza. Necesitaba saberlo. Los chicos se miraron entre ellos, «¿Se lo cuentas tú?». Ninguno parecía especialmente ansioso por hablar del tema, pero Junior los miró uno por uno con suficiente fijeza como para dejarles claro que no pensaba marcharse de allí sin respuestas.

—Una chiflada, eso es lo que es —dijo alguien.

La opinión fue secundada al instante por los demás. Una vez roto el hielo, comenzaron a debatir en torno a esa sentencia.

—Una vieja loca. Al parecer se dedica a preparar pociones y encantamientos.

—Y a leerle la buenaventura a los incautos.

—Pues estará loca, pero es la matriarca de los Popescu.

—Los Popescu pasan de ella. Saben que está medio tarumba y la dejan estar, pero no pinta nada.

A Junior le sorprendió aquel dato. No se había planteado que aquella anciana pudiera tener algo que ver con el clan de los Popescu. Intervino para que la conversación volviera a virar hacia el punto que le interesaba.

—¿Qué clase de relación puede existir entre la vieja Baobab y mi padre?

Hubo varios encogimientos de hombros, pero Junior detectó algunos cruces de miradas que delataron lo incómodos que se sentían aquellos hombres teniendo esa conversación con él. Como si eso implicara rebasar una línea que ninguno de ellos quisiera encarar.

De nuevo, los observó uno por uno con suficiencia. Por mucha inquina que le tuvieran, y aunque fueran mayores que él, no dejaba de ser el hijo del tipo que les pagaba el jornal. Eso les infundía un mínimo de respeto y pensaba aprovecharse de ello.

Finalmente, uno de los gorilas chasqueó los labios, como si hubiera llegado a la conclusión de que no le quedaba otra salida que responder y rezar por que bastara con eso.

—He oído que va a ver a esa bruja para que le adivine el futuro.

El silencio se cernió sobre el grupo. A Junior no le hizo ninguna gracia escuchar un veredicto así en labios de uno de aquellos matones. ¿De verdad creía su padre en esas chorradas? Le pareció una locura y, sobre todo, una temeridad. Que se hubiera vuelto así de supersticioso con el paso de los años podría ser interpretado por sus enemigos como una muestra de debilidad. De que ya no era tan fuerte como antes. Eso los pondría a todos en peligro.

—¿Mi padre cree en esas cosas?

De nuevo el silencio. Varios de aquellos tipos aprovecharon aquel momento para tomar sus chaquetas y largarse tras una despedida rápida. Los que se quedaron, bajaron la cabeza o miraron para otro lado, ansiosos por fundirse con la decoración.

A Junior le resultó evidente que aquellos imbéciles no querían tener aquella conversación con él. Se preguntó si habría alguna manera de que se relajaran.

—Solo los pardillos creen en esas tonterías.

Soltó aquello en un tono ligero, como si no le diera demasiada importancia. Tras varios segundos de silencio y algunos cruces de miradas más, uno de aquellos tipos tomó la palabra.

—El señor Nielsen no es ningún pardillo. Debe de tratarse de otra cosa.

Como si se hubiera abierto la veda, otros gorilas se animaron a desarrollar la cuestión.

—Tal vez trabajen juntos.

—Puede que tengan alguna cuenta pendiente.

—O puede que la vieja Baobab sepa algo de su pasado y esté tratando de extorsionarle.

—No puede ser —protestó Junior, más para sí mismo que para los demás—. Si esa anciana supusiera un peligro, mi padre ya nos habría enviado a por ella.

¿Lo habría hecho? Quiso creer que sí, pero ninguno de aquellos matones parecía dispuesto a tomar en consideración aquel punto de vista.

—No te comas el tarro, Junior —añadió alguien—. Lo más probable es que el señor Nielsen tenga algunos negocios con los Popescu y los trate directamente con la vieja Baobab.

Junior asintió, aunque no creía en esa posibilidad. De haber tenido tratos con los Popescu, era muy poco probable que su padre los hubiera canalizado a través de una vieja chiflada. Tenía que haber algo más.

Debería haberlo dejado ahí, pero, como he dicho antes, Junior no era de los que se conformaban con la explicación más obvia. Por eso terminó como terminó.

El interrogatorio continúa AQUÍ.

De la Fuente y Ngoye

—

De la Fuente espera.

Es la primera vez que va a verse cara a cara con Ngoye. Las bases del acuerdo están bastante claras, pero no lo va a dar por cerrado hasta que lo discuta con él en persona.

Para la reunión ha reservado mesa en el restaurante Sèvres. Es un lugar refinado y ostentoso, a la altura de las cifras del negocio que van a abordar. Los hombres de De la Fuente han peinado el lugar hace una hora en busca de micrófonos y no han encontrado nada, pero sabe que no puede fiarse. Puede que estén escuchándolos desde un coche estacionado en la calle con un amplificador, o que alguno de los camareros porte un emisor que registre la conversación y la traslade a alguien que estará a la escucha en alguno de los pisos superiores.

Muchos creen que es una paranoica, pero De la Fuente tiene claro que la desconfianza es una de las mejores barreras contra la mediocridad y el descuido.

Ngoye llega unos minutos después de la hora acordada. Ronda los cuarenta años, lleva un traje de tres piezas y una corbata de color crema. Le siguen dos guardaespaldas tan parecidos entre sí que da la impresión de que hayan salido de la misma cadena de montaje. De la Fuente se pone en pie para recibirlo y le tiende una mano que el africano estrecha con entusiasmo.

Cuando Ngoye toma asiento, los guardaespaldas se quedan uno a cada lado, como torres dispuestas a enrocarse y proteger a su rey a la menor señal de peligro. Parecen ansiosos por recibir una bala por él.

—Gracias por venir, Ngoye. Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—No ha estado mal.

Un camarero aparece de la nada y le muestra a De la Fuente una botella de vino. Ella le da el visto bueno con un asentimiento. La presencia de los guardaespaldas le obliga a ejecutar una maniobra arriesgada para llenar sus copas, pero logra su objetivo sin derramar ni una gota, lo que a De la Fuente le resulta admirable. Después deja la botella sobre la mesa y se marcha.

—Los tiene bien enseñados. —Señala con la barbilla a los guardaespaldas del africano.

—Para eso les pago.

—¿Por qué no los manda a dar un paseo y hablamos de una vez de lo que nos ha traído aquí?

—Son de mi confianza, señora De la Fuente. Puede hablar delante de ellos con total tranquilidad.

De la Fuente asiente y da un trago a su copa. Es un vino español recio y sabroso. *Mahara*, se llama. Se permite cerrar los ojos un instante para saborearlo antes de decidir que ha sido una elección excelente. Se llevará un par de botellas a casa para disfrutarlas en otra ocasión.

—Son de su confianza, no de la nuestra —dice, contemplando todavía la copa—. Si no se esfuman en cinco segundos, daremos la reunión por concluida.

Siempre habla en plural cuando se refiere a sí misma. Una vez leyó que de esa manera otorga a su imagen una dimensión más amplia. No es ella la que habla, sino la organización al completo.

Ngoye sonríe, pero se trata de un gesto tenso. Los guardaespaldas cruzan una mirada rápida, lo que pone en evidencia que conocen el idioma y han captado el mensaje. Su jefe se resiste unos instantes antes de claudicar.

—Ya habéis oído.

No los mira, ni falta que hace. Los gorilas se dan la vuelta al unísono, con movimientos tan acompasados que a De la Fuente le recuerdan a los de una pareja de sirenas de natación sincronizada. Pasa por alto la sonrisa condescendiente de Ngoye y espera hasta que se hayan alejado lo suficiente antes de tomar la palabra de nuevo.

—Es la primera vez que tenemos que pedirle algo dos veces. También es la última, ¿queda claro?

La sonrisa se tambalea, pero Ngoye se las arregla para seguir

sosteniéndola mientras hace un gesto afirmativo, «Lo que usted diga». De la Fuente le sostiene la mirada unos segundos más para asegurarse de que lo ha entendido. No piensa tolerar ni el más mínimo asomo de insubordinación de este mequetrefe, sobre todo en las primeras etapas de su relación. Hay que enderezar los árboles desde las primeras ramas para que crezcan sanos y fuertes.

—Me gusta su forma de hacer negocios, De la Fuente.

No es exactamente una disculpa, pero la acepta como tal. Deja la copa frente a ella y cruza los brazos, dando por concluido el tiempo de las cortesías.

—Tiene que entender que no hemos llegado hasta donde estamos siendo flexibles. Sabemos cómo hay que hacer las cosas para que salgan bien. Es un concepto sencillo, pero que a algunos les cuesta aceptar. ¿Supondrá un problema para usted?

—En absoluto.

—Bien, porque si quiere seguir utilizando nuestros muelles tendrá que contar con nosotros.

Pronuncia la amenaza en un tono sosegado, lo bastante despacio como para que el mensaje llegue con claridad. El uso del posesivo tampoco es casual. Dice «nuestros muelles» porque son suyos. Cuanto antes comprenda eso Ngoye, antes comenzarán a entenderse.

—Soy consciente de ello.

—Nos dará un cincuenta por ciento.

Las cejas del africano se alzan de golpe al oír la cifra. Abre la boca para replicar, pero debe de rechazar el primer argumento que se le ocurre, ya que vuelve a cerrarla y le da un sorbo a su copa. De la Fuente supone que lo hace para meditar su respuesta.

—Eso va a dejarme una margen de beneficio bastante estrecho —dice al fin.

—Por estrecho que sea, siempre será mejor que no ganar nada, señor Ngoye. Porque puedo asegurarle que si no cuenta con nosotros, va a ser exactamente lo que consiga. Nada. Cero. *Niet*.

—¿Y qué obtendré a cambio?

—Podrá seguir desembarcando sus contenedores y nos aseguraremos de que los de aduanas no metan las narices en sus asuntos más de lo imprescindible. ¿Le parece poco?

—No me malinterprete, De la Fuente, pero no me está dejando

muchas opciones. Todo se reduce a aceptar su oferta o no.

—Me alegro de que lo entienda.

Pausa.

Ngoye se esfuerza en disimular su indignación, pero se sabe lejos de conseguirlo. Es una figura poderosa en su país. Si alguien se atreviera a hablarse así en su territorio, le mandaría cortar la lengua y se la daría de comer a los perros, pero aquí las cosas son muy diferentes. La mujer que tiene delante es la máxima dirigente del Gran Rojo, la organización que controla el tráfico de contenedores que arriban al puerto de Frankfurt.

Seguir adelante sin su aprobación es la manera más rápida de conseguir que la policía ponga freno a sus negocios y precio a su cabeza.

Ngoye sabe que su situación es delicada y desgrana su única posibilidad.

—Para compensar el déficit, tendremos que aumentar la cantidad y la frecuencia de los envíos.

De la Fuente hace un gesto de desidia para dejarle claro que le trae sin cuidado lo que haga o deje de hacer. Solo quiere su trozo del pastel. De nuevo, Ngoye tiene que contenerse para no soltar ninguna inconveniencia.

—¿Entiendo que tenemos un trato?

Formula la cuestión con desgana. Como si ya supiera la respuesta, pero le apeteciera oírla en sus labios. Ngoye sospecha que está disfrutando la humillación. También que se va a arrepentir de cerrar este acuerdo, pero no tiene otra opción. Al menos por el momento.

—Claro.

Intenta sonar despreocupado. Deduce que esa mujer adora verlo así: sometido a sus designios y sin argumentos ni contraofertas que puedan hacer peligrar el trato.

Lo único que puede hacer en estos momentos es trabajar duro para ganarse su confianza y demostrarle que es un poderoso aliado y que puede hacerle ganar mucho dinero. Solo así conseguirá que la relación sea fluida y le muestre el respeto que se merece. Por eso, baja el tono y se inclina ligeramente sobre la mesa para imprimir un mínimo de confidencialidad a la conversación.

—¿Tiene alguna petición especial? ¿Quiere algún tipo concreto

de chica para sus clubs?

El rostro de De la Fuente se ensombrece. Ngoye sabe que se ha equivocado antes incluso de terminar la pregunta. Está a punto de pedir disculpas, pero algo en el rostro de esa mujer le impele a guardar silencio. Cualquier cosa que diga en este momento solo servirá para empeorar las cosas.

—Me repugna lo que hace, señor Ngoye. No quiero saber de sus negocios más que lo imprescindible.

Asiente como un idiota. Ahora se alegra de haber despachado a sus hombres y que no lo vean recular ante esta mujer. Si se corre la voz de que ha llegado a humillarse de esta manera, le perderán el respeto y no tardará en verse cuestionado.

De la Fuente ignora todo eso y termina de cimentar las bases del acuerdo.

—Cada semana, enviaremos a uno de nuestros chicos y usted le entregará lo acordado. No volveremos a vernos en mucho tiempo, espero.

Ngoye cree detectar una amenaza implícita en esa última frase: no volverán a verse y, si lo hacen, no será en un contexto tan agradable como el Sèvres. Si el dinero no fluye, desobedece sus órdenes o hace algo que la moleste, ya puede ir buscando un vuelo lo más lejos posible de las garras de esa mujer. Se siente como un cervatillo que se alía con un leopardo: solo le queda rezar para que no cambie de opinión y decida convertirlo en su cena.

De la Fuente se acaba su copa de un trago. Es un gesto chabacano, abandonada por un instante de su solemnidad anterior para dar cuenta de ese vino que parece gustarle tanto. Después se pone en pie.

—Adiós, señor Ngoye.

Sin más, De la Fuente se marcha. Al pasar por su lado no sonríe, no le planta una mano en el hombro ni hace ningún otro gesto que denote un mínimo de aprecio o cordialidad. Como si estuviera por encima de tales nimiedades.

Ngoye pensaba que iban a cenar juntos, pero se alegra de que finalmente no sea así. Es un alivio verla partir. Cada segundo que pasa en compañía de esa mujer está poniendo en grave peligro su integridad.

Es curioso. Antes de la cita, Ngoye se había ilusionado por la

posibilidad de tratar con una mujer. Como si eso, de alguna manera, le proporcionara cierta ventaja. Ahora se da cuenta no solo de que estaba equivocado, sino de que habría sido mucho mejor tratar aquel asunto con el difunto señor De la Fuente, fallecido hacía varios años. Su hija ha resultado ser más despiadada y mucho menos amable y comprensiva de lo que esperaba.

El error ha sido suyo. La ha menospreciado y ha estado a punto de pagarlo caro.

Ahora que sabe con quién se la juega, no volverá a hacerlo.

Competencia

—

La Luger está expuesta junto a varias docenas de armas más en una galería de Sachsenhausen. Forma parte de un lote de antigüedades que se subastará en un par de días y que pertenece a un coleccionista privado del que no dicen el nombre. Ni falta que hace.

La Auktionshaus tiene sus oficinas en Seckbach, pero suelen alquilar esta sala para exponer la mercancía durante la semana previa a la subasta. Así, los compradores pueden examinar con tranquilidad el material por el que pretenden pujar y asegurarse de que es justo lo que quieren. Si lo solicitas, un experto te puede mostrar algunos artículos concretos en privado y con más detenimiento, pero no creo que haga falta llegar a eso.

Toda esta información la he sacado de la página web de la casa de subastas, cuyo nombre figuraba en la esquina del recorte del catálogo que me facilitó Matisse.

Recorro la sala despacio. En este momento hay varios clientes más que admiran los artículos expuestos y confío en pasar por uno de ellos. Un vigilante de seguridad va de aquí para allá, llamando la atención de todo el que se acerca más de la cuenta a la mercancía. No estoy seguro, pero creo que no me quita el ojo de encima.

Llego hasta el artículo referenciado como 226485. La pistola está colocada sobre una especie de pedestal junto a otras dos armas. Un pequeño panel la describe como una Luger que data de 1923. También dice que en el lote está incluido un maletín de transporte y dos cargadores, y añade algunas características técnicas que leo por encima.

No hay ningún cristal de seguridad, así que, si quisiera y el vigilante de seguridad me lo permitiera, podría coger la pistola sin más.

Prefiero no intentarlo.

Acerco la nariz al arma para examinarla mejor. Tiene algunos rasguños en el cañón y la empuñadura, aunque por lo demás diría que está en perfectas condiciones. Me pregunto si todavía funciona. Cuando saco mi teléfono para tomar una fotografía, el vigilante de seguridad se materializa a mi lado a la velocidad del rayo.

—No se pueden hacer fotos. Si quiere imágenes de algún artículo, puede solicitarlas por correo electrónico.

Sonríe como un becerro. Parece que disfruta especialmente de la parte de su trabajo que implica prohibir a otros que hagan lo que les salga de las narices.

Asiento y me alejo hasta el siguiente estante. No quiero que este energúmeno me recuerde si me vuelve a ver ni que se percate de que estoy más interesado de la cuenta en el artículo 226485.

Mientras finjo contemplar una escopeta de caza fechada en 1930, me pregunto qué diablos estoy haciendo. No soy un ladrón y asaltar una galería de objetos antiguos no casa en absoluto con mis funciones habituales como detective privado.

La respuesta es obvia: Matisse.

No entiendo por qué diablos ha recurrido a mis servicios. Si tanto interés tiene en esa pistola, ¿por qué no va a la subasta y puja por ella? Esa respuesta también es evidente: no quiere dejar ningún rastro de la transacción que pueda llevar hasta él, lo que me lleva a plantearme de nuevo una cuestión esencial: ¿qué tiene de especial esa Luger para que quiera hacerse con ella?

«Cuanto antes», dijo, lo que solo podía significar que no estaba dispuesto a esperar hasta el día de la subasta: quiere que la robe para él.

No soy un ladrón. No entiendo por qué me ha encargado este asunto precisamente a mí, habida cuenta de que es probable que su labor como uno de los lugartenientes del Gran Rojo le haga entrar en contacto cada día con tipos de peor catadura moral que yo, con muchos menos escrúpulos y más acostumbrados al robo y la estafa. De lo que no tengo ninguna duda es de que no puedo negarme a cumplir sus deseos. Su visita al Café Paris ya habría sido bastante amenazadora sin la presencia del monstruo que tiene como guardaespaldas, cuyo recuerdo basta para acelerarme el pulso. Me guste o no, no tengo otra salida que obedecer y rezar por que sea suficiente. Lo más inteligente es no hacer preguntas. Cuanto menos

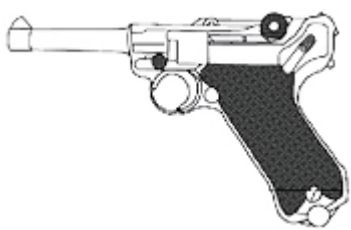
sepa de los negocios que esos indeseables se traen entre manos, mejor.

Además, estoy en deuda con él.

El vigilante se acerca a otro individuo para reprenderle por lo que sea que haya hecho o haya estado a punto de hacer. Las medidas de seguridad de la galería son bastante laxas, limitadas a la presencia de este segurata y a un par de cámaras en cada extremo de la sala que abarcan el recinto de punta a punta. Las armas no están detrás de unas vitrinas de cristal reforzado ni nada parecido, puede que porque no se trate de material tan valioso como para justificar semejante despliegue. Según su web, la casa de subastas no hace ascos a los lotes, se ofrece a vaciar casas y bibliotecas sin compromiso y asegura a sus clientes un altísimo porcentaje de ventas si recurren a sus servicios.

Echo una última ojeada a la pistola. Podría cogerla y salir disparado, pero dudo que el vigilante me deje llegar muy lejos. Del mismo modo, las cámaras de vigilancia registrarían la sustracción y la policía no tardaría en identificarme.

En lugar de eso, me alejo arrastrando los pies y empiezo a trazar un plan.



Desde hace unos meses, me muevo en un vetusto Citroën que me prestó un antiguo cliente. Jonas, se llama. Me encargó averiguar la identidad del tipo que se estaba acostando con su mujer, un caso que resolví con bastante rapidez.

Resultó que no era un tipo, sino dos. Eran hermanos y se dedicaban a hacer pequeñas reparaciones a domicilio. Creo que Jonas habría podido averiguar lo que estaba sucediendo por sus propios medios si se hubiera esforzado un poco, pero el tipo está tan enganchado a los porros que es incapaz de ver mucho más de lo

que tiene ante sus narices. Ni siquiera sospechaba cuando su mujer le decía cada semana que se había estropeado un electrodoméstico diferente. Mientras Jonas se iba a algún agujero a colocarse como si no hubiera un mañana, su mujer recibía la visita de esos dos caballeros, que no dudaban en aprovecharse de la situación. Por si fuera poco, después le cobraban la visita y la reparación del aparato que la señora hubiera descalabrado.

Digo que no fue difícil porque los manitas alardeaban de su conquista en cada tugurio que visitaban. Uno de esos tugurios fue el Café París. Allí los conocí y asistí al relato de sus cabriolas con la mujer de Jonas con la grabadora de mi teléfono en marcha.

Cuando Jonas oyó la grabación, se quedó en estado de *shock*. Creo que la traición de su mujer lo hizo hundirse aún más en su adicción.

Se fue de casa, nunca tenía dinero y, cuando lo tenía, se lo gastaba en cualquier cosa que pudiera encender por un lado y fumarse por el otro. Debería haber previsto que sucedería algo así, pero me confié. Por eso no es buena idea hacer tratos con adictos.

Tampoco es que fuera una deuda demasiado grande, ya que le había pedido solo ochenta euros por mis servicios, que después rebajé a sesenta y, finalmente, resolví dejar en cincuenta, pero ni eso fue capaz de reunir. Después de varias visitas infructuosas, le dije que tenía que darme algo, lo que fuera, al menos hasta que consiguiera recolectar la cantidad acordada y aguantara sobrio el tiempo suficiente como para no gastársela. En un arranque de generosidad, me lanzó las llaves de su coche y me dijo que podía usarlo cuando quisiera. No pareció suponerle una gran pérdida y algo me dijo que, en realidad, ya se había hecho a la idea de desprenderse de aquella chatarra.

Por eso sigo usando este Citroën, cuyo nivel de emisión de gases debe de ser bastante superior al límite establecido por la ley y tiene la dirección tan dura que una hora de conducción equivale a varias sesiones de gimnasio. Aun así, no consume demasiado y es tan pequeño que me permite moverme con bastante soltura por las estrechas callejuelas de Frankfurt. A estas alturas, supongo que Jonas habrá dejado de echarlo de menos. Al ritmo que fuma, puede que se haya olvidado hasta de que tenía un coche.

Dejo el Citroën en las inmediaciones de Bornheim y hago el

resto del trayecto a pie.

No encuentro a Jokic en su puesto habitual, frente al Aldi en el que normalmente transcurre su jornada laboral, por llamarla de alguna manera. Su lugar lo ocupa un tipo negro sin piernas que exhibe sus muñones sin ningún pudor. Es una visión incómoda que provoca malestar a todo el que pasa frente a él. En los minutos que dedico a observarle, varios transeúntes dejan caer monedas e incluso algún billetazo en el vaso de cartón que tiene delante. El tipo ni siquiera da las gracias, concentrado en mirar al frente con las manos a la espalda y los ojos medio cerrados. Apuesto a que está drogado o alcoholizado.

Sigo bajando por Berger Straße hasta que encuentro a Jokic sentado en un banco situado frente a una óptica.

Parece cabreado. Supongo que se debe al hecho de que le hayan birlado su lugar frente al supermercado. Lo acompaña Memet, un japonés rechoncho que siempre le hace de comparsa. Forman una extraña pareja. En invierno, es habitual verlos dormir abrazados a cualquier hora del día, dándose el uno al otro el calor que la sociedad les niega.

—Buenos días, chicos.

Me miran de soslayo, pero no tardan en olvidarse de mí y vuelven la vista al frente. Jokic ha superado la edad de jubilación, tiene el pelo de color rojo y su ropa parece haber pasado por encima de otros tres o cuatro propietarios antes de llegar a su poder. Memet tiene su misma edad y su cabello es tan negro y grasiento como si lo untara cada día en betún.

—He visto que no estabais en vuestro sitio de siempre.

He tocado justo donde debía, porque, esta vez sí, Jokic se revuelve y me observa con los ojos inyectados en sangre.

—¡Ese negro de los cojones me ha robado el sitio! ¿Te lo puedes creer?

Está tan alterado que algunos transeúntes se vuelven a mirar y otros aprietan el paso ante el temor de que les alcance la onda expansiva de su enfado. Memet le coloca una mano en el brazo para pedirle calma, pero Jokic se zafa de su agarre y continúa despotricando.

—¡Son una mafia! Trajeron a ese tullido en una furgoneta y lo dejaron frente al supermercado, delante de mis narices. Protesté, les

dije que aquel era mi sitio, pero no me hicieron ni puñetero caso.

Lo dejo desahogarse. Las dependientas de la óptica nos observan con aprensión desde el otro lado del escaparate. Intuyo que están a punto de llamar a la policía para alertarles de que un indigente está espantando a la clientela.

—Lo siento mucho, Jokic.

El mendigo niega, como si no pudiera dar crédito. Memet le acaricia el cabello y logra apaciguarlo unas décimas. Cuando vuelve a hablar sigue furioso, pero al menos ya no grita.

—Están haciendo lo mismo en toda la ciudad. Cada mañana, esas furgonetas recorren las calles y dejan a esos negritos en los mejores sitios. Están todos deformes o les falta alguna extremidad, y se sacan una pasta porque a la gente le da pena. ¿No se dan cuenta de que nos están invadiendo? ¡Joder, si ni siquiera hablan nuestro idioma! ¿Nadie se pregunta cómo han llegado aquí?

Supongo que se lo está inventando todo. Simplemente, le fastidia que le haya salido competencia. No obstante, prefiero seguirle la corriente para no ponerlo en mi contra. Saco el paquete de tabaco y les ofrezco un par de pitillos. Memet me da las gracias, pero Jokic coge el suyo sin mirarme, convencido de que se lo merece.

—Habla con ese tipo. Puede que lleguéis a un acuerdo sobre…

—¡Y una mierda! —aúlla—. ¡Esta es mi calle, mi ciudad, mi país! ¿Qué derecho tiene ese desgraciado a venir a robarme el pan?

Es la indignación la que habla por él, así que prefiero no tenérselo en cuenta. No creo que vaya a ser capaz de convencerle de nada. Por si acaso, dejo de insistir y le doy lumbre. La mano que sostiene el cigarrillo tiembla de pura rabia.

—Tengo un encargo para vosotros.

La petición hace que ambos crucen una mirada cautelosa. Acaban de darse cuenta de que nuestro encuentro no ha sido casual. La oportunidad de ganar algunos billetes vuelve a Jokic manso como un colegial y el enfado se diluye como si nunca hubiera estado ahí.

—¿Qué necesitas?

Memet y él parecen ahora ansiosos. Diría que incluso se han puesto a salivar por la emoción. No tiene sentido hacerles esperar.

—¿Tenéis algo que hacer esta tarde?

Idiotas

—

Ayla pedaleaba tan rápido que parecía que fuera el mundo el que se movía y se alejaba de ella.

Aun así, no era suficiente.

Apenas circulaban vehículos a esa hora de la noche, como si la oscuridad hubiera querido aliarse con ella para permitirle avanzar lo más rápido posible, pero el coche seguía allí atrás.

El propio Martin iba al volante. El tipo que lo acompañaba había sacado medio cuerpo por la ventanilla y se dirigía a Ayla a gritos.

—¡¿Pero dónde vas?! ¡No corras tanto! ¡Solo queremos hablar contigo!

Las risas pusieron en evidencia el embuste. Se había cruzado con el Mercedes blanco de Martin hacía unos minutos. Al verla, este había efectuado un giro prohibido y había salido tras ella, dando paso a una persecución tan absurda e inoportuna que Ayla no podía creer su mala suerte.

Notaba los pulmones ardiendo y las piernas temblando por el esfuerzo, pero se resistió a bajar el ritmo. Sabía que si lo hacía estaría perdida. En lugar de eso se subió a la acera, invadió un parque que parecía haber surgido de la nada y tomó un sendero de tierra.

Martin rodeó el parque sin perderla de vista. Sus carcajadas traslucían una verdad innegable: se lo estaban pasando en grande.

Ayla volvió a salir a la carretera y tomó el puente de Flößerbrücke en dirección prohibida, aprovechando que en aquel momento no pasaba ningún vehículo.

Entonces todo se torció.

La llovizna que había caído a última hora de la tarde había dejado sobre la ciudad una capa de humedad tan despiadada y traicionera que, al contacto con las líneas de la carretera, las volvió

tan resbaladizas como si estuvieran embadurnadas de aceite. La rueda delantera patinó. Ayla logró controlarla, pero entonces perdió el control de la de atrás.

Pudo mantener la verticalidad a duras penas. Los segundos que empleó en maniobrar bastaron para que perdiera velocidad y Martin le diera alcance. El camello vio la oportunidad y la aprovechó.

Miró hacia atrás a tiempo de ver cómo el Mercedes se le echaba encima. ¿Es que se habían vuelto locos?

¡Blam!

El impacto fue tremendo. Ayla salió despedida y rodó por el asfalto, que la recibió con un abrazo frío y húmedo. Chocó contra la balaustrada, lo que evitó que se precipitara al río. La caída resultó más espectacular que otra cosa, aunque notó un crujido en la rodilla y el dolor irrumpió, inoportuno, obligándola a apretar los dientes.

No se permitió descansar y abrió los ojos para calibrar la situación. Esos tipos estaban flipados, decidió. De haber embestido con más fuerza, la habrían arrollado. ¿Qué clase de imbécil hacía algo así?

Martin detuvo el coche con un derrape. Su amigo bajó de un salto y llegó hasta dónde se encontraba Ayla en dos zancadas. Tenía las mejillas arreboladas y las pupilas del tamaño de un par de monedas, probablemente bajo el efecto de algún tipo de sustancia.

Se agachó ante ella. Ayla no llegó a discernir si pretendía agarrarla, rematarla o registrarle los bolsillos, pero tanto daba. Su instinto de supervivencia tomó las riendas y actuó sin pensar.

Armó la pierna y la disparó hacia arriba. Aun desde el suelo, en una posición nada ventajosa, logró que la suela de su zapatilla impactara contra la nariz de aquel desgraciado, que se lanzó hacia atrás mientras se llevaba las manos al rostro.

—¡Serás mamona! —gritó.

No le dio tiempo a más. Ayla se puso en pie y le obsequió con varios puñetazos que lo hicieron retroceder, espantado y sorprendido. La posibilidad de noquearle estaba ahí, al alcance de su mano, pero Martin apareció de la nada y le propinó un empujón que la hizo caer de culo otra vez.

—Te vas a enterar.

Ayla se incorporó con rapidez, preparada para defenderse si

alguno de los dos volvía a acercarse. Martin debió de intuir el peligro y se quedó donde estaba mientras su colega se quejaba.

—¡Me ha roto la nariz, tío!

—Anda ya.

—¡Que sí, que estoy sangrando, mira!

Pero Martin solo tenía ojos para Ayla. Su expresión era al tiempo prudente y orgullosa.

—¿Qué llevas en la mochila, Ayla?

—Ven a por ella, imbécil.

Martin celebró su atrevimiento con una risotada, pero se quedó donde estaba. Su amigo sacó un pañuelo de papel, lo cortó en dos trozos y se metió uno en cada agujero de la nariz para detener la hemorragia. No dejó de observar a Ayla durante la operación, con las facciones contraídas por el dolor y la rabia.

—Desgraciada, te voy a matar.

Deseó que lo intentara. Que encontrara el valor para lanzarse a por ella una vez más. Nada le apetecía más en ese momento que dejar que ese energúmeno se le pusiera a tiro para poder propinarle unos cuantos puñetazos más, a pesar de encontrarse en clara desventaja. Puede que hubiera podido con esos dos capullos por separado, pero juntos eran imbatibles.

Para intentar igualar la partida, se llevó la mano al bolsillo trasero y armó su navaja con un gesto seco. Martin observó el arma con curiosidad, como si fuera la primera vez que veía una de esas.

—Danos la mochila, Ayla.

No valía la pena jugarse el tipo por el escaso contenido de su macuto, en el que solo llevaba un par de kebabs y sendas botellas de refresco. Sin embargo, no pensaba dejar que aquel idiota se saliera con la suya sin pelear.

—Te he dicho que vengas a por ella, Martin.

El camello titubeó, poco acostumbrado a que le plantaran cara. Ayla lo conocía bien. Hubo un tiempo en el que trabajó para él, vendiendo su mercancía en Konstablerwache junto a Abdel y otros chicos, pero parecía hacer una eternidad de aquello.

Martin reparó en la bicicleta que yacía tirada a un lado. Al verla, su rostro se ensombreció y dejó asomar una sonrisa tan lúgubre como el fogonazo de un rayo en medio de una tormenta.

—Tengo una idea.

Hizo una señal a su colega y entre los dos cogieron la bici en volandas. Ayla supo lo que estaba a punto de suceder, pero se obligó a no intervenir.

Martin y su amigo levantaron la bicicleta sobre sus cabezas y, sin dejar de reír, la lanzaron al río.

Ayla ni siquiera escuchó el sonido de su montura al sumergirse, eclipsado por las carcajadas de aquellos dos idiotas y por su propia indignación al verse desprovista de su bien más preciado, el único medio del que disponía para ganarse la vida.

Ahogó las ganas de ir a por ellos. No podía descartar que pretendieran tirarla al agua a ella también, así que tuvo que tomar una decisión. Aprovechó que seguían riendo para darles la espalda y echar a correr.

Siguió oyendo sus risas y gritos un rato más. Se obligó a ignorarlos mientras en su interior bullía una hoguera de indignación y rabia. Por fortuna, no fueron tras ella y se conformaron con insultarla a distancia.

Descubierto

—

Regreso a Sachsenhausen varias horas más tarde, tras pasar por una tienda de baratijas y adquirir unas gafas de sol y una gorra con los colores de Hessen. Me coloco ambos accesorios antes de entrar en la galería. No estoy irreconocible, pero confío en que baste para disimular mi aspecto si las autoridades revisan más tarde las grabaciones de las cámaras de seguridad.

La galería está bastante más transitada que antes. Vuelvo a pasear entre los expositores, deteniéndome aquí y allá mientras el vigilante me observa con atención. Es el mismo tipo de hace un rato. No sé si me recuerda o tan solo le llama la atención que no me quite las gafas de sol, pero intento no pensar en ello. Algunos de los visitantes toman notas. Profesionales, deduzco. Expertos en subastas que suelen adquirir artículos para después revenderlos a sus propios clientes. De algo hay que vivir.

Mi plan es colocarme cerca de la pistola, pero no puedo. Me lo impide un tipo que está frente al arma, observándola con fijeza.

No puedo evitar que me dé mala espina.

Ronda los sesenta años. Luce una poblada barba gris y lleva un abrigo negro hasta más abajo de las rodillas. También va ataviado con una bufanda y unas gafas de sol. Lo primero que me viene a la cabeza es que está de luto, como si hubiera venido directamente de un funeral.

No aparta la vista del arma objeto de mis deseos. La Luger capta toda su atención, como si no hubiera nada más a su alrededor. Sopeso la posibilidad de que se trate de otro enviado de Matisse, pero no tardo en descartarlo. El tipo no tiene pinta de ladrón. Más bien parece una persona respetable, uno de tantos ejecutivos que vienen a Frankfurt de vez en cuando para hacer negocios y engrosar su cuenta corriente. Si quisiera robar esa arma, pagaría a alguien

para que lo hiciera por él.

Intuyo que va a causarme problemas y me pregunto si habrá alguna manera de adelantarme a los acontecimientos.

Estoy pensando en ello cuando aparecen Jokic y Memet.

La falta de medidas de seguridad hace que nadie les impida el paso. El olor corporal de ambos se dispersa por la galería, llamando de inmediato la atención de los presentes. El vigilante se da cuenta de que la presencia de estos dos desharrapados es sinónimo de problemas y se acerca a ellos dispuesto a hacer valer su autoridad para echarlos.

Antes de que llegue a intentarlo, empieza el *show*.

Jokic derriba uno de los estantes. Toma la pistola que hay allí expuesta y, nada más hacerlo, se dispara una alarma que apenas deja oír sus gritos.

—¡Bang, bang! ¡Toma, malnacido!

Se ríe como un poseso mientras apunta con el arma en dirección a Memet, que se convulsiona como si estuviera recibiendo una serie de disparos imaginarios en el torso y cae derribado contra otro de los pedestales, derribándolo a su vez.

El vigilante de seguridad está superado, pero se arroja sobre Jokic y trata de arrebatarle la pistola. En ese momento, Memet se incorpora, va hacia otro estante y toma una especie de arcabuz con aspecto de estar a punto de romperse en pedazos.

—¡Todo el mundo quieto!

Apunta al vigilante en una pose ridícula. Jokic se revuelve en el suelo y golpea al guardia de seguridad en el rostro con la culata de la pistola. La sirena atruena y supongo que en la central de la empresa de seguridad ya habrán recibido el aviso y los refuerzos estarán en camino.

Algunos clientes han salido despavoridos en cuanto han visto el panorama. Otros se han quedado de piedra, sin terminar de creerse la dantesca escena que se está desarrollando ante sus ojos. Los más crédulos alzan los brazos, como si temieran que el arma que sujeta Memet esté cargada y ese loco vaya a dispararles.

El único que permanece tranquilo es el barbudo.

Contempla a Memet, impasible tras los cristales de sus gafas de sol. El espectáculo que están montando estos dos apenas le merece más que un alzamiento de cejas. Eso me pone en guardia y me hace

darme cuenta de que no es un tipo al que puedan sorprender semejantes artificios.

El vigilante está ocupado tratando de reducir a Jokic. En lugar de socorrer a su compañero, Memet empieza a moverse de aquí para allá, derribando una tras otra las vitrinas en las que están expuestas las antigüedades, tal y como le pedí que hiciera.

El encargo era sencillo: que vinieran a la galería, formaran un buen alboroto y derribaran todos los expositores que pudieran. Yo aprovecharía la distracción para hacerme con la Luger y salir pitando.

No es un plan limpio ni infalible, pero no se me ocurrió nada mejor.

Cuando Memet llega a la vitrina en la que está expuesta el arma que pretendo sustraer, el barbudo se pone en su camino.

Es la suya una presencia dominante. Irreal. La forma en la que se coloca ante Memet, sin molestarse en decir nada ni en sacar las manos de los bolsillos, refleja lo seguro que está de sí mismo. Observa al mendigo, desafiándolo a intentar algo contra él. Desde mi posición, lo contemplo sin dar crédito y me pregunto quién diablos es ese tipo.

Desprende un aura de dignidad y peligro capaz de acobardar a cualquiera, pero no a Memet, que está demasiado loco como para arredrarse. Tiene una misión y la llevará a cabo a cualquier precio.

Por eso, aparta al barbas de un empujón.

El tipo cae al suelo. Mi primer impulso es ayudarle a levantarse, pero se impone la cordura y me digo que no tengo mucho tiempo más. Los refuerzos deben de estar a punto de llegar y en breve la galería se llenará de policías y guardias de seguridad que reducirán a mis amigos y se los llevarán a pasar la noche a los calabozos. No me siento mal por ello, ya que a estos dos les gusta tanto armar gresca que lo habrían hecho gratis. En unos días iré a verlos y les llevaré un pequeño obsequio y el pago por los servicios prestados.

No tengo tiempo que perder.

Memet derriba ese estante y las armas caen al suelo con estrépito. No pierdo de vista la Luger, que cae cerca de mi posición. La agarro con rapidez, me la guardo y salgo de la galería a la carrera.

Antes salir, alcanzo a ver a Memet derribar otra vitrina de una

patada. Jokic yace boca abajo, sin dejar de revolverse mientras el guardia de seguridad termina de colocarle las esposas.

Y más allá, desde el suelo, el tipo de las barbas me lanza una mirada asesina.

No ha pasado por alto mi maniobra. Me ha visto coger la Luger y guardármela en el bolsillo. El hecho de verme descubierto me hace soltar una maldición y aprieto el paso, ansioso por verme cuanto antes lejos de allí. Sé que Memet y Jokic no van a delatarme, pero no puedo decir lo mismo del barbudo. Si le da mi descripción a la policía, no tardarán en dar conmigo.

Salgo de la galería a toda prisa y echo a correr en dirección al lugar en el que he dejado el Citroën, al tiempo que noto el peso del arma en el bolsillo y maldigo a Matisse por meterme en semejante follón.

Optimista

—

Ayla llegó a casa una hora más tarde. Encontró a Tia en el sofá, fumando y lanzando anillos de humo que se deshacían antes de tocar el techo. Ya esperaba verla allí, pero no por ello dejó de parecerle una imagen perturbadora. El señor Aldemir permanecía a su lado con los ojos medio cerrados por el cansancio.

—¿Qué hace todavía despierto?

No se dio cuenta de que sonó como una reprimenda hasta que se oyó decirlo. Tia también debió de percibirlo, pero lo pasó por alto y, en lugar de protestar, contrajo el gesto.

—¿Qué te ha pasado?

Ayla se encogió de hombros y colocó sobre la mesa de centro los dos kebabs y los refrescos que llevaba en la mochila.

—Acabo de quedarme sin trabajo.

El recuerdo de Martin y de su colega lanzando su bicicleta al río le escoció como una herida mal curada. No solo la habían privado de su medio de transporte, sino también de su única forma de ganarse el sustento. Ahora tendría que llamar al restaurante del señor Suleyman y decirle que dejaba el trabajo, ya que al haber perdido la bici no tenía manera de entregar los pedidos. De paso, tendría que explicarle por qué no había podido entregar la cena que acababa de depositar sobre la mesa y que sus clientes ya debían de haber reclamado.

—Vaya.

No dijo más que eso. Ayla agradeció no tener que dar más explicaciones.

Tia tomó uno de los kebabs y comenzó a devorarlo sin molestarse en preguntar de dónde había salido. Ayla arrancó un trozo del otro y se lo dio de comer a su padre. Se concentró en alimentar al señor Aldemir, que masticaba y tragaba como un

autómata, al tiempo que trataba de ignorar las ojeadas valorativas que Tia le lanzaba a cada momento. Se sentía observada, interrumpida en aquel ritual íntimo con su padre, y notó el rubor extenderse de forma inevitable hasta sus orejas.

—No te preocupes por nada, Ayla. Conseguiré algo de pasta.

Lo dijo como si se tratara de algo sencillo, que podría hacer incluso con los ojos cerrados. Ayla se preguntó cómo pensaba conseguir dinero con tanta facilidad y se le ocurrieron varias posibilidades, ninguna de ellas lo bastante halagüeña como para permitirle ser optimista. Sin embargo, prefirió no decir nada y siguió alimentando a su padre en silencio.

Cuando acabó de cenar, Tia se puso en pie, tomó su chaqueta y, desde la puerta, le guiñó un ojo a Ayla antes de salir.

Flexible

—

Me cuesta no sentirme afortunado.

Circulo con las ventanillas del Citroën abiertas, en un vano intento por dispersar el acre olor corporal que Jokic y Memet dejaron adherido en la tapicería durante el trayecto hasta la galería. Hace frío, pero el hedor instalado en el habitáculo es tan intenso que no me importa pasar por alto este inconveniente.

He pasado la tarde merodeando por las inmediaciones de mi domicilio, atento por si veía algún patrullero de la policía detenerse ante mi portal. Que no hayan ido aún a por mí me da esperanzas y me hace pensar que, por descabellado que parezca, mi improvisado disfraz ha cumplido con su cometido y me ha permitido pasar desapercibido ante las cámaras de seguridad de la galería. Ya he dejado de preocuparme también por el barbudo, a pesar de la ojeada furibunda que me dedicó desde el suelo mientras me marchaba. ¿Y qué, si le da mi descripción a la policía? No podrán hacer mucho para encontrarme solo con eso.

Memet y Jokic tampoco van a delatarme. Les conviene que sigamos siendo amigos para así poder disfrutar de vez en cuando de estos encargos tan divertidos y bien remunerados.

El peso de la Luger en mi bolsillo no es reconfortante ni tranquilizador. No veo el momento de ir a ver a Matisse para dársela y librarme de ella. Decido que lo visitaré al día siguiente, a primera hora.

Tiro la gorra y las gafas de sol en una papelera y me acerco a un cajero. Compruebo que el anticipo del señor Redondo ya ha llegado y saco una buena suma con la que recompensar a Memet y a Jokic por sus servicios.

Recalo en el Café Paris casi sin darme cuenta de lo que hago.

Mis pies pusieron rumbo a este antro sin ningún motivo lógico.

La fuerza de la costumbre guio mis pasos por pura rutina. Nada más entrar, Firmin me lanza una ojeada desde la barra, entre curiosa y desconfiada. Espero que su enfado se haya atemperado. No tengo ganas de buscar otro refugio en el que poner en remojo mis preocupaciones.

—¿Cómo vas, Firmin?

No responde. Detecto un deje de rencor atrincherado entre sus facciones, pero no puedo culparle por ello. Que dos malnacidos como Matisse y Garmendia se hayan dejado caer allí por mi culpa es un motivo más que de sobra para que no quiera volver a verme. Sin embargo, me parece detectar algo más en su actitud: la necesidad acuciante de saber qué me ha llevado a unir mi destino a dos tipos así. Su malsana curiosidad se superpone a la prudencia, algo que se hace patente cuando saca una Binding de la nevera y me la planta delante.

—Deberías vigilar con quién te juntas.

Acepto el consejo con un cabeceo. En este momento, la clientela se reduce a un puñado de individuos que miran la tele, concentrados en uno de esos programas de cocina en los que varios famosos compiten por demostrar quién es más idiota. También hay una mujer en la barra frente a un vaso de licor con aspecto de no estar haciendo nada en absoluto; solo dejar pasar las horas entre un trago y el siguiente.

Doy un sorbo a mi cerveza e ignoro la expresión atormentada de Firmin, que apenas puede disimular su nerviosismo. Al ver que no voy a soltar prenda, insiste.

—¿Qué querían esos dos de ti?

Arrugo la frente, como si me sorprendiera su repentina curiosidad.

—Querían contratar mis servicios. ¿Te parece mal?

—¿Que si me parece mal? Joder, Mascarell. Hay maneras más rápidas y menos dolorosas de suicidarse.

—¿A qué te refieres?

—A que es gente chunga. A que es más seguro meter la cabeza en un horno encendido que hacer tratos con un tipo como Matisse.

—¿Qué sabes de él?

Niega, como si se resistiera a darme esa información, pero no engaña a nadie. Está demasiado ansioso por contar lo que sabe. Si

pudiera, sacaría un proyector para acompañar su explicación con unas diapositivas. Aun así, tiene la deferencia de bajar el tono para que nadie más oiga sus confidencias.

—Es uno de los lugartenientes del Gran Rojo.

—¿El Gran Rojo? Pensaba que era una leyenda.

La sugerencia lo lleva a abrir mucho los ojos, como si no pudiera dar crédito. La sorpresa no tarda en verse arrollada por el entusiasmo de disponer de un alma pura a la que poner al día de sus conocimientos.

—¿Una leyenda dices? Mascarell, el Gran Rojo es real. Se trata de la organización criminal más importante de Alemania.

—Vaya. Había oído que el Gran Rojo era «alguien» y no «algo».

—Al principio sí. Había un tipo que era la cabeza visible de la organización, pero murió hace varios años.

—¿Un accidente?

—Por supuesto. El pobre fue atropellado. Por una bala, concretamente.

—Ya es mala suerte.

Firmin asiente y mira en torno para asegurarse de que sigue sin haber nadie más a la escucha, o puede que todo lo contrario.

—Eso fue hace varios años. Desde entonces, su hija lleva el negocio. De la Fuente, se llama. Las malas lenguas dicen que es aún más despiadada y peligrosa que su padre.

—Ya será menos.

El comentario lo lleva a impostar una sonrisa. Es como mirar una calavera: toda dientes, pero sin el menor rastro de alegría.

—En esta ciudad nada se mueve sin su consentimiento. La mitad del barrio rojo le pertenece, y la otra mitad está obligada a pagarle un tributo para seguir existiendo. Dicen que dirige sus negocios desde un despacho situado en uno de los rascacielos que dominan el *skyline* de Frankfurt, bajo la apariencia de una empresaria respetable.

Finjo que me sorprende oír todo eso, aunque la mayor parte de lo que cuenta es de dominio público. Es imposible saber hasta qué punto es verdad o si se trata de leyendas que se han ido extendiendo para hacer aún más temible el nombre de esa organización criminal.

—Matisse es un pez gordo dentro del Gran Rojo. Deberías

mantenerte lejos de él.

Asiento, como si hubiera decidido hacer caso de la sugerencia.

—¿Y qué hay del mastodonte que lo acompaña?

—¿Garmendia? Es una mala bestia. Corre el rumor de que ya se ha cargado a unos cuantos con sus propias manos.

—No será para tanto.

Mi incredulidad es todo lo que necesita para enfurruñarse y señalarme con un dedo admonitorio.

—Que te andes con ojo, Mascarell. Que si le ordenan acabar contigo, no será rápido ni cuidadoso. Es un sádico. ¿Sabes que le tienen prohibido acercarse a las chicas del barrio rojo?

—¿Y eso?

—Porque es una bestia. Una vez estuvo a punto de lisiar a una pobre muchacha. Le gusta zurrarles.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

—Por si fuera poco, dicen que tiene un manubrio descomunal. Que las chicas salen corriendo cuando lo ven.

No puedo evitar que la imagen del miembro viril de ese monstruo se materialice en mi cabeza. Una vez evocada, resulta tan repulsiva que soy incapaz de olvidarla. Harán falta muchas birras para que llegue a hacerlo.

—Relájate, Firmin. Lo tengo todo controlado.

Es mentira, obviamente. No tengo ni idea de lo que hará Matisse cuando le entregue la pistola de marras. La posibilidad de que trate de eliminarme es real. A pesar de todo, quiero pensar que me mantendrá con vida, por si más adelante le apetece volver a contar con mis servicios. Siempre será preferible tenerme vivo y a su merced que desmembrado y en una cuneta, donde ya no podré hacer mucho por él.

—Tú mismo, Mascarell.

Firmin se retira con el gesto adusto, como si de verdad se preocupara por mí. Estoy a punto de creérmelo, pero lo conozco demasiado bien. Lo que le preocupa es que me maten antes de que tenga oportunidad de contarle en qué ando metido.

Se aleja para atender a un grupo de recién llegados. Aprovecho para dar un nuevo trago mientras considero la posibilidad de ir hoy mismo a ver a Matisse y librarme de una vez por todas de la pistola de las narices.

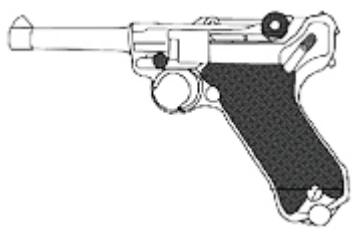
—¿Eres español?

Lo pregunta una voz de mujer. Me vuelvo hacia el lugar del que procede. La cuestión ha sido formulada por la desconocida que permanece ante el vaso de licor. Me observa con una curiosidad que parece genuina. Ha debido de detectar mi acento andaluz entre líneas mientras hablaba con Firmin. La examino de arriba a abajo antes de decidir que no hay nada de malo en responderle.

—De Cádiz. ¿Lo conoces?

La mención de esa localidad opera un cambio en su semblante. Al sonreír deja a la vista una hilera de dientes tan blancos que contrastan con su piel oscura. Debe de tomar mi respuesta como la confirmación de algo, ya que desciende del taburete y viene en mi dirección. No se molesta en aderezar sus pasos con un contoneo ni en parecer más interesada de la cuenta. No lo necesita.

—Claro que sí. He vivido durante algún tiempo en Algeciras.



Hablamos en español. Debe de estar convencida de que así me siento más cómodo, pero puede que también lo haga para que Firmin, que no nos quita el ojo de encima, no pueda seguir la conversación.

No es una de esas mujeres de belleza deslumbrante que roba el aliento y la cordura a todo aquel que se cruza en su camino. Es el suyo un atractivo manso, sosegado. Agradable al primer vistazo y más interesante cuando te acostumbras a él. Ha dicho que se llama Berna, que conoce Cádiz bastante bien y que ha venido a Frankfurt para estar con su hija una temporada.

—¿Y a qué te dedicas, Berna?

—Soy periodista. Voy allá donde hay una noticia.

De entre todas las ocupaciones que le habría atribuido, la de periodista ocupa uno de los últimos puestos. Hay algo en su forma

de estar que reafirma esa impresión. Que una mujer de mundo como ella se deje caer en un antro como el Café Paris resulta grotesco, pero no me importa pasarlo por alto.

—¿Para qué periódico trabajas?

—¿Periódico? ¿En qué siglo vives, Mascarell? Soy *freelance*.

—Ah, entiendo.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy detective.

Espera a que añada algo más. Como si creyera que no basta con eso. Eso me hace sentir una punzada en el orgullo. Normalmente, cuando le cuento a alguien a lo que me dedico, obtengo una reacción muy diferente. La de detective sigue siendo una profesión que evoca emoción y aventuras, alentada por cientos de películas de cine negro que suelen mitificar la figura del sabueso y la alejan de la realidad. Siempre tengo que explicar que mi trabajo no es tan apasionante como suena; que implica muchas horas de trabajo administrativo, de vigilancia infructuosa y, sobre todo, de lances con clientes insatisfechos que no consideran que mi labor haya sido para tanto.

—¿Y qué haces en Frankfurt? —pregunta.

—El imbécil, supongo.

—¿Echas de menos España?

—No mucho.

—Yo echo de menos la playa. La sensación de libertad que da vivir junto al mar es impagable.

Asiento como si no pudiera estar más de acuerdo, aunque no creo que sea para tanto. Vivir durante tantos años en la costa me ha vacunado contra esa clase de nostalgia.

—Siempre puedes regresar a Algeciras.

Agarra su vaso, pero se sorprende al encontrarlo vacío. Eso la hace tomar una decisión y, sin el menor titubeo, acorta aún más la distancia que nos separa. Me sorprende su determinación, sobre todo cuando me coloca una mano en el pecho y se acerca tanto que puedo aspirar el aroma a licor de hierbas directamente de sus labios.

—Vamos a un lugar más tranquilo.

No estoy acostumbrado a despertar este tipo de pasiones. Que una desconocida con la que apenas llevo un rato hablando me haga

una proposición así me escama, pero la voz que me alerta del peligro que supone dejarme engatusar tan fácilmente se diluye bajo el efecto de dos atenuantes.

El primero, las cervezas.

El segundo, el tiempo que hace que ninguna mujer me toca como lo está haciendo ella.

Debería ser inflexible. Pedirle que me quite las manos de encima y se relaje, pero no lo hago. En vez de eso, me imagino su compañía. La idea es demasiado suculenta como para renunciar a ella sin más.

Alcanzo a ver cómo Firmin nos observa con el rictus congelado en una mueca de desconcierto. No debe de estar acostumbrado a presenciar flirteos como este en sus dominios. Los ojos de Berna me taladran, recordándome que debería responder algo, lo que sea, para no parecer aún más bobo.

—No vivo solo.

No sé por qué he dicho eso. Es como si mi subconsciente pretendiera sabotear cualquier experiencia íntima que pudiera tener con esta mujer. Técnicamente he dicho la verdad, aunque mi relación con *Frau* Maud, la señora que me alquila la habitación en la que vivo, no va más allá de la de una casera y su inquilino. Llevar allí a una chica no debería suponer un problema.

Berna tuerce el gesto y, para mi sorpresa, sonríe. Creo que le divierte mi torpeza. Se acerca un poco más y me habla directamente al oído.

—¿Nos vamos?

Ni siquiera me planteo responder. Dejo un billete sobre la barra y nos marchamos sin esperar el cambio, más por impaciencia que por generosidad.

Nada más salir, Berna me agarra de la mano y echamos a andar calle abajo. El gesto es natural, como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Caminamos en silencio y de vez en cuando me lanza ojeadas y sonrisas cada vez más explícitas que me aceleran el pulso y a las que no sé muy bien cómo responder. Intento entablar conversación un par de veces, pero ignora mis palabras sin misericordia.

La situación es estrambótica, pero me han pasado tantas cosas disparatadas durante las últimas horas que no me apetece

resistirme. Prefiero creer que mi suerte está a punto de cambiar.

Berna tuerce en un callejón que no lleva a ninguna parte. Cuando estoy a punto de protestar, me arroja contra la pared y aprieta sus labios contra los míos.

Nos fundimos en un abrazo mientras nuestras lenguas se entrelazan y nuestras manos reconocen ansiosas la anatomía del contrario. Dejo que la excitación tome el mando. Berna tiene un cuerpo delgado y fibroso, y sus besos saben a licor de hierbas. La sordidez de este callejón, lejos de cohibirnos, salpimienta la situación y la dota de una deliciosa irrealidad que me hace olvidar por un momento quién soy y qué estoy haciendo aquí.

Cuando lo recuerdo, ya es demasiado tarde.

Porque las manos de Berna siguen explorando mi anatomía y, cuando caigo en la cuenta de lo que están a punto de encontrar, aún tardo unos segundos en reaccionar, lo que le da tiempo de sobra para hacerse con la pistola.

Hago amago de arrebatársela, pero su rodilla asciende de forma inesperada e impacta contra mi entrepierna con la tibieza de una erupción volcánica.

La explosión de dolor me paraliza.

No puedo hacer otra cosa que doblarme en dos. Intento hablar, pero no me salen las palabras. Las lágrimas difuminan el callejón y caigo de rodillas. Trato de recomponerme, pero el dolor me amarra como si alguien hubiera echado el ancla.

—Berna…

Trato de imprimir todas las connotaciones posibles a esa única palabra. Quiero decirle que no me puede dejar así, que necesito esa pistola, que le pagaré muy generosamente si me la devuelve… Antes de poder hacerlo, sus manos vuelven a explorarme. Por un instante me ilusiono con la posibilidad de que vaya a ayudarme a ponerme en pie, pero la realidad termina por imponerse cuando encuentra mi cartera y se hace con ella.

Saca el dinero y se lo guarda. Después arroja mi billetera a un lado y huye.

Corre, aunque no necesita hacerlo. En mi estado no voy a ser capaz de salir detrás de ella. Dejo de verla y, casi al momento, de escuchar sus pasos en retirada. Me quedo solo, dolorido y aturdido. Cabreado. Preocupado.

Trato de levantarme, pero una nueva avalancha de dolor me obliga a permanecer allá abajo. Esta postura me alivia ligeramente, así que me quedo allí sin dejar de pensar en lo que acaba de suceder ni de preguntarme qué diablos voy a hacer ahora.

III. Agujeros

Interrogatorio (3)

—

Así que Junior fue a ver a la vieja Baobab.

Antes de decidirse a dar el paso, buscó información sobre aquella mujer. No quería precipitarse. Preguntó a sus contactos qué sabían de la vieja bruja y de los negocios que desarrollaba desde aquel chalet destartalado.

Al parecer, Baobab llegó a Frankfurt en los años ochenta con toda su prole procedente de un país del Este que ya no existe. Era la cabeza visible del clan de los Popescu y no tardó en hacerse un nombre de la peor manera posible. Extorsión, tráfico de drogas, prostitución… Cualquier actividad delictiva se asociaba casi de inmediato a ese apellido. Cuentan que los Popescu llegaron incluso a plantar cara al Gran Rojo y a amenazar su hegemonía.

El enfrentamiento entre ambas bandas se dilató durante mucho tiempo. Fueron los años del plomo, en los que pertenecer a un bando o al otro podía suponer la diferencia entre vivir o morir. La lucha por hacerse con el control de la prostitución y el tráfico de drogas en Hessen fue encarnizada y provocó bajas en ambos bandos, ya que ni unos ni otros estaban dispuestos a ceder con tal de llegar a una tregua.

Bueno, ¿qué les voy a contar que no sepan?

La guerra fue cruenta, pero tuvo un vencedor inevitable. Cualquiera lo habría visto venir. Por muy expeditivos que fueran, los Popescu no supieron adaptarse a los nuevos tiempos. Seguían siendo unos descerebrados acostumbrados a emplear la fuerza y a destrozarlo todo a su paso. La era del GPS e internet, con la policía cada vez más preparada y con más medios para hacerles frente, les pilló con el paso cambiado. La extinción del clan estaba casi asegurada.

A los Popescu no les quedó más remedio que capitular y abandonar la mayor parte de sus negocios. El Gran Rojo se hizo entonces con el control, ya que disponía de los medios y de la infraestructura necesaria para blanquear sus ingresos y crear un entramado empresarial que le sirviera de pantalla para llevar a cabo sus actividades delictivas, la pesadilla de cualquier investigador.

Los Popescu se vieron relegados a Offenbach. Pasaron a dedicarse a las peleas clandestinas y al trapicheo a pequeña escala. Ni siquiera intentaron regresar al negocio, conscientes de sus limitaciones. Por su parte, el Gran Rojo los dejaba estar allí, donde no solían causar problemas y, si los causaban, estaban demasiado lejos de su área de influencia como para perjudicarles de alguna manera.

La vieja Baobab se retiró y dejó a sus hijos a cargo del negocio. Vivía en aquel caserón, donde hacía de curandera y de bruja para cualquiera que fuera tan bobo como para creer en semejantes chorradas. Dicen que el señor Nielsen iba a verla de vez en cuando en base a una antigua amistad, para interesarse por su salud y asegurarse de que no le faltaba de nada. Sin embargo, a Junior le costaba creerlo. La otra noche lo había notado demasiado preocupado después de lo que fuera que hubiera sucedido en el interior de aquella choza, así que no iba a conformarse con una explicación tan simple.

Por eso fue a verla, pero antes hizo un último intento de hablar con su padre de aquel tema. Huelga decir que al señor Nielsen no le hizo ninguna gracia que se interesara tanto por sus asuntos.

—Baobab es cosa mía.

—Pero, papá, la gente empieza a hablar. Dicen que te has vuelto débil. Que vas a que te lea las cartas y le compras pociones y ungüentos. Que alguien que cree en esas chorradas no puede estar al frente del negocio.

Mentía, obviamente. Nadie se habría atrevido a insinuar tales barbaridades delante de Junior, pero no había que ser muy listo para deducir que, antes o después, alguien cuestionaría la idoneidad de su padre para ocupar un alto cargo en la estrecha jerarquía de la organización del Gran Rojo. Que fuera de dominio público que andaba visitando a una maldita bruja cada cierto tiempo no ayudaría, llegado el caso, a que conservase la cabeza sobre los hombros.

—Eso no es asunto tuyo, Junior. Limítate a hacer tu trabajo.

Junior se mordió la lengua y respondió que sí, que eso haría, pero en su cabeza comenzó a idear un plan de acción muy diferente.

Iría a ver a esa vieja. Descubriría qué clase de negocios se traía entre manos y si llegaba a la conclusión de que, de alguna manera, esa mujer se estaba aprovechando de su padre, le daría una lección que nunca olvidaría. Demostraría iniciativa. Sabía que al autor de sus días no le haría ninguna gracia, pero estaba convencido de que, en el fondo, apreciaría el gesto. Puede que, al fin, se decidiera a darle algunas responsabilidades de mayor calado que le permitieran ascender algunos peldaños en la organización.

Fue al chalet de Baobab en su propio coche. Entró en la parcela, como había visto hacer a su padre, y trató de acallar sus reticencias sin dejar de repetirse que estaba haciendo lo correcto. Que no corría ningún peligro y que aquella vieja era inofensiva.

Utilizó los nudillos para llamar con mucha más fuerza de la necesaria. Repitió la llamada a los pocos segundos, para subrayar su impaciencia y reafirmar su determinación.

Cuando la puerta se abrió y se vio ante la anciana, Junior notó que las palabras que había ensayado durante el trayecto se batían en retirada. Solo había visto a aquella mujer una vez y de lejos, así que ahora que la tenía delante podía fijarse bien en todos esos detalles que entonces pasó por alto.

En concreto, no podía dejar de mirar aquella curiosa barbita de chivo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La figura enjuta de la vieja Baobab se recortaba frente a la luz de color

violeta que bañaba el interior del caserón. Junior le calculó una edad indefinida entre los noventa y los ciento cincuenta años. A pesar de su aspecto estrafalario y de los lustros que anquilosaban su aspecto, había algo en ella que lo inquietó. Atemperado entre los pliegues y las arrugas que surcaban su rostro, se podía ver aún el orgullo y el porte de la mujer poderosa que un día fue. No en vano, se encontraba ante la que había sido la líder de uno de los clanes más sanguinarios que jamás hubiera pisado Hessen. Los rescoldos de aquella vieja dignidad parecían difuminados por el paso del tiempo, pero seguían allí, resistiéndose a desaparecer de todo.

—Hola, bruja.

Junior notó que sus nervios remitían en cuanto pronunció aquellas palabras, como si con ellas hubiera roto una especie de sello mágico que protegía a esa anciana y al lugar en el que se encontraba. Se repitió que no era más que una vieja y él un hombre joven en plena forma. Podría cargársela en aquel mismo momento y nadie podría impedírselo. Esa certeza le insufló aún más seguridad e hinchó el pecho como un palomo, un gesto que no pasó desapercibido a la vieja Baobab.

—Anda, pasa.

Antes de que Junior pudiera discernir si se trataba de una orden o de una invitación, la anciana le dio la espalda. Tardó unos segundos en tomar una decisión y seguirla, intentando aparentar una seguridad en sí mismo que estaba lejos de sentir.

La vieja Baobab tomó asiento tras la mesa que dominaba la estancia y lo invitó a acomodarse frente a ella. Junior obedeció con media sonrisa bailándole en la comisura de los labios.

—¿Qué puedo hacer por usted, joven?

Lo preguntó al tiempo que extraía de algún lugar bajo la mesa un mazo de cartas y procedía a barajarlo. Junior se tomó unos instantes para inspeccionar el lugar, sorprendido por la cantidad de baratijas que atestaban las estanterías a su alrededor. Ungüentos, pergaminos, piedras de colores extraños… Cuando su mirada se encontró con los ojos de cristal de un chucho disecado, con las extremidades retorcidas en direcciones imposibles, llegó a la conclusión de que la mujer que tenía delante no andaba bien de la cabeza.

—Hace unos días vino a verla un hombre.

Un titubeo atravesó de forma fugaz el rostro de la vieja Baobab, que disimuló y siguió barajando las cartas.

—¿Trabajas para Arthur?

A Junior le sorprendió que se refiriese a su padre por su nombre de pila. Demasiadas confianzas para una simple curandera. Trató de fingir indiferencia y la anciana no esperó a que respondiera.

—¿Y sabe él que estás aquí?

La cuestión, pronunciada en un tono de curiosidad que pretendía pasar por genuino, lo enervó. No le había preguntado si el señor Nielsen lo había enviado, tan solo si estaba al corriente de que había ido a verla. Como si su padre y ella estuvieran en un plano superior de conocimiento al que apenas

afectaban los actos de las hormigas como Junior. Así se sintió, justamente: como un maldito insecto, prescindible y débil.

Cuando un idiota se ve amenazado suele responder con agresividad. Ni siquiera piensa en la posibilidad de que una respuesta violenta empeore aún más la situación. Eso fue justamente lo que hizo Junior, que no estaba dispuesto a que aquella anciana le pasara por encima.

—Está loca —sentenció—. Con esas cartas y esa pose de vieja mercachifle. Dígame ahora mismo por qué vino a verla el señor Nielsen.

En lugar de responder, Baobab procedió a repartir las cartas frente a ella con lentitud. Después las observó con fijeza al tiempo que sacaba de debajo de la mesa un paquete de cigarrillos. Se colocó un pitillo en los labios, lo encendió y dio una honda calada, todo ello sin mirar a Junior, que se enfureció un poco más a cada segundo que demoró la respuesta.

—Si él no te lo ha contado, ¿por qué diablos iba a contártelo yo?

Era una pregunta lógica, oportuna, pero tuvo la virtud de enervar todavía más a Junior.

—Porque si no lo hace, voy a pegarle un tiro en la cara —escupió—. Por eso, maldito vejestorio.

Para acompañar aquel argumento, sacó su pistola y la dejó sobre la mesa. Baobab contempló el arma, que casualmente apuntaba en su dirección, y después a Junior. Lo observó con curiosidad, como si aún no hubiera terminado de entender qué había llevado a aquel muchacho a sus dominios. Dio una nueva calada, con los ojos entornados por el humo y la desconfianza, y volvió a guardar el paquete de cigarrillos.

¡¡BLAM!!

Cuentan que el disparo se oyó en varios kilómetros a la redonda. Que el bramido fue tan ensordecedor que llegó hasta Los Días Felices. Que al oírlo, los hijos de la vieja Baobab tomaron sus coches y acudieron a toda velocidad a la choza para ver qué había pasado, y que por eso llegaron tan rápido.

La realidad es mucho más simple.

La anticuada mesa camilla de la vieja Baobab era su centro de mando. Bajo el tablero disponía de un compartimento donde guardaba varios mazos de cartas, debidamente apañadas para que tras barajarlas mostraran exactamente lo que ella quería que mostrasen. También había un pulsador, una especie de timbre que enviaba una señal a los teléfonos móviles de sus hijos. Si recibían esa señal, significaba que estaba en peligro y que debían acudir cuanto antes.

Había pulsado el timbre hacía unos minutos.

Disponía también de una escopeta anclada al tablero que apuntaba a quien estuviera sentado frente a ella. Si sus clientes habituales hubieran sabido que estaban siendo apuntados con aquel armatoste mientras les echaban las cartas, se lo habrían pensado dos veces antes de sentarse allí.

La vieja Baobab había creído que aquel chico era inofensivo. Que podría manejarlo y despacharlo con algunas respuestas vagas mientras decidía qué hacer con él. No era la primera vez que alguien la infravaloraba. Sin embargo,

cuando le vio sacar el arma, algo dentro de ella se rebeló. Nadie podía ir a su casa y tomarse la licencia de apuntarle con una pistola como si nada. Nadie.

Por eso, cuando fue a guardar los cigarrillos, su mano se deslizó hasta la empuñadura de la escopeta y apretó el gatillo.

El pobre Junior salió despedido hacia atrás. El cartuchazo le abrió un agujero en la barriga tan grande que casi se podía mirar a través de él. Se quedó en el suelo, sujetándose el vientre al tiempo que profería unos aullidos terribles.

—Esto te pasa por jugar con los mayores.

Junior ni siquiera la oyó, demasiado ocupado en agonizar. En ese momento, Baobab oyó varios derrapes allá fuera, señal de que sus hijos acudían al rescate.

Dibaba fue el primero en entrar, seguido de Yaki y Tina. Todos rubios, tan parecidos entre sí, con cara de lerdos y los hombros tan anchos que entre los tres habrían podido sostener un edificio pequeño. Llevaban las armas desenfundadas, prestos a agujerear a cualquiera que se hubiera atrevido a molestar a su madre. Cuando vieron al tipo que yacía a sus pies, se miraron entre ellos y después a Baobab en busca de instrucciones.

—Deshaceos de este imbécil.

Junior había dejado de gritar y en breve iba a dejar también de respirar. Yaki se acercó a su madre, pero no se atrevió a preguntarle si se encontraba bien. La amplia sonrisa que adornaba su rostro delataba que hacía mucho que no se sentía tan satisfecha consigo misma. Por su parte, Dibaba se agachó y registró con eficacia los bolsillos de Junior hasta que dio con su cartera. Se guardó los billetes que había dentro y extrajo su carnet de conducir, que pasó de mano en mano hasta llegar a la vieja Baobab.

Al comprobar su identidad, la sonrisa de la anciana se esfumó y su semblante mutó en una máscara pálida. Volvió a mirar al chico tendido frente a ella con renovado respeto. Detectó en sus facciones el inevitable parecido y notó cómo le temblaban las piernas y su estómago adquiría la consistencia de un maldito pastel de gelatina.

—Oh, mierda. Es el hijo de Arthur.

El interrogatorio continúa AQUÍ.

De la Fuente y Baobab

—

De la Fuente entra en la choza sin llamar y encuentra a la vieja Baobab al otro lado de la mesa que preside la estancia, con la mirada perdida tras la neblina procedente del cigarrillo que sostiene entre los dedos. Sus tres hijos permanecen de pie detrás de la anciana, envarados como centuriones. Observan a la recién llegada con rostros severos. Desconfiados. A duras penas pueden contener las ganas de lanzarse sobre ella.

—Hola, Baobab.

Ni siquiera responde al saludo.

Como muestra de buena fe, De la Fuente toma asiento frente a ella. Se esfuerza en mantener un gesto neutro para dejarle claro que la suya es una visita de negocios, a pesar de los funestos sucesos que la han llevado hasta allí.

—¿Creías que no íbamos a enterarnos?

Emplea un tono desapasionado. Como si diera por hecho que la respuesta a esa pregunta, sea cual sea, la va a decepcionar. Baobab se crispa y, esta vez sí, alza la vista. Antes de responder se acaricia los pelos de la barbilla, como si nada hubiera cambiado.

—Te esperaba, en realidad.

Ese intento de imbuir normalidad a la situación no suena forzado ni desesperado, pero De la Fuente desmonta su cautela con un manoteo y echa una ojeada a su alrededor para valorar el pésimo gusto de Baobab para la decoración.

—Si Nielsen se entera de lo que le has hecho a su hijo, ya sabes lo que sucederá.

«Lo que le has hecho a su hijo». No dice «lo que le ha sucedido» o «lo que le ha pasado», para que no haya ninguna duda acerca de por qué está allí. La vieja Baobab protesta, más por costumbre que porque crea que va a poder engañar a esa mujer.

—¿Cómo sabes que ha sido cosa mía?

—No insultes a nuestra inteligencia, Baobab. Que nos conocemos.

—No deberías estar aquí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a pegarme un tiro a mí también? ¿O pedirás a tus hijos que se encarguen de mí?

Contempla a los Popescu uno por uno. Los hijos de Baobab cruzan una mirada curiosa y después observan a su madre, buscando en ella instrucciones, alguna pista sobre la mejor manera de proceder ante esa provocación. A la menor señal de la anciana, esos tres perros saltarán sobre ella y la despedazarán. De la Fuente no cree que vayan a atreverse a rebasar esa línea, pero tampoco se confía. Ha oído cosas terribles de esta gentuza y sabe lo peligroso que resulta provocar a un animal acorralado. Por eso, decide darles una tregua.

—Estoy desarmada, Baobab, y he pedido a mis chicos que esperen en el coche. Creo que podemos arreglar esto como personas civilizadas. Las dos somos mujeres de negocios.

Muy despacio, el entendimiento disipa la desconfianza. Baobab comprende lo que esa mujer ha ido a buscar. No habla hasta que han pasado unos convenientes y precisos cinco segundos, tiempo de sobra para calcular sus opciones. No son muchas, se teme.

—Quieres chantajearme.

De la Fuente tuerce el gesto, como si le disgustase la elección de esa palabra. Después mira en torno una vez más.

Se considera una experta en el arte de convertir los imprevistos en oportunidades. La muerte de Junior ha sido un suceso inesperado y terrible, pero no vale la pena perder el tiempo lamentándose por ello. La vida sigue y este incidente, aunque desafortunado, puede beneficiarla de muchas maneras. Esta es solo una de ellas.

—Te estamos ofreciendo una salida, Baobab. Podemos llegar a un acuerdo y evitar que las cosas se salgan de madre, algo que no nos interesa a ninguna de las dos.

—No lo adornes: quieres dinero a cambio de no contarle a Nielsen qué le pasó a su hijo.

—Lo que quiero es una participación. Los Días Felices van a ser más felices que nunca. Estamos negociando con nuestro amigo

común, el señor Ngoye, para que te suministre una buena camada de luchadores sin nada que perder. Vas a ganar mucho dinero, Baobab.

Un nuevo cruce de miradas entre los Popescu indica que la insinuación está en el buen camino. La codicia siempre es un buen argumento. Baobab se permite una última calada. Después, mientras aguanta el humo, aniquila el pitillo contra el cenicero con tanta fuerza que algunas colillas saltan y se dispersan frente a ella.

—¿Y qué propones?

—No te preocupes, no somos avariciosos. Nos conformamos con un cuarenta por ciento.

De la Fuente sabe que es un porcentaje desorbitado, pero también que Baobab no tiene otra salida. Una mala solución sigue siendo una solución. La bruja no va a tener más remedio que aceptar si quiere seguir con sus negocios. En cuanto medite sobre ello se dará cuenta de que está siendo bastante generosa.

Además, la alternativa es mucho peor para ambas. Si Nielsen llegara a enterarse de lo que le ha sucedido a su hijo, estallaría la guerra, algo que no les interesa. Un enfrentamiento implicaría pérdidas, muertes y una atención innecesaria por parte de las autoridades, lo que perjudicaría seriamente la buena salud de sus finanzas.

—Hay que tener descaro para venir aquí y pretender adueñarse de casi la mitad de mi negocio.

—Sabes que se trata de mucho más que eso, Baobab. Si participamos en Los Días Felices, ambas nos convertiremos en mujeres muy ricas. ¿No te parece un buen motivo para llevarnos bien?

Adorna la oferta con una sonrisa, obviando la expresión amenazadora de la anciana y de sus tres hijos, que asisten a la negociación con los puños y los dientes apretados.

—Llevarnos bien me costará un cuarenta por ciento.

—Exacto. Desde hoy mismo.

Todavía se lo piensa unos segundos más. Sus hijos aprovechan ese lapso para intervenir y tratar de inclinar la balanza hacia el lado que más les conviene.

—No le hagas caso, mamá.

—No los necesitamos.

—Acabaremos con ellos.

Baobab asiente a cada argumento, como si de verdad los tomase en consideración. De la Fuente observa a sus vástagos, los famosos Dibaba, Yaki y Tina. Los tres rubios y con cara de lelos, tan acostumbrados a utilizar sus músculos que apenas saben ladrar, y no digamos ya pensar.

No tiene que esperar demasiado hasta que la anciana toma la única decisión posible.

—Está bien.

Se acaricia los pelos de la barbilla, para desesperación de sus hijos. No parecen comprender el veredicto, pero bajan la cabeza igualmente, prestos a obedecer cualquier iniciativa de esa mujer. De la Fuente se conforma con eso y se pone en pie.

—Es un placer hacer negocios contigo, Baobab.

Les da la espalda al tiempo que trata de disimular el alivio que le provoca abandonar, al fin, la silla en la que murió Junior. Sale de la cabaña sin despedirse y deja a esos cuatro allí, pensativos y furiosos, con la desagradable sensación de que acaban de comprar una moto que no anda.

De la Fuente camina hasta el vehículo que la espera frente a la choza. Teme que en cualquier momento los hijos de Baobab salgan tras ella y la tiroteen por la espalda, pero eso no llega a suceder, lo que no deja de ser otra pequeña victoria. Cuando sube al coche, se permite un suspiro de satisfacción que le sale desde muy adentro.

La única baza

—

Ayla despertó al oír unas pisadas en el rellano.

Miró a su alrededor, aún aturdida e incapaz de recordar el momento en el que se había quedado dormida. La madrugada la había sorprendido en el sofá esperando el regreso de Tia. Comprobó la hora en su teléfono y vio que pasaban varios minutos de las seis de la mañana.

Se incorporó cuando oyó el sonido inconfundible que emite una llave al entrar y girar en una cerradura. Tia entró en el apartamento y le lanzó una sonrisa formidable desde el umbral.

—¡Ayla, querida! ¡Qué alegría de verte!

Hablaba a gritos y al avanzar dio un ligero traspié, lo que puso en evidencia que estaba ebria. Eso la indignó aún más y no pudo evitar lanzarle a bocajarro la pregunta que se había prometido no hacer.

—¿Dónde has estado?

Tia encajó la cuestión sin dejar de sonreír, pero un brillo diferente asomó a su mirada. Ayla tuvo la impresión de que hacía un esfuerzo por reprimir la primera respuesta que se le pasó por la cabeza. En lugar de replicar, dejó el bolso sobre la mesa y extrajo del interior un puñado de billetes.

—Creo que con esto habrá suficiente.

Dejó parte del dinero y se guardó el resto en un bolsillo. Ayla se preguntó de dónde demonios habría sacado tanta pasta, pero esa vez ahogó la pregunta antes de llegar a exteriorizarla. Tia tampoco parecía tener la menor intención de ponerse a dar explicaciones y la rebasó de camino a la que había sido la habitación de Samir.

—Que descanses, cielo.

No quería dejarla ir. Quería saber dónde había estado y de donde había salido todo aquel dinero. Sin embargo, tampoco quería

que pareciera que estaba recriminándole nada. Por eso decidió reservarse las preguntas hasta el día siguiente y redujo su enfado a una única advertencia.

—No hagas ruido o despertarás a papá.

—Claro, y no queremos que eso suceda. No te preocupes.

Cerró la puerta del cuarto a su espalda antes de que Ayla hubiera llegado a dilucidar si aquello había sido sarcasmo o verdadera preocupación. Mejor así, se dijo. Cualquier conversación que hubieran podido mantener en ese momento habría terminado de la peor manera posible. A decir verdad, el dinero que Tia acababa de dejar sobre la mesa les hacía tanta falta que era mucho mejor no preguntarse de dónde había salido.

Aguzó el oído, tratando de oír algún sonido proveniente del dormitorio de Samir, pero durante varios minutos no percibió nada. Supuso que Tia se hallaba en aquel momento acostada, rumbo a la inconsciencia.

La situación le pareció tan surrealista que no pudo dejar de asombrarse de lo mucho que había cambiado su vida en tan solo un par de días. No le hacía ninguna gracia tener a Tia por allí, sobre todo teniendo en cuenta que no sabía apenas nada sobre ella. Era prácticamente una desconocida. Las vagas explicaciones que le había dado sobre su presencia en Frankfurt alimentaban esa desconfianza. Que además le hubieran bastado un puñado de horas para conseguir ese fajo de billetes no contribuía a tranquilizarla, precisamente.

Sin poder evitarlo, Ayla empezó a barajar algunas posibilidades poco halagüeñas. ¿Tia había robado ese dinero? ¿Lo había pedido prestado? Tal vez se había dejado caer por el barrio rojo y había intercambiado algunos favores sexuales a cambio de una buena suma.

Intentó no darle más vueltas, pero le resultó imposible. Tampoco podía irse a la cama sin más, demasiado alterada y nerviosa como para confiar en que podría pegar ojo.

Estaba pensando qué hacer cuando reparó en el bolso que Tia había abandonado sobre la mesa.

De repente, la curiosidad se materializó en un mordisco nervioso que la hizo estremecer. Miró una vez más la puerta de la habitación de Samir y volvió a aguzar el oído, atenta al menor movimiento al

otro lado. Seguía sin oír nada.

Metió la mano en el bolso. Mientras lo hacía, no dejó de repetirse que no había nada de malo en echar un vistazo. Solo quería asegurarse de que las cosas eran justo lo que parecían, nada más.

Siguió repitiéndoselo hasta que dio con la pistola.

El tacto del arma la desarmó de cualquier tipo de sutileza. Notó cómo el color abandonaba su rostro y, sin saber qué otra cosa hacer, sacó la pistola y la blandió ante ella.

Era una visión terrorífica. Ayla experimentó un acceso de pánico ante su silueta negra y amenazadora. La presencia de aquella arma en su casa, concretamente en el bolso de Tia, implicaba muchas cosas, ninguna positiva.

Había atracado a alguien. No le cupo la menor duda de que había asaltado alguna tienda o a algún pobre desgraciado a punta de pistola, lo que explicaría la rapidez y la facilidad con la que había conseguido el dinero.

¿De dónde demonios había sacado esa arma? ¿Acaso la había llevado consigo todo el tiempo?

Estuvo a punto de ir a preguntárselo, pero intuyó que no obtendría de ella más que algunos balbuceos, y eso si no la mandaba directamente al diablo. Un aluvión de teorías comenzó a imbricarse en su cabeza, a cuál más descabellada, hasta llevarla a una conclusión ineludible y que no podía seguir pasando por alto: Tia era una delincuente.

Manipuló la pistola hasta que extrajo el cargador y comprobó que no tenía balas, pero eso no contribuyó a aliviarla. ¿Para qué iba alguien a llevar encima una pistola descargada? La idea de que Tia hubiera podido disparar a alguien le pareció una locura, pero no podía descartarla con tanta facilidad. No sabía absolutamente nada de ella.

¿Acaso tenía a una asesina en casa, durmiendo la mona en la cama de Samir?

Se preguntó qué hacer a continuación. Lo más sensato sería alertar a la policía y quitarse el problema de encima. Tia tendría que cargar con las consecuencias de sus actos. Cualquier otra forma de proceder sería encubrir un crimen, tal vez un homicidio. Si pillaban a Tia y, por una jugarreta del destino, decidían que Ayla la

había ayudado de alguna forma, su padre se quedaría solo. El Estado lo enviaría a alguna residencia infecta en la que se pudriría sin sus cuidados.

No podía permitirlo.

Sin embargo, una parte de ella se resistió a reducirlo todo a una cuestión tan simple. ¿Qué clase de persona sería si hiciera que encerrasen a Tia? Una cosa era que la viera como una extraña, y otra muy diferente, que no le importase enviarla de nuevo a prisión.

Por más ganas que tuviera, no podía precipitarse.

Había una alternativa: hablar con ella.

Decidió que haría eso. Tendrían una conversación en la que pondría las cartas sobre la mesa. Tia era libre de seguir jugándose la libertad por un puñado de billetes, pero no podía poner en riesgo la vida de Ayla y del señor Aldemir durante el proceso.

Dudaba que estando ebria le prestase la menor consideración. Probablemente la mandaría al cuerno en cuanto la amenazase con echarla de casa, así que lo más sensato sería esperar hasta dentro de unas horas, cuando hubiera reposado la borrachera y se encontrase en condiciones de mantener una conversación civilizada.

En cualquier caso, había una gestión mucho más urgente que tenía que llevar a cabo cuanto antes: debía sacar aquella pistola de allí.

Sopesó de nuevo el arma y consideró la mejor manera de proceder.

Pensó en arrojarla al fondo del Main para que hiciera compañía a su querida bicicleta, pero algo le dijo que no valía la pena deshacerse de la pistola con tanta rapidez. Era su carta de libertad, la única baza de la que disponía para que la extraña que roncaba a dos habitaciones de distancia la tomara en serio. En caso de que no entrara en razón, podría amenazarla con entregársela a la policía.

Tomó una decisión. Guardó el arma en la mochila, se colocó el abrigo y las zapatillas y salió del piso rumbo al único lugar donde creyó que la pistola estaría a salvo.

Mascarell

—

No he pegado ojo. Tengo la boca seca, la cabeza me da vueltas y la entrepierna me duele como si hubiera pasado una semana en lo alto de un balancín.

Aun así, encuentro la determinación para ponerme en marcha y, bien temprano, salgo de casa rumbo al único lugar en el que podré conseguir algunas respuestas.

En toda la noche, no he hecho otra cosa que lamentar mi mala suerte y maldecir el momento en el que decidí que era buena idea marcharme del Café París en compañía de esa desconocida. Que me noquease es lo de menos. Lo preocupante es que se largó con mi dinero y con el arma que tanto me había costado conseguir y que, antes o después, va a reclamarme Matisse.

Estoy en un lío de los gordos.

El Café Paris está desierto. Su único morador a esta hora de la mañana es Firmin, que lee el periódico a este lado de la barra como un cliente más. Al verme llegar se le atraganta el café.

—Que temprano vienes hoy, Mascarell.

—Buenos días a ti también.

—¿Qué tal la noche?

Adorna la pregunta como una sonrisa lasciva, «Ya sabes a qué me refiero». A lo mejor se cree que voy a contarle los detalles de mi encuentro con Berna, como si fuéramos dos neandertales debatiendo sobre la capacidad reproductiva de una de las hembras de la tribu.

—Anda, ponme un café.

Se marcha al otro lado de la barra sin abandonar en ningún momento esa sonrisa bobalicona. Debe de estar convencido de que somos amigos o algo parecido. Mientras la cafetera hace su trabajo, insiste.

—Cuéntame. ¿Lo pasasteis bien?

Me contengo para no saltar la barra y sacarle los dientes a puñetazos. Tampoco creo que mi magullada entrepierna me vaya a permitir tales excesos, así que me conformo con encogerme de hombros y suelto la respuesta más críptica que se me ocurre.

—Soy un caballero, Firmin.

Mi reticencia no parece molestarle, sino más bien al contrario. En lugar de claudicar, ensancha la sonrisa y me obsequia con un asentimiento, como si acabara de descifrar algún tipo de mensaje oculto en mis palabras.

—Por supuesto, Mascarell. Todos somos caballeros aquí.

Todo en él me molesta: la expresión cómplice, su atención, la manera en la que traga, como si estuviera salivando por la emoción que le provoca imaginarme en compañía de Berna… Me sobrepongo a las náuseas y trató de parecer impasible.

—A decir verdad, no sé apenas nada de ella.

—¿No hablasteis demasiado, entonces?

Intuyo la truculenta escena que se está desarrollando en su cabeza. En lugar de sacarlo de su error, vuelvo a mirar para otro lado. Nada me apetece menos que alimentar sus fantasías, pero no se me ocurre otra manera de espolear su curiosidad y lograr algo de información sobre la mujer que me robó la pistola, esa tal Berna, aunque dudo que ese sea su verdadero nombre.

—¿Qué sabes de ella, Firmin?

Niega. Se hace el indignado, como si quisiera alejarse de la imagen que todo el mundo tiene de él, pero no tarda en recular. Es demasiado bocazas como para guardarse la información para sí mismo. Los acuerdos de confidencialidad se inventaron por culpa de tipos como Firmin. Debería obligarle a firmar uno cada vez que hablamos.

—Poca cosa, en realidad. Hacía años que no la veía. ¿De verdad no te contó nada?

Ahora soy yo el que hace un gesto ambiguo. Teníamos cosas mejores que hacer como para perder el tiempo hablando, dice ese ademán. No me siento orgulloso de tomar ese camino, pero el recuerdo de esa mujer me provoca una sensación que no tiene nada que ver con el deseo. Más bien es una especie de vacío en la zona de los testículos, allí donde me golpeó con tanta saña antes de

abandonarme en aquel callejón. Todavía me duele al orinar y al moverme.

—Oí que estuvo en la cárcel.

Lo dice como si no tuviera importancia. No me sorprende saber que esa mujer ha pasado algún tiempo en prisión. La tranquilidad con la que planeó el asalto me hace pensar en ella como en una experta en tales lances. Me sedujo, me llevó hasta un lugar apartado y me desvalijó con una profesionalidad que rayaba la perfección.

Y yo fui tan idiota como para dejarme engatusar.

—Se llama Tia. Se aloja cerca de aquí, aunque supongo que eso ya lo sabes.

Me inclino un poco más en dirección a Firmin, que espera con la boca entreabierta a que le dé más detalles sobre la noche que, supuestamente, esa mujer y yo hemos pasado juntos.

—¿No sabrás por casualidad dónde aloja, exactamente?

Ayla

—

El timbrazo sorprendió a Ayla cuando apenas hacía unos minutos que había regresado a casa. El sonido zarandeó sus cansadas neuronas y la obligó a espabilar de golpe.

Se preguntó quién podía ser, pero el timbre volvió a sonar antes de que llegara a encontrar una respuesta. Solo podía pensar en una cosa: nadie llama a una puerta desconocida con tanta insistencia si no se trata de algo urgente.

Debía de ser la policía.

Encadenó mentalmente la serie de sucesos que habrían originado aquella situación. La policía debía de haberle seguido el rastro a Tia, lo que los habría conducido hasta allí. Maldijo entre dientes y contuvo las ganas de sacarla a rastras de la habitación de Samir. Seguro que seguía reposando la borrachera sin enterarse de nada, ajena al hecho de que el mundo siguiera girando y de que las consecuencias de sus actos hubieran ido a su encuentro sin esperar a que se le pasara la cogorza.

El timbre sonó por tercera vez y Ayla se acercó a la puerta. Se preguntó si valdría la pena tratar de pasar desapercibida. Tal vez, si creían que no había nadie en casa, se cansarían de llamar y se marcharían.

—Sé que estás ahí.

La voz al otro lado de la puerta le resultó extrañamente familiar, aunque no supo ubicarla. El desconocido ni siquiera gritó, lo que era aún más preocupante.

—Abre. Lleguemos a un acuerdo.

La propuesta la hizo dudar. Obviamente, de haberse tratado de la policía, el argumento empleado habría sido muy diferente. ¿De quién se trataba, entonces? ¿Acaso era alguien que hacía negocios con Tia? ¿Y por qué diablos había tenido que darle la dirección de

su casa?

La indignación tomó forma y se dijo que nadie tenía derecho a ir a molestarlos allí. Tenía que hacer algo, y atrincherarse en el piso hasta que el peligro pasara no era una opción. Quienquiera que se encontrara en aquel momento en el rellano podría volver esa tarde, o al día siguiente, o cualquier otro día.

Por eso, armó su navaja con un gesto rápido y tomo aire para acompasar su respiración y conjurar el coraje necesario para actuar.

Después agarró el pomo de la puerta y esperó.

Miró fijamente las vetas en la madera de varios centímetros que la separaban de aquel inesperado visitante al tiempo que trazaba mentalmente un plan de acción. El timbre estaba en el lado derecho de la puerta. Estadísticamente, había muchas posibilidades de que el hombre que se encontraba en el rellano fuera diestro. Eso significaba que, en caso de ir armado, tendría que cambiarse el arma de mano para llamar, o bien extender el brazo y llamar con la mano ocupada. Cualquiera de esas dos opciones lo dejaría expuesto durante una fracción de segundo, tiempo más que suficiente como para darle una oportunidad.

Como había esperado, el timbre volvió a sonar.

Como había planeado, abrió de golpe y se lanzó hacia el asaltante.

Le colocó la navaja en el cuello, obligándole a retroceder para no verse con la garganta rebanada. Se fijó en que estaba desarmado, pero, aun cuando chocó contra la pared que tenía a su espalda, siguió apretando hasta que vio una satisfactoria gota de sangre manar de la herida que estaba practicándole a aquel desgraciado en el pescuezo.

—O te largas ahora mismo o te corto el cuello.

—¿Ayla?

Oír su nombre la descolocó, pero lo que más le turbó fue reparar en el rostro que había al otro lado de la navaja.

—¿Mascarell?

Benetton

—

El rostro de Ayla es uno de los últimos que habría esperado encontrar tras aquella puerta. Ella también parece aturdida y tarda algunos segundos más de la cuenta en aflojar la presión con la que sostiene la navaja contra mi cuello.

—¿Qué haces aquí?

Lo pregunta a bocajarro, con rabia. Antes de responder, me llevo una mano al pescuezo y compruebo que tengo sangre allí donde la hoja se ha clavado con tanta saña. No es ninguna hemorragia, pero llevo demasiadas desgracias acumuladas durante las últimas horas como para tomarme esta nueva herida como una chiquillada. De haber apretado un poco más, me habría cercenado la yugular.

Bueno, quizás exagero, pero debo elegir con cuidado mis palabras si no quiero que le dé por terminar el trabajo.

Estoy a punto de contarle que alguien me dio esta dirección, en la que supuestamente vive esa tal Tia. Antes de que llegue a hacerlo, veo a través de la puerta abierta del apartamento que la susodicha emerge de una habitación y me observa con cara de sueño y el ceño fruncido.

—Hola, *Berna*.

Ayla sigue la dirección de mi mirada. Creo que en su cabeza comienza a componer una imagen mental de lo sucedido. Tia no se amilana y se acerca con decisión.

—¿Y tú qué has venido a buscar aquí? Lárgate o llamaré a la policía.

La voz bronca y su apariencia desastrada me indican que mis timbrazos la han despertado. La manera en la que arrastra las vocales, que está inmersa en una monumental resaca. Eso deja al descubierto una verdad de lo más incómoda: me atracó, y después se largó a celebrarlo.

—Adelante, llámalos. Así podremos contarles lo que sucedió anoche.

Está a punto de decir algo, pero se contiene. La presencia de Ayla la cohíbe. Me fijo en mi amiga, que apenas ha cambiado en el año que llevo sin verla. En alguna ocasión, he pensado en localizarla para saber cómo le iba, pero no creí que fuera a hacerle gracia que volviera a aparecer en su vida. La última vez no acabó demasiado bien.

—Muy simpática tu madre, Ayla.

Eso la hace reaccionar. Parece a punto de decir algo, pero la mujer que tiene detrás se le adelanta.

—Lárgate, tío, o no respondo.

—Tienes algo que me pertenece. Me iré en cuanto me lo devuelvas.

—¿La pistola es tuya?

Es Ayla quien hace esa pregunta. Nuestras miradas convergen en ella. Es imposible saber lo que se le pasa por la cabeza, y la mujer que vive con ella parece tan sorprendida como yo de que conozca la existencia del arma.

—Se la estoy guardando a alguien —respondo—, y se va a cabrear mucho si no se la devuelvo.

Tia hace un gesto de hastío y retrocede hasta una mesa situada junto a la entrada.

—Está bien, tío. Vas a…

No llega a decir nada más. Está demasiado ocupada registrando su bolso en busca de algo que, decididamente, no está ahí. La pistola, deduzco. No tengo claro si pensaba devolvérmela o amenazarme con ella, pero el hecho de que se haya evaporado la lleva a alzar la vista y a ametrallar a Ayla con una mirada furiosa.

—¿Dónde está?

Por toda respuesta, Ayla vuelve al interior, coge una chaqueta de un perchero y se la coloca.

—No quiero volver a verte —le espeta a esa mujer—. Cuando vuelva, espero que te hayas largado.

—Joder, Ayla. No tienes ni idea de nada.

Para no dejarla seguir desgranando sus excusas, Ayla le cierra la puerta en las narices y toma las escaleras en dirección a la calle. Tras unos segundos de indecisión, salgo tras ella.

—Me alegro de que estés bien.

No parece oírme. Sigue descendiendo, furiosa, sus pasos acuchillando cada escalón como si pretendiera atravesarlo. Solo se detiene cuando salimos a la calle, momento que aprovecha para encararme al tiempo que me señala con un dedo furioso.

—No es mi madre.

Lo dice con rabia, como si considerase muy importante dejar claro ese punto. Me gustaría decir algo, pero no se me ocurre nada que no vaya a empeorar la situación. Además, mi principal preocupación en este momento es recuperar la Luger que esa mujer me birló y llevársela a Matisse para salvar mi culo.

—¿Dónde está el arma?

Ayla se muerde el labio inferior. Concluyo lo que está barruntando casi antes de que lo diga.

—Necesito pasta, Mascarell.

—Pues lo siento, pero Tia me robó la cartera y el poco efectivo del que disponía. Además, me parece un poco absurdo pagar por algo que, en realidad, me pertenece.

—Pagas por recuperar la pistola. Si no pagas, no la recuperas. Creo que es bastante fácil de entender.

Imprime dureza a sus palabras, pero desvía la mirada una y otra vez. Eso me hace pensar que no se siente precisamente orgullosa de extorsionarme de esta manera. No lo haría de no estar desesperada. Hago un último intento de hacerla entrar en razón.

—Esa arma no es mía, Ayla. Pertenece a un tipo muy peligroso.

Me ahorro decirle de quién se trata porque Ayla también conoce a Matisse y sabe tan bien como yo de lo que es capaz. No veo necesario exponerla de esa manera. Además, si averigua quién es el dueño de esa pistola, es probable que decida acudir directamente a él y exigirle pasta a cambio de devolvérsela.

Matisse no será tan considerado como yo. Me digo que lo hago por su seguridad, pero hasta a mí me cuesta creérmelo.

—Doscientos euros.

Suelta esa cifra sin titubear. Como si llevara un rato pensando en ella. No necesita añadir que no piensa regatear. Tiene la mano más alta en esta absurda partida, así que lo único que puedo hacer en estos momentos es decir que sí y no asumir ningún otro gasto hasta que consiga reponerme.

—De acuerdo, vamos a por esa pistola.

Ayla niega y me da la espalda.

—Te llamaré en un rato.

No me da oportunidad de responder y se aleja con paso firme. Supongo que se marcha rumbo a dondequiera que tenga escondida la pistola de marras. Ni siquiera me planteo seguirla, porque lo último que quiero es que me descubra, se cabree y tenga que decir adiós a la Luger para siempre.

En lugar de eso, me pregunto si sería buena idea volver ahí arriba y pedirle a Tia que me devuelva la pasta que me robó, pero esa opción queda descartada. Más me vale alejarme de esa mujer antes de que vuelva a causarme problemas.

Sigo repitiéndomelo mientras echo a andar calle abajo en busca de un cajero.

Apenas llevo unos minutos caminando cuando oigo un frenazo a mi espalda, seguido del sonido de unas puertas que se abren y unos pasos apresurados. Empiezo a volverme, pero es demasiado tarde.

Noto un impacto brutal en la base del cráneo. La realidad pierde nitidez a mi alrededor y todo se vuelve negro. Antes de perder la consciencia alcanzo a ver las sonrisas sádicas de mis asaltantes. Uno es blanco y el otro negro. Parecen tan felices que da la impresión de que se han escapado de un anuncio de Benetton. Me pregunto qui…

Animal

—

Ayla apretó el paso, ansiosa por verse cuanto antes lejos del radar de Mascarell. Llegó un momento en el que, incapaz de contenerse por más tiempo, echó a correr.

Estaba furiosa con Tia, pero también consigo misma. No entendía cómo podía haberse dejado engatusar con tanta facilidad. Como si no tuviera ya suficientes problemas. La irrupción de Mascarell había hecho que, sin pretenderlo, olvidara todo lo que había pensado decirle a Tia. No es que le tuviera simpatía a ese detective, precisamente, pero ponerle cara a la persona a la que Tia había asaltado y robado fue más de lo que pudo soportar. Se vio en los juzgados y camino de prisión, alejada sin remedio de su padre, que sería relegado a alguna residencia inmunda. En los pocos momentos de lucidez que pudiera tener, se preguntaría dónde estaba Ayla y cómo podía haberle abandonado.

No iba a permitir que eso sucediera.

Llegó al gimnasio y trató de componer su aspecto antes de entrar. Era temprano, así que aún no había mucha gente por allí. Momo estaba sentado en la recepción con la mirada perdida frente a él, exactamente igual que como lo había dejado esa mañana.

—Hola otra vez.

Momo le devolvió un saludo desganado y Ayla se alegró de que no le preguntara por el motivo que la había hecho acudir a su gimnasio por segunda vez en el mismo día. Tampoco a primera hora había mostrado el menor interés, como si tuviera demasiadas cosas en la cabeza como para prestarle atención.

El vestuario femenino era mucho más pequeño que el masculino, dado que allí apenas entrenaban mujeres. De hecho, hasta hacía poco, Ayla había sido la única chica. Por eso disponía de su propia taquilla, una deferencia que Momo le recordaba cada vez que tenía

ocasión.

Abrió el candado y retiró el batiburrillo de ropa, guantes y vendas que acumulaba allí dentro. La pistola estaba al fondo. Miró a un lado y a otro y, cuando se aseguró de que seguía estando sola, sacó el arma y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Cerró la cremallera y comprobó en el espejo que aquella prenda tan holgada disimulaba la forma de la pistola.

Cuando se dio por satisfecha, volvió a asegurar su taquilla con el candado y salió del vestuario a la carrera. Pasó ante Momo como una exhalación.

—¡Adiós, solo he venido a recoger algo!

—Espera.

Ayla se detuvo en el acto y notó que el terror la paralizaba. ¿Acaso Momo había notado la forma de la pistola en el bolsillo?

Se volvió hacia su entrenador al tiempo que trataba de componer mentalmente una explicación creíble, pero entonces reparó en el rostro cansado y abatido de Momo. No recordaba haberlo visto nunca así. Tenía los hombros caídos, la expresión taciturna y unas ojeras tan profundas como si hubiera pasado la noche en vela.

Ayla se sintió mal de inmediato. Había estado tan inmersa en sus propios asuntos que ni siquiera había prestado atención a Momo.

—¿Qué pasa?

Su entrenador la observó durante varios segundos antes de decidirse a responder.

—Si alguna vez necesitas algo, dímelo, ¿ok?

A Ayla le sorprendió aquella insólita propuesta. Por un momento temió que estuviera bromeando, pero no parecía ser el caso. Por eso, a pesar de las ganas que tenía de esfumarse y llevar aquella pistola lejos de allí, se obligó a permanecer frente a la recepción.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

Momo negó, reacio a ponerle al día de sus problemas, pero Ayla lo observó durante el tiempo suficiente como para que se decidiera a hablar.

—Perkins está en la UCI.

Sabía a quién se refería. Claudio Perkins era un veinteañero delgaducho y pelirrojo que se dejaba caer por allí casi a diario. Se trataba de uno de los alumnos aventajados de Momo, un púgil

zurdo que había combatido en varias veladas y permanecía invicto. Tenía un estilo rápido y ágil y su desempeño había llamado la atención de varios ojeadores. En unos meses pelearía por el título de Hessen, y de ahí daría el salto a otros campeonatos nacionales.

Al menos ese era el plan. Ahora que estaba en la UCI, todo cambiaba.

—¿Cómo ha sido?

Lo preguntó con cautela, sin saber si Momo estaría dispuesto a compartir esa información con ella.

—El muy idiota necesitaba pasta —dijo—. No se le ocurrió otra cosa que pelear en Los Días Felices.

Ayla comprendió entonces su turbación. En un primer momento había dado por hecho que Perkins habría sufrido un accidente entrenando, pero jamás habría pensado que la cosa fuera tan grave.

Todos allí estaban al tanto de las veladas que tenían lugar en Los Días Felices, un desguace a las afueras de Offenbach donde se celebraban peleas ilegales con reglas que cambiaban dependiendo de la intensidad de los púgiles y el nivel de las apuestas. Era una manera rápida de ganar dinero con los puños, pero también de terminar en el hospital, como le había sucedido a Perkins, o en un sitio peor.

Momo siempre les advertía del peligro que suponía participar en ese tipo de peleas, pero había ocasiones en las que la promesa del dinero fácil resultaba demasiado tentadora como para pasarla por alto, sobre todo cuando necesitabas la pasta con urgencia.

Y claro, en el barrio no había muchos que no necesitaran la pasta con urgencia.

—Lo pusieron a pelear contra un tipo que lo doblaba en tamaño —continuó Momo—. He oído que peleó bien, pero finalmente el grandullón lo alcanzó de un cabezazo y lo hizo caer. Siguió golpeándole mientras estaba en el suelo, inconsciente, sin que nadie hiciera nada por separarlos. Tiene el cráneo fracturado y varias vértebras rotas.

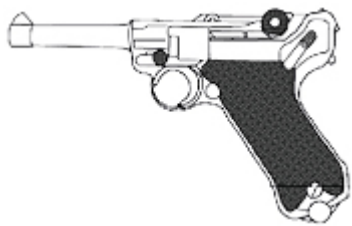
Momo parecía tan hundido como si la paliza se la hubieran dado a él, sin terminar de creerse que Perkins hubiera podido ser tan insensato como para desoír sus consejos y probar suerte en Los Días Felices. La culpabilidad se abría paso en sus facciones, normalmente alegres, deformándolas hasta la más absoluta oscuridad.

—Seguro que se recupera —trató de animarlo.

—No te acerques por Los Días Felices, Ayla. Si necesitas dinero, dímelo y buscaremos algo, pero pelear allí es una locura.

A Ayla ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacer algo así, pero Momo parecía tan desesperado por oírselo decir que se obligó a responder. Dijo que no, que no pensaba pelear en Los Días Felices y que no se preocupara, que estaba bien. Solo entonces relajó el gesto y, tras un breve asentimiento, volvió a perder la vista frente a él.

No había mucho más que decir, así que Ayla musitó una despedida a la que su entrenador no respondió y salió corriendo.



El trayecto hasta su casa lo hizo a toda velocidad, más rápido aún que antes. El recuerdo de Perkins y de su infortunio en Los Días Felices no tardó en diluirse, demasiado excitada por el hecho de llevar una pistola en el bolsillo como para preocuparse por nada más.

A pesar de sus temores, no se cruzó en su camino con ningún policía ni vio a nadie tras sus pasos, por lo que llegó a la Colmena sin sobresaltos. Mientras subía las escaleras a la carrera, se preguntó qué iba a encontrar allí.

No creía que Tia se hubiera marchado aún. No se habría atrevido a dejar a su padre solo.

Cuando llego al piso, llevaba ya un rato pensando en cómo encarar aquella conversación. Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando se dio cuenta de que algo iba mal.

La puerta estaba abierta.

Encajada, más bien. Ayla estaba segura de haber cerrado al salir. Tampoco le pareció probable que Tia hubiera dejado la puerta así, sin más. Trató de buscar una explicación razonable, pero, cuando

creía que estaba a punto de encontrarla, escuchó un grito ahogado procedente del interior.

Un gemido. De dolor, apostó.

Armó la navaja y abrió la puerta del todo. No tenía ni idea de lo que iba a encontrar allí dentro, pero se preparó para lo peor.

Efectivamente, encontró lo peor.

Tia estaba tumbada en el sofá. Sobre ella, un tipo con los pantalones por los tobillos embestía con furia.

¿Un tipo? Más bien un monstruo, tan grande que parecía un edificio que se hubiera desplomado encima de Tia.

La escena era dantesca. Ayla se quedó paralizada por la sorpresa y trató de simplificar lo que estaba viendo. Encontrarse a Tia en el sofá con aquel energúmeno fue más de lo que pudo soportar. Pensó en su padre, que debía de seguir en el dormitorio, ajeno a lo que estaba sucediendo en el salón, mientras aquellas nalgas peludas embestían una y otra vez sin ninguna delicadeza.

Estuvo a punto de gritar, de pedirles que pararan y se largaran de su casa de una maldita vez, pero entonces reparó en el rostro de Tia que, con los dientes apretados, recibía cada acometida de aquel individuo con los ojos bien cerrados y una expresión que no tenía nada que ver con el placer.

Terror.

Dolor.

Como si hubiera notado su presencia, Tia abrió los ojos y sus miradas se encontraron. Sus facciones se crisparon, deformadas por el llanto, y su boca se abrió en un grito mudo. Le estaba implorando, sin palabras, que se largase. Que no se pusiera a tiro del desgraciado que, sobre ella, daba rienda suelta a su depravación al tiempo que emitía una serie de sonidos broncos, más animales que humanos.

Aquella mirada la ayudó a descifrar, al fin, lo que estaba viendo. Tia no había sido seducida por ese individuo, precisamente. No estaba disfrutando en absoluto. Sin embargo, también se resistía a gritar y a pedir ayuda. Como si su integridad estuviera en un segundo plano y su prioridad en aquel momento fuera conseguir que Ayla se largase antes de que aquel degenerado la viera y tratara de someterla a ella también.

Por desgracia, antes de que pudiera pensar siquiera en

esfumarse, el tipo alzó la vista y la vio.

Lastre

—

Despierto.

No tengo ni idea de dónde estoy ni del tiempo que llevo inconsciente. La cabeza me palpita a la altura de la sien, allí donde me han golpeado. Es un dolor sordo pero llevadero. La hinchazón remitirá en las próximas horas, espero.

Abro los ojos, pero a mi alrededor no veo más que negrura.

Experimento un acceso de pánico que apenas me dura un par de segundos, hasta que constato que no me he quedado ciego. Me encuentro tumbado en un lugar oscuro como una cueva, un espacio angosto en el que no puedo incorporarme y que además parece encontrarse en movimiento.

No es la primera vez que viajo en el maletero de un coche, pero tampoco es algo a lo que uno termine acostumbrándose.

—¿Hola? ¿Pueden oírme?

En lugar de responder, mis captores encienden la radio. Eso delata que sí que me oyen, pero también que no les interesa nada de lo que pueda contarles. Me pregunto si valdrá la pena desgañitarme para hacerme oír por encima de la música y acabo descartando esa opción. No serviría de nada. Estoy a merced de estos dos, por lo que no tengo más remedio que ponerme lo más cómodo posible y confiar en mi suerte.

En el fondo, la cosa no pinta tan mal. Es infinitamente más fácil transportar a alguien cuando ha dejado de respirar. Si me mantienen con vida es porque quieren algo de mí.

Trato de cambiar de postura y compruebo que algo no está como debería. Mi prótesis se ha salido y cuelga indolente de la pernera de mi pantalón. Sería un espectáculo lamentable si alguien llegara a verme así, de modo que me la recoloco como puedo y afianzo las correas para que no vuelva a pasar.

Mientras lo hago, pienso en esta estrambótica situación. Me resulta imposible no relacionar la aparición de estos dos capullos con Matisse y el incidente de la casa de subastas. Puede que trabajen para él, o que vayan detrás de esa maldita pistola. Deben de haberme registrado y, tras comprobar que no llevo el arma encima, han decidido trasladarme a algún lugar tranquilo en el que podrán interrogarme a gusto.

Estoy pensando en ello cuando el coche se detiene, al fin. La música cesa y oigo el sonido de las puertas que se abren para dejar bajar a los tipos que me han llevado hasta allí. La suspensión del vehículo parece suspirar de alivio. No me molesto en buscar algo con lo que defenderme: la superioridad numérica de estos dos es incontestable. Además, viendo cómo las gastan, lo más probable es que estén en guardia. Puede que incluso vayan armados.

Por eso, cuando abren el maletero, lo único que encuentran es a un individuo cómodamente instalado que acusa el cambio de iluminación con un parpadeo y los mira alternativamente, sin rencor, presto a hacer lo que le digan.

—Sal de ahí.

El que lo dice es el blanco. Habla con hastío, mientras su compañero niega con pereza. Como si no pudieran creer que sea tan zoquete como para seguir ahí dentro.

Obedezco muy despacio, para demostrarles mi docilidad. Como si hiciera falta. Me incorporo junto al vehículo y miro a mi alrededor.

Estamos en los muelles.

El graznido cercano de una gaviota certifica mi impresión. Junto al coche, una gigantesca grúa pórtico permanece silente al no haber ningún barco que descargar. Está oxidada y las vías sobre las que debería moverse están sucias y llenas de tierra. Nos encontramos en una zona del puerto que parece en desuso. En la otra orilla se extiende una explanada atestada de contenedores hasta donde alcanza la vista. La lámina de agua está tranquila, su superficie apenas alterada por algunas olas provocadas por una embarcación que circula a varios centenares de metros de nuestra posición.

—Así que usted es Mascarell.

La voz que ha dicho eso proviene del otro lado de la grúa. Al mirar hacia allí detecto a un individuo que observa el río Main con

detenimiento.

Lo reconozco. Es el barbudo al que vi ayer en la casa de subastas y que parecía tan interesado en la Luger. No puedo decir que me sorprenda descubrir que los hermanos Benetton trabajan para él.

Es un tipo elegante. Se resguarda del frío con una gabardina de color oscuro y una bufanda. Las manos que tiene cruzadas a la espalda están enfundadas en unos suntuosos guantes de piel. Lleva el pelo, blanco y abundante, peinado hacia atrás y una barba a juego que le da un aspecto venerable, como salido del Antiguo Testamento. Aún lleva esas gafas de sol que salvaguardan su mirada.

—Acérquese.

Lo dice de manera que no parece una orden, pero indudablemente lo es. La presencia de sus guardaespaldas invalida cualquier vía de acción que no pase por cumplir sus deseos. Se nota que está acostumbrado a ser obedecido al instante y, cuando titubeo, sus labios se crispan de forma casi imperceptible, insinuando lo que sucederá si no me apresuro a satisfacerle.

Así las cosas, no tengo más remedio que hacer lo que dice.

No reacciona a mi acercamiento. Tan solo permanece allí, observando el río Main como si allá abajo se encontrara la solución a todos sus problemas. Puesto que no sé qué otra cosa hacer, me quedo a su lado e imito su postura. Al mismo tiempo, me aseguro de que los guardaespaldas se han quedado junto al coche, brindándonos una falsa sensación de intimidad que no hago nada por demoler.

—¿Dónde está la pistola?

La pregunta hace que se me seque la boca de golpe. Ya esperaba que la cuestión saliera a flote, pero no puedo evitar sentirme más expuesto de lo que he estado en toda mi vida. Las excusas que he elaborado durante el trayecto corren a esconderse. Me apresuro a rescatar alguna mientras rezo por que sea suficiente.

—Verá, no sé dónde está…

No llego a terminar la frase, ya que el tipo hace un gesto rápido, un movimiento de barbilla tan leve que lo habría pasado por alto de no haber estado esperándolo.

Sus gorilas se materializan a mi lado. No me explico cómo han podido moverse tan rápido. Antes de que pueda reaccionar, uno de

ellos me hunde el puño en el estómago y el otro en la mandíbula. El resultado es obvio: caigo al suelo como un trapo, sin fuerzas ni para hacer un chiste.

Me quedo ahí abajo hecho un ovillo, esperando un nuevo golpe que no acaba de llegar.

—Pruebe otra vez, Mascarell.

El de las barbas sigue sin mirarme, como si lo que acaba de sucederme no tuviera nada que ver con él. Los gorilas me observan desde las alturas, sonrientes y felices. Están deseando que les dé una excusa para volver a golpearme. Me pregunto si habrá alguna combinación de palabras que pueda evitar que algo así suceda.

Cuando creo encontrarla, trago saliva y me preparo para lo peor.

—No sé dónde está la pistola, pero sé dónde estará.

Eso hace que, al fin, el barbas decida prestarme atención. Las aparatosas gafas de sol no me permiten detectar ninguna otra reacción, pero me basta con eso.

Antes de continuar, me incorporo para que quedemos a la misma altura. Mi estómago parece de barro y consigo mantener el desayuno ahí dentro a duras penas. Me pongo firme, en un intento por mantener unidos los últimos jirones de mi dignidad. Los gorilas no parecen impresionados por esta proeza. A la menor señal de su jefe, volverán a dispensarme el mismo tratamiento que antes, o puede que uno peor.

—¿Y bien?

—Sé dónde estará la pistola: en sus bolsillos, esta misma tarde, en cuanto la recupere.

No me doy cuenta de lo absurdas que suenan estas palabras hasta que empiezan a brotar de mis labios y vaticino lo que me espera. Me sorprende que pueda llegar a ser tan imbécil. Esta vez el barbas no hace ningún gesto a sus hombres. No lo necesitan.

Vuelven a golpearme. Me cubro como puedo e intento devolver algún puñetazo, pero mis intentos se pierden en el vacío. Antes de darme cuenta, estoy de nuevo en el suelo, vapuleado y confuso.

—¿Sabe por qué sigue vivo, Mascarell?

El de las barbas está absorto de nuevo en la contemplación del Main. No sé si es una pregunta trampa, así que busco alguna respuesta convincente. Como no la encuentro, digo lo primero que se me ocurre.

—¿Porque sus hombres son unos inútiles?

Los gorilas intercambian una ojeada recelosa.

Mi respuesta parece divertir al de las barbas, que suelta una risa queda. Creo que no he oído una risa más triste en mi vida. Como cuando escribes «Jajaja» en el móvil por pura formalidad. Al cabo de un segundo, o quizás menos, cualquier atisbo de alegría que pudiera haber asomado se esfuma.

—Sigue vivo porque ahora mismo no conozco a nadie que tenga siquiera una pista sobre el paradero de esa pistola.

El recuerdo de Ayla me asalta a traición. Si este tipo se entera de que el arma está en su poder, irá a por ella. No puedo permitir que le dispensen un trato ni siquiera parecido al que me están dando a mí.

Tengo que detenerle. Me incorporo otra vez y espero a que sus gorilas vuelvan a hacerme besar el pavimento, pero se contienen. Me dejan avanzar y colocarme de nuevo junto a su jefe. Me apetece amenazarle, destrozarle las gafas de sol de un puñetazo y tratar de arrojarlo al río. Como intuyo la clase de problemas que acarrearía un comportamiento así, me contengo y echo un vistazo al río.

Me encuentro con los ojos muertos de Jokic, que me devuelven una mirada vacía.

Está allá abajo. Tiene la boca abierta en un grito mudo y los brazos extendidos, como si quisiera alcanzar la superficie. Obviamente le resulta imposible, ya que algún tipo de lastre lo mantiene sumergido en el Main. También está el detalle de que hace tiempo que ha dejado de respirar.

La visión del cadáver me paraliza. A unos metros de Jokic se encuentra su inseparable Memet. También mira hacia arriba, con el cabello ondeando en torno a su rostro y las facciones deformadas en una mueca aterrada.

El tipo que tengo al lado no se inmuta. Ahora sé que me ha traído hasta aquí para que sepa lo que me espera si no cumplo con mi parte. «Ahí abajo terminan los que me decepcionan», parece a punto de decir, pero no llega a hacerlo. Que Memet y Jokic se hayan convertido en comida para peces es terrible, sobre todo porque me hace darme cuenta de lo cerca que estoy de ir a hacerles compañía.

El graznido furioso de las gaviotas me devuelve a la realidad.

—Alégrese, Mascarell. Si me trae la pistola, prometo olvidarme de usted.

Ni siquiera se molesta en parecer sincero, consciente de que tendría que ser memo para reducirlo todo a una cuestión tan simple y no darme cuenta de que tengo un lugar reservado ahí abajo junto a Memet, Jokic y todos los que alguna vez se han atrevido a desafiarlo.

Estoy en *shock*. Sé que debería decir algo, cualquier cosa, pero el miedo me cierra el estómago y me priva de cualquier posibilidad de respuesta. No se me ocurre ningún argumento creíble con el que tratar de apaciguar a este tipo.

—Ya sabe dónde encontrarme.

Sin más, el barbas me da la espalda y se aleja en dirección a una serie de naves dispuestas junto a la terminal de contenedores, donde debe de tener su guarida. Sabe que no necesita decir más. Que no haya mencionado siquiera lo que sucederá si me atrevo a ir a la policía me indica lo lejos que llega su poder.

Me deja allí con sus guardaespaldas, que me observan con satisfacción, encantados de tenerme cerca. Creo que no ven el momento de colocarme un buen lastre y mirar cómo me hundo.

Les doy la espalda y empiezo a alejarme. Supongo que no intentarán nada contra mí, al menos hasta que su jefe les dé permiso. Tampoco me molesto en pedirles que me lleven, por dos motivos: primero, porque no me apetece pasar ni un segundo más junto a ellos; segundo, porque lo último que quiero es que sepan adónde me dirijo.

Frontera

—

Cuando aquel mastodonte reparó en ella, Ayla notó que su estómago se solidificaba con una contracción nerviosa. Definir como humano aquel rostro era ser condenadamente optimista. Lucía una expresión terrorífica, empeorada por una dentadura desastrosa de la que en aquel momento colgaban varios hilos de baba en dirección a su pecho.

El monstruo parpadeó varias veces, como si no terminara de creer lo que estaba viendo. Una vez superada la indecisión, se incorporó.

Era gigantesco, casi un titán. Cuando terminó de levantarse, su cabeza tan solo distaba unos centímetros del techo.

Se subió los pantalones, pero no lo suficientemente rápido como para que Ayla no reparase en aquella especie de trompa que sobresalía de entre sus piernas. Era incongruente, del tamaño del brazo de un hombre adulto y culminada en una especie de muñón de color violáceo.

No permitió que la visión de aquel descomunal miembro la distrajese. Aferró con más fuerza la navaja y se preparó para el ataque.

Cuando el desconocido se lanzó a por ella, lo estaba esperando.

Adelantó una mano para agarrarla, pero Ayla le asestó una cuchillada que le alcanzó en los dedos y le hizo retirarlos con rapidez. Quiso acuchillarlo por segunda vez, pero este reaccionó mucho más rápido de lo que esperaba y le propinó un mazazo con el otro brazo que la pilló desprevenida y la hizo volar varios metros.

Ayla había encajado muchos golpes en su vida, pero ninguno como aquel. Fue demoledor, como si se hubiera puesto en el camino de un coche a toda velocidad. Perdió la navaja y trató de levantarse, pero, antes de que llegara a intentarlo, el tipo llegó hasta ella y, esta

vez sí, la agarró del cuello con una de sus manazas.

La levantó sin esfuerzo y la dejó allá arriba, pegada al techo. Ayla trató en vano de retirar los dedos que aprisionaban su garganta. Pataleó con todas sus fuerzas y sus pies impactaron varias veces contra el torso y las mejillas de aquel desgraciado, que ni se inmutó. Fue como si golpeara una maldita secuoya. Intentó revolverse y maldecir, pero las fuerzas comenzaban a abandonarla.

Se estaba quedando sin aire.

Por un instante, no le pareció tan mala idea cerrar los ojos y poner rumbo a la negrura, que se le antojó cálida y acogedora. Al menos así estaría a salvo de aquel malnacido.

Antes de que llegara a hacerlo, vio a Tia aparecer por detrás de aquel gorila y subirse a su chepa. Debía de haber recogido su navaja del suelo y la utilizó para apuñalarlo varias veces, en el cuello y la espalda.

La fuerza de aquella tenaza se disipó. Ayla cayó al suelo y el aire regreso a sus pulmones de golpe. Los ojos se le llenaron de lágrimas que difuminaron los contornos de los objetos a su alrededor y un ataque de tos le impidió incorporarse.

Aun así, alcanzó a ver lo que estaba sucediendo ante ella. El gigante caminaba de un lado al otro con Tia subida a su espalda, que no dejaba de acuchillarle una y otra vez. Finalmente, este pudo agarrarla y la lanzó al otro extremo de la habitación sin apenas esfuerzo.

El hombre trató de ir a por Tia, pero, después de dar un par de pasos en su dirección, las piernas le fallaron y cayó derrengado como un frigorífico que hubieran arrojado desde un sexto piso. La caída fue estrepitosa y se quedó tumbado boca abajo, inmóvil. Pequeños riachuelos de color rojo brotaban de las heridas de su cuello, señal de lo mal que andaban las cosas por allí dentro.

La respiración del coloso se volvió pesada, escandalosa, hasta que al cabo de unos segundos dejó de oírse.

Ayla miró a Tia, tirada al otro lado del salón con aquel cadáver de doscientos kilos ejerciendo de frontera entre ambas. Los interrogantes se arremolinaron en su cabeza. ¿Dónde estaba su padre? ¿Quién era ese tío y qué había ido a buscar a su casa? ¿Qué diablos iban a hacer ahora con aquel cadáver?

—¿Pero se puede saber qué ha pasado aquí?

Ambas se volvieron hacia el lugar del que procedía la voz. En la puerta, Mascarell las contemplaba alternativamente con los ojos muy abiertos.

No podría haber llegado en peor momento.

Límites

—

El cadáver de Garmendia tirado en medio del salón resulta tan incongruente y escarpado como si alguien hubiera tomado un sistema montañoso y lo hubiese dejado caer allí mismo. Está panza abajo, inmóvil como la gárgola más terrorífica y desafortunada del mundo.

La responsable de este despropósito debe de ser Tia, que aún sostiene una navaja ensangrentada. No puedo descartar que trate de apuñalarme a mí también, de manera que me apresuro a mostrarle las palmas de las manos para que vea que voy desarmado.

—Dame la pistola y me iré.

La petición va dirigida a Ayla, pero no dejo de mirar a Tia, preparado por si viene a por mí. Como muestra de buena fe, cierro la puerta a mi espalda. Lo último que nos interesa es que algún vecino entrometido vea esta carnicería y llame a la policía.

Ayla desaparece en algún lugar en el interior del piso.

Tia y yo nos medimos en silencio, preguntándonos sin palabras qué hacer a continuación. Me observa con desconfianza, tratando de catalogarme como amigo o enemigo. Su rostro se ha oscurecido, al igual que su mirada. Tiene la camiseta hecha jirones y los brazos y piernas llenos de arañazos y magulladuras. Está en bragas, un detalle que ambos fingimos pasar por alto.

Poco a poco, empiezo a vislumbrar lo que ha podido suceder entre Garmendia y esta mujer.

Cuando Ayla reaparece, lleva a un hombre del brazo. Debe de tener unos cincuenta años, pero luce como un anciano.

—¿Se puede saber quién diablos era este tío? —pregunta.

Rezuma rabia. Si Tia no le da una respuesta en un tiempo razonable, no tendrá el menor reparo en sacársela a puñetazos. Si no lo ha hecho todavía es porque aún tiene a ese hombre sujeto del

brazo.

Tia alza la barbilla, desafiante. Antes de que la cosa vaya a más, tomo la palabra.

—Se llama Garmendia.

Sus miradas convergen en mí. Doy un paso hacia el cadáver para ilustrar mi explicación.

—Trabaja para el tipo que me contrató para dar con esa pistola.

Intento que no suene como una acusación, pero no sé si lo consigo.

—¿Y qué hace aquí? ¿Cómo ha sabido dónde vivimos?

Ayla se contiene para no preguntar también si fui yo quien le dio esta dirección y le dijo que el arma se encontraba aquí.

—Yo he descubierto dónde vivís —respondo—, así que a esta gente no debió de resultarle demasiado difícil. Su jefe debió de enterarse de que Tia me robó el arma y envió aquí a su esbirro para recuperarla.

Me callo para no ir más allá, porque puedo imaginar el resto y no es algo que me apetezca decir en voz alta.

Garmendia encontró a Tia sola y desarmada. Tenía órdenes de acabar con ella. Ese depravado tenía prohibido acercarse a las chicas del barrio rojo, así que cuando la vio indefensa y a su merced no pudo resistir la tentación de divertirse un rato antes de finiquitar el trabajo. Puede que Ayla llegara y lo sorprendiera en acción. Garmendia debió de ver en ella a una testigo inoportuna, o puede que a otra víctima de la que aprovecharse. Sin embargo, contra todo pronóstico, entre las dos han conseguido acabar con este malnacido. No puedo dejar de admirarlas por ello.

Garmendia resucita, ganándose de inmediato nuestra atención.

Los tres damos un respingo al ver al gigantón revolverse en el suelo. Se resiste a dejar que la vida se le escape por las heridas que adornan parte de su anatomía y que desembocan en un charco rojizo cada vez más grande. Ayla palidece y se interpone entre ese gigante y su padre, dispuesta a protegerlo al precio que sea. Tia alza de nuevo la navaja y hace ademán de ir a por él para acabar el trabajo, pero doy un paso al frente y la detengo con un gesto. En el suelo, los movimientos de Garmendia son débiles, apenas una serie de manoteos que indican que está más cerca del otro mundo que de este. Es tan grande que, si extendiera los brazos y las piernas,

podría tocar ambos extremos de la habitación sin esfuerzo. Tomo una decisión sin consultar a nadie, porque no creo que tengamos muchas más opciones.

Saco mi teléfono y marco un número. Lo oigo dar tono mientras trato de reunir el valor necesario para mantener esta conversación sin que se me quiebre la voz.

—¿Sí? —responde Matisse.

—Su hombre ha caído.

Se hace el silencio al otro lado mientras el Gran Calvo trata de desentrañar el significado de ese críptico mensaje. Ayla y Tia se miran entre ellas, y después a mí.

—¿Qué quiere, Mascarell?

El tono es desafiante. No parece dolido por la pérdida de su esbirro, sino más bien indignado. Como si lo decepcionara que Garmendia se haya dejado derrotar con tanta facilidad.

—Mande a alguien a limpiar este desastre. Que traigan una grúa para mover el cadáver.

La línea vuelve a quedar muda. Por lo poco que conozco a Matisse, bien podría estar meditando los pros y los contras de venir en persona a arrancarme la piel. No solo le estoy informando de la pérdida de su esbirro, sino que además le estoy ordenando, o casi, que venga a arreglar este estropicio. Hasta cierto punto, resulta lógico que le apetezca sacarme las tripas. No obstante, sé que el tiempo juega en nuestra contra, así que lo ayudo a tomar una decisión.

—Tengo la pistola. Si aún la quiere, haga lo que le digo.

La propuesta es suculenta, o eso creo. Espero que desee hacerse con la Luger tanto como para aceptar el trato.

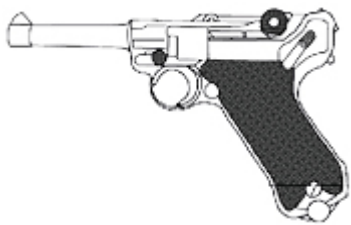
—Tráigamela.

No dice más. Esa única palabra es al mismo tiempo una orden y una capitulación. Cuelga antes de que tenga oportunidad de protestar, pero, en realidad, no hay mucho más que añadir.

Contemplo de nuevo a las dos mujeres que tengo ante mí y al hombre que, colgado del brazo de Ayla, mira en torno con la expresión anonadada de quien no sabe muy bien cómo ha llegado hasta allí. Garmendia sigue en el suelo, retorciéndose como un insecto. Se resiste a morir. Me pregunto si los hombres de Matisse llegarán a tiempo de salvarle.

Por un momento, me planteo si no sería conveniente rematarlo. Si por un casual sobrevive y termina recuperándose de sus heridas, puede que quiera cobrarse la afrenta.

Descarto esa idea antes de que vaya a más. No me veo quitándole la vida a nadie, y menos a alguien que no puede defenderse. Por eso, hago un gesto a estas dos mujeres y, sin esperar a ver si me siguen o no, salgo del piso.



Encuentro a Matisse en Il Limoncello, el restaurante en el que tiene su cuartel general.

He dejado a Tia, a Ayla y a su padre fuera, a bordo del Citroën. Hemos hecho el viaje inmersos en el silencio de los que tienen demasiado que decirse. Ayla ha pasado todo el trayecto con el rostro serio y una mirada furiosa clavada en la nuca de Tia. Creo que se ha estado conteniendo para no soltar ninguna inconveniencia delante de mí. Puede que aprovechen mi ausencia para ponerse al día. Espero encontrar el coche de una pieza cuando salga.

Matisse me espera en el reservado del restaurante que utiliza como su despacho particular. Tiene delante una fuente con varios tipos de panecillos y un plato repleto de porciones individuales de mantequilla, mermelada, paté y miel. Se limita a permanecer frente a la comida con las manos cruzadas, sin probar bocado. Al verme llegar apenas me dedica más que un breve asentimiento.

—Ha venido.

—Yo siempre cumplo, Matisse.

Saco la Luger y la dejo sobre la mesa. Matisse ni siquiera hace ademán de venir a por ella y me dedica una ojeada extrañado, sin terminar de explicarse qué diablos estoy tramando.

—Hay otra persona muy interesada en hacerse con esta pistola, aunque supongo que ya lo sabe.

Recibe la información con las cejas alzadas. Trata de parecer impasible, pero detecto la sorpresa agazapada en sus facciones, de modo que insisto para que sepa que no estoy bromeando.

—Un tipo elegante, con barba y muy poca paciencia.

—¿Ha venido a negociar o qué?

Emplea un tono insolente. El mismo que habría utilizado para preguntarme mi marca de cigarrillos favorita o si me apetece perder la otra pierna.

—No hay nada que negociar. Si no le llevo la pistola a ese tío, me matará.

—Lo dice como si yo no fuera a hacer lo mismo.

Enseña el colmillo. Tengo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo. Me obligo a recordar las miradas muertas que Jokic y Memet me lanzaron desde el fondo del Main.

Diría que Matisse valora mi determinación. Claro que puede que me equivoque y, en realidad, esté pensando en la mejor manera de acabar conmigo y que parezca un accidente.

—¿Cree que no lo matará cuando aparezca por allí con el arma?

Por supuesto que lo hará. El barbas no parece la clase de tipo que deja cabos sueltos. Que este calvorota exteriorice mis peores temores no contribuye a reconfortarme, pero me contento con saber que mis sospechas no andaban desencaminadas y que, como había temido, sabe perfectamente de quién le hablo.

—Deja medio muerto a uno de mis mejores hombres —empieza a enumerar—, pierde el arma que le había encargado encontrar y ahora, para colmo, dice que no me va a dar la pistola. ¿Qué haría usted en mi situación, Mascarell?

—Dejarme marchar, para que pueda entregarle el arma a ese tipo. Si quiere, le diré que voy de su parte.

Matisse niega, como si no hubiera oído nada más absurdo en su vida. No deja de hacerlo mientras desgrana la siguiente cuestión.

—¿Sabe por qué tiene tanto interés en hacerse con esa pistola?

Ni lo sé, ni me importa. No quiero saber nada que tenga que ver con los negocios de esta gentuza. En cuanto me deshaga de la Luger, trataré de no volver a cruzarme jamás en el camino de Matisse.

Mientras valora sus opciones, tiento a la suerte una vez más.

—Deje a Ayla y a Tia tranquilas.

No sé de dónde saco la entereza para decir eso, pero hasta yo noto que me estoy pasando de la raya. Matisse me observa como ya esperaba que lo hiciera. Es la mirada de alguien poco acostumbrado a recibir órdenes. No es la clase de tipo que perdona las faltas de respeto y tiene todo el derecho del mundo a estar cabreado. Hace un buen rato que ha sobrepasado el límite de su paciencia, pero me obligo a parecer seguro de lo que digo. Valdrá la pena si con eso consigo algo de margen para Ayla y su padre.

Sin embargo, casi al momento, la mirada de Matisse cambia. La contrariedad se esfuma y es sustituida por un revelador parpadeo a destiempo.

—¿Tia? —Al pronunciar ese nombre deja escapar una risa queda —. ¿Cree que sabe algo de esa mujer?

Retazos

—

El reducido habitáculo del coche de Mascarell estaba tomado por un silencio electrizante y tan cargado que parecía a punto de saltar en pedazos. Tia, en el asiento del acompañante, miraba al frente con determinación.

Ayla quiso aprovechar la ausencia del detective para dejar las cosas claras, pero aguantó un par de minutos sin decir nada. Empleó ese lapso en ordenar sus ideas y sacar algunas conclusiones. Después miró a su padre y se aseguró de que seguía tranquilo antes de hablar.

—¿Para quién trabajas?

Tia ignoró la pregunta, pero Ayla insistió.

—¿Pretendes que me crea que ese grandullón dio con nosotros así, por las buenas?

Llevaba todo el trayecto dándole vueltas a la teoría de Mascarell y había decidido que las cosas no podían ser tan simples. La presencia de Tia en su casa era una incongruencia demasiado notable como para que el resto de los extraños sucesos de los últimos días no estuvieran relacionados. Que hubiera robado un arma y, a las pocas horas, aquel energúmeno se hubiera personado allí para hacerse con ella eran dos casualidades demasiado suculentas como para no ser más que eso.

—Le robaste la pistola a Mascarell y llamaste a Matisse para decirle que la tenías en tu poder. Por eso envió a ese hombre a buscarla.

Esta vez, el razonamiento pareció hacer mella en Tia, que se revolvió.

—Sí, pero tú me robaste el arma. Y ya sabes lo que sucedió después.

Ayla fue a replicar, pero, de repente, no supo qué decir. Los ojos

de Tia centelleaban de cólera. Ayla observó las cosas desde aquel nuevo punto de vista y se dio cuenta de que sus actos bien podrían haber desencadenado la agresión sexual de la que había sido testigo.

—Esto es más grande de lo que piensas, Ayla. Hay gente muy peligrosa implicada.

Tia soltó cada palabra con rabia, como si estuviera conteniéndose para no decir más de la cuenta. Ayla se habría sentido mal de no haber recordado el embrollo en el que ella y su padre estaban metidos por culpa de los tejemanejes de esa mujer.

—Y no se te ha ocurrido ningún sitio mejor en el que refugiarte que nuestra casa —la acusó—. Te ha importado una mierda ponernos en peligro.

—Te equivocas. Fui con vosotros precisamente para protegeros.

¿Protegerlos de qué? ¿En qué turbios asuntos estaba implicada? Había demasiados interrogantes en torno a esas cuestiones y lo único que tenía claro era que Tia no podía haber regresado a Frankfurt y a sus vidas por casualidad.

Ayla observó la puerta de aquel restaurante, Il Limoncello. Sabía quién era el tipo que ocupaba el reservado de ese establecimiento y los negocios en los que andaba envuelto. Lo último que habría deseado era cruzarse otra vez en su camino. Sin embargo, el destino parecía tener mejores planes.

—Si pretendías protegernos, te ha salido como el culo. ¿Se puede saber en qué andas metida?

Tia negó y volvió la vista al frente.

En realidad, no necesitaba oír la respuesta. Podía imaginársela a partir de los retazos de información de los que disponía. La posibilidad de que Tia formara parte de la organización del Gran Rojo y que hubiera vuelto a Frankfurt para cerrar algún negocio cobraba cada vez más fuerza y daba una medida del tamaño y poder de sus enemigos. ¿Por qué insinuaba que Ayla y su padre estaban en peligro? Puede que alguien quisiera hacerle daño y hubiera descubierto que eran la única familia que le quedaba y, por lo tanto, su único punto débil.

Estaba pensando en ello cuando vio a Mascarell emerger del restaurante. Caminaba apesadumbrado, como si la conversación con Matisse hubiera añadido cincuenta kilos extra a su masa corporal.

Subió al coche, pero, en lugar de arrancar, se volvió hacia Tia, sacó la pistola y se la ofreció sujetándola por el cañón.

—Creo que será mejor que te encargues tú de esto.

Despreocupado

—

Matisse no me ha explicado quién es Tia. Tampoco me he atrevido a preguntarle. Me pareció que ya había tentado demasiado a la suerte y lo último que necesitaba era darle un motivo para que saltara la mesa y me sacara los ojos con una cucharilla.

Por eso, en lugar de exigir una respuesta a todos aquellos interrogantes, me marché sin más. No me lo impidió, ni siquiera cuando me vio coger de nuevo la Luger y llevármela conmigo. No puedo descartar que termine arrepintiéndose de mostrarse tan magnánimo, así que arranco y me pongo en marcha antes de que eso suceda.

Tiene razón. No sé nada de Tia. Sin embargo, a la vista está que él sí que la conoce bien. Deben de trabajar juntos. Que esa mujer forme parte de la cúpula del Gran Rojo me parece más evidente cuanto más pienso en ello. Concluyo que si dio conmigo, me arrebató la pistola y se propuso devolvérsela a Matisse fue para escalar puestos en la organización. El Gran Calvo envió a Garmendia a recoger el arma, con desastrosas consecuencias para todos.

Sin duda, la mujer que ocupa el asiento del acompañante esconde muchos secretos. Dadas las circunstancias, estoy seguro de que su vida también corre peligro. Me pregunto si la habrán amenazado con hacer daño a Ayla y su padre en caso de no cumplir con lo que se le pide.

Mi integridad pasa a un segundo plano. No puedo permitirme poner en peligro a Ayla. La vida de esa adolescente respondona y espabilada vale mucho más que la mía. Por eso he resuelto que sea la mujer que tengo a mi lado quien se encargue de llevarle al viejo la pistola de marras, aunque eso suponga ponerme a mí en la picota. Tengo demasiado enemigos como para que me importe

ganarme uno más.

—¿Estás seguro de esto?

La pregunta de Tia es loable, aunque creo que insiste más por cortesía que por otra cosa. No aparto la vista de la carretera ni le devuelvo la mirada a Ayla, cuyos ojos me ametrallan sin misericordia a través del espejo retrovisor.

—Sabes que es lo mejor —respondo.

Se permite un titubeo, pero no insiste. Mira a su alrededor, súbitamente interesada en las calles que vamos dejando atrás. No vuelve a hablar hasta después de varios minutos y cuando lo hace es para darme instrucciones muy concretas.

—Déjame en Ostend.

El habitáculo del Citroën vuelve a verse envuelto en un silencio descorazonador. Ayla nos observa alternativamente con el rostro malhumorado, haciendo un visible esfuerzo para no mandarnos al diablo.

Diría que es la más madura y sensata de los cuatro.

Cuando llegamos a Ostend, antes de que pueda preguntarle una dirección más concreta, Tia aprovecha un semáforo para descender del coche sin mediar palabra y echa a correr entre dos callejuelas con decisión.

Que se marche sin despedirse debería molestarme, pero tengo tantas ganas de perderlas de vista a ambas, a ella y a la Luger, que me resulta imposible no sentirme aliviado. En el asiento trasero, Ayla también contempla la partida de Tia. El hombre que va a su lado mira al frente con la expresión impávida de quien tiene la mente demasiado embrollada como para preocuparse por nada más. Me siento mal al recordar que a la lista de problemas que parecen atestar el día a día de esta adolescente hay que sumar además el cuidado de este hombre, que parece incapaz de valerse por sí mismo.

—¿Adónde la llevo, señorita?

Trato de sonar despreocupado, en un intento por imbuir normalidad a la situación. Ayla tiene los ojos brillantes, tal que si fueran a estallar en cualquier momento. Estoy tentado de ir al asiento trasero para darle un abrazo, pero me detiene antes de que llegue a intentarlo siquiera.

—Busquemos un cajero. Aún me debes doscientos pavos.

Especial

—

Mientras circulaban rumbo a la Colmena, Ayla observó a su padre y se preguntó hasta qué punto sería capaz de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor. El señor Aldemir tenía el rostro en tensión, como si de alguna manera supiera que algo iba mal.

—¿Puedo preguntarte algo?

Mascarell formuló aquella cuestión con una cortesía extrema. Ayla ignoró su inspección a través del retrovisor. Sospechaba que, dijera lo que dijera, iba a preguntar de todas formas.

—¿Tia es familia tuya?

No respondió enseguida. En lugar de eso, tomó la mano de su padre entre las suyas, lo que la reconfortó lo suficiente como para atreverse a darle una la respuesta.

—Era la mejor amiga de mi madre.

Prefirió dejarlo ahí. Mascarell no necesitaba saber que, cuando su madre murió, Tia se volcó en el cuidado de Ayla y de Samir. Hubo un tiempo en el que la consideró casi como de la familia, pero claro, eso fue antes de que diera con sus huesos en la cárcel y posteriormente se esfumara, dejándolos en la estacada cuando más la habían necesitado.

—Supongo que no hace falta que te lo diga, pero tengo la impresión de que Tia anda en tratos con gente muy peligrosa.

Ayla fue a responder que, efectivamente, no hacía falta que se lo dijera. Que no era idiota y había llegado a esa conclusión por sus propios medios. Sin embargo, en lugar de eso, prefirió seguir desgranando sus interrogantes en voz alta para poder observarlos desde una nueva perspectiva.

—Apareció en casa hace unos días. Dijo que vivía en Algeciras y que había venido a Frankfurt a ocuparse de algunos negocios.

Al oír aquello, Mascarell desvió la mirada hacia un lado de la

carretera. En aquel momento circulaban cerca de una valla que delimitaba una de las zonas de carga del puerto de Frankfurt, en la que los contenedores se sucedían hasta donde alcanzaba la vista.

—El puerto de Algeciras es el número uno de España en tráfico total de mercancías, por delante incluso del de Barcelona, y el sexto del Europa.

Lo soltó como si fuera un dato sin importancia, pero a Ayla no le costó descifrar el mensaje implícito entre líneas.

Tia estaba relacionada con gente muy peligrosa. ¿Y si era la emisaria del Gran Rojo en el estrecho de Gibraltar? En un primer momento le pareció una locura, aunque, a la vista de los últimos acontecimientos, no podía descartarlo a la ligera.

—Justo hoy he conocido a un tipo que hace negocios en el puerto de Frankfurt —añadió el detective.

Un coche los adelantó e hizo sonar el claxon, exasperado por la lentitud con la que circulaban. Ayla barruntó la información y le pareció que debía soltar algo, lo que fuera.

—Ese hombre… supongo que era el mismo que quería hacerse con esa pistola, ¿verdad?

Mascarell no respondió. Aumentó la velocidad y a Ayla le pareció que recuperaba algo de seguridad en sí mismo a medida que se alejaban de Ostend.

—Hay algo que no dejo de preguntarme —dijo el detective—, y estoy seguro de que tú también te lo has planteado.

Ayla asintió y apretó la mano de su padre, una manera como cualquier otra de tomar fuerzas con las que exteriorizar aquel interrogante.

—¿Qué demonios tiene esa pistola de especial?

IV. Soluciones

Louis y Ambros

—

Louis y Ambros estacionaron en el exterior de Los Días Felices y comprobaron sus armas. Una vez cumplimentado aquel trámite, cruzaron una mirada que no necesitó más explicaciones y descendieron del vehículo.

Había muchos coches más en las inmediaciones. Varios yonquis se movían de aquí para allá y hacían aspavientos para guiar a cada nuevo vehículo que llegaba con el objetivo de maximizar el espacio y organizar aquel improvisado parking, un cometido que se tomaban muy en serio. Uno de ellos se acercó a pedirles unas monedas, pero Louis lo amenazó con soltarle un guantazo, lo que bastó para que no se atreviera a insistir.

Se encaminaron hacia la entrada del desguace. Incluso desde allí podían oír el griterío procedente del interior. Un grupo de cuatro individuos que custodiaba el acceso les salió al paso.

—¿Os habéis perdido?

—Ya os estáis largando de aquí, capullos.

Louis y Ambros exhibieron sendas sonrisas sin otro objetivo que sacar de quicio a esos bravucones.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—¿Sois polis o qué?

—Joder, como llevéis una placa encima os juro que os pego un tiro aquí mismo.

Uno de ellos sacó un revólver. Otro hizo amago de acercarse a cachearles, pero Ambros lo detuvo alzando el brazo.

—Relájense, caballeros. Nos envía De la Fuente. Venimos a por la recaudación.

La mención de su jefa tuvo la virtud de dejar callados a esos bocazas. Despojados de su chulería anterior, los cuatro gorilas se echaron a un lado sin protestar.

Nada que Louis y Ambros no hubieran esperado, en realidad.

Se adentraron en el desguace y decidieron que, a primera vista, no parecía más que eso. Pilas de chatarra y coches hechos añicos se sucedían a lo largo de varios cientos de metros que recorrieron sin prisa, siguiendo el sonido de los gritos. Estos fueron en aumento conforme se acercaban a su destino.

Salieron a una explanada iluminada por un puñado de potentes focos dispuestos en círculo sobre sus cabezas. Había tanta luz que parecía que fuera de día. Varios cientos de personas se apiñaban en torno a un agujero excavado en el suelo del tamaño de una piscina. Las montañas de coches desguazados alrededor de aquel lugar le daban el aspecto de un coliseo. Algunos tipos iban de aquí para allá, portando carpetas en las que anotaban las apuestas. Otros se movían entre aquella jauría humana cargados con neveras de playa y suministrando latas de cerveza helada que contribuían a calentar los ánimos de los presentes.

—Vaya negocio tienen montado estos cabrones.

Ambros le dio la razón a su compañero. El dinero cambiaba de manos con una rapidez asombrosa. Se abrieron paso entre la multitud con la ayuda de varios codazos oportunos que les hicieron ganarse algunas miradas de reprobación, pero que no fueron más allá de eso.

En el foso, dos tipos se batían. Uno de ellos era un grandullón con pinta de pasar doce horas al día en el gimnasio. Su adversario era un veinteañero espigado que no dejaba de moverse de un lado a otro y armaba combinaciones que se estrellaban una y otra vez contra la guardia de su oponente, que le sacaba una cabeza y al menos cincuenta kilos.

El público prorrumpía en carcajadas cada vez que veía al flacucho lanzarse contra su adversario, que recibía sus embestidas como un muro recibe las gotas de lluvia. A pesar de que era más rápido y diestro con los puños, la diferencia de peso y tamaño resultaba insalvable.

—¡Cárgatelo de una vez! —gritó alguien.

Como si hubiera recibido una orden, el grandullón aprovechó un nuevo ataque del flacucho para abrazarse a él y atenazar sus brazos. Una vez que lo tuvo inmovilizado, le asestó un cabezazo en el rostro, y otro, y otro más.

Los asistentes celebraron el castigo con un nuevo rugido. El forzudo derribó al púgil sin apenas esfuerzo, se sentó a horcajadas encima de él y comenzó a pegarle en el rostro con ambos puños. No dejó de golpear ni siquiera cuando este dejó de moverse, inconsciente, o puede que algo peor.

En algún lugar sonó la sirena que debía de poner fin al combate. El vencedor siguió golpeando un rato más antes de darse cuenta de que todo había terminado. Solo entonces se puso en pie y, con la mandíbula desencajada y los ojos muy abiertos, soltó un alarido y alzó los brazos en dirección al público.

Unos tipos bajaron al foso y arrastraron al luchador caído a un lado. Otros descendieron para felicitar y palmear la espalda del vencedor, que seguía rugiendo como si aún no hubiera tenido suficiente.

Louis y Ambros estaban tan distraídos con el espectáculo que no llegaron a ver cómo, a su espalda, media docena de hombres, capitaneados por los hermanos Popescu, se acercaban a su posición.

Para cuando repararon en ellos, fue demasiado tarde. No tuvieron tiempo ni de sacar sus armas.

Nielsen y Tia

—

Nielsen recorrió la hilera de contenedores despacio, sin prisa por llegar a ninguna parte. Solía pasear por la terminal cuando algo le preocupaba. Perderse por aquel laberinto de paredes metálicas era una buena manera de relajarse y acabar con su inquietud, aunque en esa ocasión le resultó imposible.

Junior llevaba varios días desaparecido.

Los más optimistas decían que se había largado del país. Que le había surgido una oportunidad de negocio y se había marchado a hacer fortuna, puede que de vuelta a Holanda. Otros aseguraban que solo estaba de vacaciones. Que se había hartado de que su padre lo empleara como un simple guardaespaldas y había puesto rumbo a algún país exótico para tomarse un año sabático.

Había otro rumor, el más extendido, aunque nadie se había atrevido a planteárselo a Nielsen y había llegado a sus oídos por otros medios: que Junior había tenido problemas con gente peligrosa, se lo habían cargado y habían enterrado su cuerpo en algún lugar recóndito a las afueras de Frankfurt.

Su gente estaba detrás de aquella pista. Tenía a sus hombres peinando todo Hessen en busca de cualquiera que pudiera facilitarles información sobre el paradero de su hijo. La experiencia le decía que, por desgracia, los peores temores solían ser los que más se acercaban a la verdad.

Además, Junior no se habría largado sin más.

Cuando salió a la explanada que rodeaba la terminal de contenedores, vislumbró a lo lejos la nave en la que tenía su oficina. También detectó a sus hombres dando vueltas por el perímetro. Esa noche llegaría uno de los envíos de Ngoye a través de un carguero de bandera panameña que debía de soltar la preciada carga disimulada entre varias docenas de contenedores más. Por eso

peinaban la zona cada hora, para asegurarse de que todo estaba despejado y no había nada fuera de su sitio. De la Fuente era inflexible a este respecto. Tanta precaución rozaba la paranoia, pero Nielsen entendía su desconfianza. No había llegado hasta donde estaba corriendo riesgos.

A medida que se acercaba a su oficina, vio a la figura que lo esperaba junto a la entrada. No reconoció a aquella mujer en un primer momento y se preguntó cómo diablos habría podido eludir la seguridad para llegar hasta allí. Tendría que reconvenir a sus hombres por ello.

Cuando la tuvo más cerca y cayó en la cuenta de quién era, comprendió por qué no había tenido problemas para que la dejaran pasar: su fama la precedía y ejercía de salvoconducto.

—Hola, Tia.

Esta no respondió al saludo. Quedaron frente a frente y se observaron durante varios segundos sin decir nada. Curiosidad en el semblante de Nielsen, precaución en el de ella.

—¿Qué te trae por aquí?

En lugar de responder, Tia extrajo del bolsillo interior de la chaqueta una pistola y se la tendió.

No era un arma cualquiera. Nielsen se dio cuenta al instante.

Era la Luger. La pistola que la vieja Baobab le había instado a encontrar.

La visión de aquella arma le provocó un respingo. Trató de disimular su azoramiento al tiempo que daba un paso en su dirección y tomaba la pistola. Nada más asirla, notó un calambre atravesar su sistema nervioso. Fue una sensación electrizante e inesperada, como si de aquel objeto brotase algún tipo de energía desconocida.

Sopesó la Luger y notó que se le erizaba cada vello de su cuerpo. Con ella en las manos se sintió capaz de cualquier cosa. De cualquier maldita cosa.

—Gracias.

Trató de que su voz no delatase su excitación, pero no estuvo seguro de conseguirlo. Se sentía revitalizado, como si la posesión de aquella pistola le hubiera arrancado treinta o cuarenta años de encima y hubiera insuflado energías renovadas a su cuerpo ajado por el tiempo y las preocupaciones. Decidió en ese mismo instante

que todo volvería a ser como antes. Le plantaría cara a De la Fuente, mantendría a raya a los nigerianos y encontraría a Junior.

—¿Gracias?

Tia emitió aquella cuestión con la cabeza ladeada. Nielsen sacó su cartera, extrajo unos cuantos billetes y se los tendió sin mirarla. Tenía demasiadas cosas en las que pensar como para que le afectara aquel desembolso.

Mientras Tia contaba el dinero, Nielsen contempló la pistola una vez más. Notó la fuerza que desprendía, agazapada bajo su aspecto tosco. Se sentía tranquilo y poderoso, justo como Baobab había vaticinado. Hacía mucho que no se encontraba tan bien.

«Las cosas van a cambiar», se dijo. «Todo volverá a ser como antes. Nadie podrá pararme».

Ni siquiera se inmutó cuando Tia le dio la espalda y se marchó sin despedirse, ocupado en planificar sus próximos pasos.

Solo tenía que acabar con los cabos sueltos.

Colores extraños

—

Llevan un buen rato siguiéndome.

En realidad, ya esperaba que sucediera algo así. Cuando uno se enreda con el Gran Rojo y se coloca en el punto de mira de la organización criminal más peligrosa de Frankfurt, debe prepararse para lo peor.

Es un Škoda de color negro. Sospecho de él antes incluso de reparar en que sus ocupantes son los hermanos Benetton.

De momento se limitan a seguirme. Creo que no se han dado cuenta aún de que he detectado su presencia, de manera que procuro conducir de la forma más suave y discreta posible. No pego acelerones bruscos ni doy volantazos. Si iniciamos una persecución, el Citroën no tendrá nada que hacer contra el potente motor del Škoda, así que espero que eso no suceda.

Llegamos al centro, donde el tráfico es más denso y la circulación más lenta. Estoy tentado de acelerar ante un semáforo en ámbar para tratar de perderlos, pero me contengo. Puede que eso funcione en las películas, pero en la vida real las cosas son muy diferentes.

Me detengo y el Škoda se coloca detrás de mí.

El negro va al volante. El blanco se quita el cinturón de seguridad y baja del coche con toda tranquilidad.

Eso me pone en guardia. Nadie se baja del coche en un semáforo sin un motivo muy concreto. Además, no dice nada ni alerta al tipo que va al volante, que no parece en absoluto sorprendido por la actitud de su colega.

Echa a andar en mi dirección.

Sé lo que está a punto de suceder antes incluso de reparar en la pistola que sostiene. Puedo imaginar paso por paso cada fotograma de lo que va a suceder a continuación: ese individuo de pie junto a

mi coche; el cristal hecho añicos de un disparo; el regreso a su vehículo y la huida a toda velocidad, antes de que algún testigo alerte a la policía; mi vida en suspenso contra el volante del Citroën, condenada a este abrupto punto final por obra y gracia del Gran Rojo.

Pienso todo esto en unas décimas de segundo, que es el tiempo que tardo en asimilarlo y tomar una decisión.

Controlo el pánico a duras penas.

Acelero. El tipo alza el arma y apunta, pero se lo piensa mejor y regresa a su coche a la carrera. Incorporarme al tráfico de una manera tan brusca me hace merecedor de algunos furiosos toques de claxon y estoy a punto de empotrarme contra un simpático Mini. Esquivo algunos coches y me sumerjo en el Westend, convencido de que la profusión de callejuelas me permitirá escabullirme con facilidad gracias a mi pequeño Citroën, allí donde el Škoda lo tendrá más difícil para maniobrar.

Me equivoco.

El intenso tráfico me obliga a bajar la velocidad, lo que permite que mis perseguidores acorten la distancia que nos separa. Cientos de trabajadores parecen haber tomado su coche a la misma hora para regresar a casa después de un duro día de trabajo. Tengo que alejarme del centro antes de que un nuevo semáforo me obligue a detenerme.

A la altura de la Bahnhofsviertel, el parabrisas trasero es pulverizado de un disparo. El tipo que va en el asiento del acompañante ha sacado medio cuerpo por la ventanilla y dispara varias veces más, pero los tiros se pierden en algún lugar sobre mi cabeza. Espero que no alcancen a nadie. La cantidad de viandantes que son testigos de la persecución no arredra a los hermanos Benetton, que parecen dispuestos a todo.

Salgo a la vera del río Main y encuentro un tapón mortal, valga la redundancia. Hay una caravana de coches detenida en una incorporación, mientras ceden el paso a otra riada de vehículos que procede de una de las calles adyacentes. Nadie se mueve, como varados en ese instante concreto para impedirme escapar en ninguna dirección.

Me meto entre dos coches e invado la acera. Algunos peatones asustados tienen que apretarse contra la balaustrada para no verse

arrollados. El Citroën roza varios vehículos durante la maniobra y el retrovisor derecho desaparece con un impacto sordo, pero apenas lo noto. La excitación toma el mando y me obliga a actuar con rapidez, sin pensar en las consecuencias ni en nada que no sea poner distancia entre mis perseguidores y yo.

El Škoda también irrumpe en la acera y viene tras de mí. Salgo al puente de Friedensbrücke con la esperanza de poner rumbo al otro lado del Main, pero el resultado no puede ser más catastrófico.

Frente a mí, el tráfico se encuentra paralizado ante un nuevo semáforo, conformando una barrera que me va a ser imposible atravesar. El Škoda también se incorpora al puente y se materializa a mi espalda, tan cerca que puedo ver los rostros de mis perseguidores con total nitidez.

Si me detengo, estoy perdido.

Tal y como están las cosas, no tengo muchas más opciones, así que acelero. Para cuando pienso en las consecuencias de esta decisión, ya es demasiado tarde.

Me lanzo al río.

La valla cede ante la embestida de mi cochecito como si estuviera hecha de papel. Apenas noto el impacto y la atravieso con facilidad. Antes de darme cuenta, estoy suspendido en el aire, rumbo a las frías aguas del Main.

La caída es menos aparatosa de lo que esperaba, como si me hubiera arrojado sobre un castillo hinchable. El agua entra por el desaparecido parabrisas trasero y me empapa.

El coche flota, pero no tardará en hundirse. Debo salir cuanto antes.

Mi puerta no se abre. Supongo que habrá una explicación física para este fenómeno, pero no me detengo a buscarla. Salto al asiento trasero e, ignorando la mordedura del agua helada en mi piel, me deslizo hacia el maletero y salgo por donde debería haber estado el parabrisas.

Nada más salir del coche oigo los disparos.

Puedo imaginar a los matones del barbudo acodados en la balaustrada, apuntando hacia abajo e intentando divisarme en medio de la oscuridad. Para dificultarles la labor, tomo aire y me zambullo.

Buceo sin rumbo. Si abro los ojos, no veo nada, solo negrura,

por lo que vuelvo a cerrarlos y sigo bajando. Me imagino las balas atravesando la superficie y moviéndose a mi alrededor, buscando en vano algún lugar en el que impactar.

Cuando me quedo sin aire, retomo el camino hacia la superficie. No es nada fácil hacerlo con una sola pierna. La prótesis actúa como un cuerpo extraño, un añadido que va por su cuenta y se mueve sin demasiado sentido. Me propulso con los brazos y con el único pie que me queda, el izquierdo, al tiempo que rezo por que sea suficiente.

Alcanzo la superficie al límite de mis fuerzas. Al abrir la boca para renovar el oxígeno de mis pulmones, el agua entra sin permiso y me hace atragantarme y toser. Intento recuperarme, ansioso por volver a sumergirme antes de que mis perseguidores me vean.

Entonces me doy cuenta de que la providencia me ha hecho salir a flote justo bajo el puente. No puedo ver a esos tipos y supongo que ellos tampoco pueden verme a mí.

Así que esto es lo que se siente cuando la suerte se pone de tu lado. No está mal.

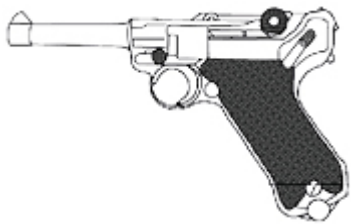
Me planteo quedarme allí, chapoteando como una nutria hasta que se marchen, aunque desde donde estoy no puedo ver lo que sucede a varios metros sobre mi cabeza y no sé si los hermanos Benetton siguen al acecho o ya han puesto tierra de por medio. Veo cómo termina de hundirse el Citroën, lento pero inexorable en su determinación por llegar al fondo del Main.

El sonido de una sirena lejana me hace pensar que alguien ha alertado a las autoridades del tiroteo que se está produciendo en pleno centro de la ciudad. Puedo imaginar a los curiosos asomados al puente, buscándome en medio del agua oscura.

Podría quedarme aquí hasta que alguien venga a rescatarme, pero el agua está demasiado fría como para planteármelo siquiera. Los dientes me castañetean tanto que me van a saltar los empastes y un escalofrío me hace estremecer. Tengo que ponerme en marcha antes de sufrir una hipotermia. Además, si las autoridades me rescatan, tendré que dar muchas explicaciones. Como poco, me tocara pagar los desperfectos del puente y lo que cueste sacar el Citroën del río.

Dudo que los hermanos Benetton sigan esperando a verme salir para jugar al tiro al blanco. Lo más probable es que se hayan

largado para no arriesgarse a que algún ciudadano bienintencionado los grabe con su móvil y dé su descripción a la policía, pero prefiero no confiarme, de modo que tomo aire y vuelvo a sumergirme en las entrañas del Main.



Buceo durante un buen rato. Salgo a la superficie lo mínimo, solo para tomar aire y volver a sumergirme. Llego hasta una escalinata de piedra que conduce al parque que se encuentra a la vera del río. Desde allí, por primera vez, me permito mirar atrás. La algarabía de coches de policía y ambulancias concentrados en el puente, con las luces giratorias encendidas, pinta la noche de colores extraños. Deben de temerse lo peor. En breve mandarán a algunos submarinistas a buscarme, convencidos de que sigo al volante del Citroën.

Me quedo sentado en los escalones, tiritando y con ganas de que me trague la tierra. Debería regresar al puente y explicarles que estoy bien, que no se ha tratado más que de un desafortunado accidente, pero sé que eso no bastará para exonerarme. Me he visto envuelto en un tiroteo en pleno centro de la ciudad. Si no delato a mis perseguidores acabaré en la cárcel. Si lo hago, será aún peor.

Tengo la ropa chorreando, los dedos azules por el frío y los zapatos pastosos. Me quito la prótesis y la seco como puedo. Tengo tanto frío que me apetece quedarme allí acurrucado hasta el final de mis días, pero sé que debo ponerme en marcha si no quiero coger una pulmonía. No sería nada oportuno sobrevivir a una emboscada de los hombres del Gran Rojo para terminar muriendo de una bronquitis.

Por eso, aterido de frío y rezumando odio y mala leche, me pongo en marcha.

Un nuevo enemigo

—

Cuando entro en Il Limoncello, las cabezas de varios comensales se vuelven en mi dirección. Ya hace un buen rato que ha terminado la hora de cenar. El *maître* me sale al paso, pero lo esquivo y voy directamente al reservado. Ninguno de los guardaespaldas de Matisse me impide llegar hasta allí, así que supongo que les ha dado la noche libre.

Lo encuentro tomando café en una taza minúscula. Al verme, arruga el entrecejo.

—¿Qué le trae otra vez por aquí, Mascarell?

El tono es educado, pero intuyo el reproche implícito. Es la segunda vez que acudo a importunarle en el mismo día. Es demasiado incluso para mí.

Ignoro la pregunta y separo una silla de la mesa. Me derrumbo en el asiento y me froto los brazos, incapaz de librarme del frío que parece haberse instalado bajo mi piel. He pasado por casa para cambiarme de ropa, pero eso no ha bastado para compensar el tiempo que he permanecido sumergido en el Main. Cuando voy a responder, un inoportuno estornudo me impide hacerlo.

Matisse sigue observándome con curiosidad. Hace gala de una buena dosis de paciencia cuando me sueno la nariz con una bonita servilleta de tela. Me encuentro demasiado mal como para andarme con remilgos. El ser humano es un noventa por ciento agua. Esta noche, yo soy un noventa por ciento mocos.

Un camarero aparece y tuerce el gesto cuando ve la guarrada que acabo de hacer con esa servilleta, cuyo destino más probable será el incinerador más cercano.

—Café —imploro.

El camarero desvía la mirada hacia Matisse, que da el visto bueno con un parpadeo. Cuando volvemos a estar solos, apoya los

codos sobre la mesa.

—¿Y bien?

—Han ido a por mí. Han intentado asesinarme.

Me observa con los ojos entornados. Después hace un gesto de desdeño, como si no le sorprendiera la revelación, aunque creo que lo hace para disimular su hartazgo. Sospecho que no estaba al corriente de que hubieran ordenado eliminarme.

Su siguiente pregunta va en consonancia con esta idea.

—¿Y qué esperaba, Mascarell?

—Usted me metió en esto.

Encaja la acusación y se pasa ambas manos por la calva. Frota con tanta fuerza que no me extrañaría que, en cualquier momento, le saliera un genio por las orejas, presto a concederle tres deseos. Sigue frotando hasta que queda claro que no va a suceder nada parecido.

—Yo no he tenido nada que ver con eso.

«Eso» es que dos tipos me hayan perseguido, tiroteado y obligado a lanzarme al Main. Lo suelta con tanta ligereza que tengo la impresión de que no termina de tomarme en serio, lo que me enfurece todavía más.

—Usted tiene la culpa —repito—. Me iba muy bien hasta que volvió a aparecer para complicarme la vida. Ahora estoy en el punto de mira del Gran Rojo, nada menos.

El camarero vuelve a aparecer y me planta delante una taza de café tan pequeña que parece de juguete. Estoy a punto de pedirle explicaciones, pero prefiero reservar energías. Matisse guarda silencio hasta que el camarero se marcha.

—No puedo hacer nada por usted.

No parece compungido en absoluto. El tono es más amenazante de otra cosa. Como si además tuviera que estarle agradecido por su consideración al no pegarme un tiro allí mismo. No está acostumbrado a que nadie se presente en su cuartel general y le increpe por sus decisiones.

Sin embargo, por inaudito que parezca, no me acobardo. Después de verme envuelto en una persecución con los hermanos Benetton, hay pocas cosas que puedan amedrentarme.

—Estoy seguro de que sí que puede hacer algo. Por ejemplo, pedir a sus amiguitos que se olviden de mí.

—No es tan fácil, Mascarell.

—Seguro que es, por lo menos, tan fácil como recurrir a mí para que le consiga esa puñetera pistola.

Juguetea con su taza, en busca de unos argumentos que no terminan de llegar.

No puedo pasar por alto que aún no haya saltado sobre la mesa para estrangularme ni haya llamado a sus gorilas para que me den una lección. Que un tipo como yo le importune en plena noche y además venga con exigencias no debe de ser algo habitual. Que además sea la segunda vez que irrumpo en sus dominios en el mismo día se suma a la lista de agravios que bastarían por sí solos para justificar mi ejecución. Eso me hace pensar que, de alguna manera, prefiere mantenerme con vida.

—Me encargó conseguir esa pistola y lo hice. Creo que le he dado motivos de sobra para confiar en mí. Voy a serle más útil vivo que muerto.

No es nada inteligente hipotecar mi futuro de esta manera. No le ofrecería mis servicios a este tipejo de tener otra salida, pero, si no consigo una oportunidad, esos matarifes me encontrarán y pondrán fin a mi existencia.

—Todos tenemos problemas, Mascarell. Y ya es usted mayorcito para cuidarse solo.

Lo dice sin mirarme, lo que resta credibilidad a la determinación que pretende fingir. Quiero pensar que en el fondo me aprecia y no le hace ninguna gracia que otros hayan ordenado hacerme desaparecer.

A pesar de todo, finjo que asumo las consecuencias de mis actos. Suspiro y estornudo de nuevo. Le doy un sorbo a mi café para tratar de entrar en calor.

—Dígame, al menos, quién es ese tipo. El barbas. Quiero saber quién ha ordenado mi muerte.

Esboza una sonrisa, aunque llamar así a ese gesto es un desmesurado derroche de optimismo. Se toma un momento para meditar la pregunta, antes de decidir que no le va a hacer ningún mal ponerme al día sobre esa cuestión.

—Se llama Nielsen.

—Nielsen…

Evoco el nombre como si me sonara de algo, aunque es la

primera vez en mi vida que lo escucho.

—¿Es un tipo importante, al menos? Me jodería mucho que después de tanto jaleo me liquidara un recadero o algo así.

Matisse me contempla durante varios segundos. Debe de estar preguntándose hasta qué punto le puede complicar la vida desvelarme unos asuntos que, a la vista está, son demasiado importantes como para ir compartiéndolos con cualquiera.

—No es un recadero, Mascarell.

Su expresión deja claro que no voy a sacarle mucho más que eso. Emplea un tono recio que implica tantas connotaciones como quiera darle.

—No le cae bien, ¿verdad?

Acompaño la pregunta con una sonrisa sarcástica a la que Matisse, puede que de forma involuntaria, responde con otra de su propia cosecha.

—Así funcionan los negocios, Mascarell. No tenemos que ser amigos para que esto funcione.

—Así que usted tampoco le cae bien a él.

Se encoge de hombros, «Qué le vamos a hacer». Asiento y tomo aire para formular la siguiente cuestión, la que supondrá la diferencia entre salir de Il Limoncello por mis propios medios o hacerlo en una bolsa para cadáveres.

—¿Qué cara pondría ese tal Nielsen si le oyera hablar así?

La sonrisa se congela en sus labios y su mirada se oscurece. Para ilustrar la pregunta, saco el móvil y le muestro la pantalla, en la que en este momento puede ver perfectamente su rostro, captado por la microcámara que llevo camuflada en un botón del abrigo. Esta vez, el lugar está lo suficientemente iluminado como para que la imagen se muestre con bastante nitidez. La ausencia de música u otros elementos sonoros hará que la grabación del sonido también sea óptima, aunque espero no tener que demostrarlo.

—Me apuesto lo que quiera a que no le hará ninguna gracia.

Antes de que llegue a terminar la frase, Matisse se incorpora, rodea la mesa y me agarra del cuello. Me estrella sin esfuerzo contra la pared y coloca su rostro a tan solo unos centímetros del mío.

—¿A qué se cree que está jugando, Mascarell? ¿Acaso no sabe quién soy?

Escupe al hablar. Me aprieta el pescuezo con tanta fuerza que apenas puedo decir nada. Aprovecho la escasa ración de oxígeno de la que dispongo para tratar de darle una explicación con un hilo de voz.

—La grabación… se guarda instantáneamente en la nube. Es una carpeta compartida con otra persona. Si me sucede algo, esa persona hará llegar el vídeo a Nielsen y también a la policía.

Matisse enseña los dientes y aprieta un poco más. Empiezo a pensar que me he equivocado al creer que podría amenazarle sin consecuencias. Este tipo no ha llegado hasta donde está siendo piadoso. La grabación me convierte de inmediato en su enemigo, en alguien a quien es preciso eliminar antes de que le cause problemas.

Cuando me suelta, casi no me lo puedo creer.

Caigo al suelo derrengado y trato de recuperar el resuello dando grandes bocanadas. Matisse se queda frente a mí y me observa desde las alturas. Se contiene para no propinarme un puntapié que mande mis dientes a la otra punta del reservado. En lugar de eso, me agarra del pelo y me obliga a ponerme en pie.

—Lárguese.

Me lanza a unos metros de un inesperado y violento tirón. Duele, pero tengo tanta fiebre y mal cuerpo que no me importa sufrir un poco más ante la perspectiva de verme lejos de este lugar. Antes de salir, tomo el teléfono de la mesa y lo guardo sin perder de vista a Matisse, que me observa sin decir palabra. Es un milagro que no trate de impedírmelo.

Una vez en la calle, echo a correr.

A pesar de la prótesis que sustituye mi pie derecho, consigo una velocidad bastante aceptable. Doy zancadas largas con la pierna buena y apenas un bote con la otra. Mientras me alejo, me pregunto si esta jugada bastará para que Matisse haga algunas llamadas y convenza a ese tal Nielsen de que me perdone la vida.

O puede que todo lo contrario.

Cuando me siento a salvo, saco el móvil y detengo la grabación. Utilizo un viejo teléfono que me ha prestado *Frau* Maud, con la pantalla tan llena de grietas que no me explico cómo puede seguir funcionando. El mío quedó inservible después del chapuzón en el río Main, con tanta agua en sus circuitos que murió sin remedio.

Reflexiono.

He amenazado al Gran Calvo. Mira que soy idiota.

Acabo de ganarme un nuevo enemigo. Uno de los grandes. Trato de quitarle importancia y me repito que no me han dejado alternativa. Tener a Matisse en contra es jodido, pero sería mucho peor terminar en el fondo del Main, haciendo compañía a Memet y a Jokic.

De la Fuente

—

De la Fuente contempla la ciudad que, extendida como una manta a sus pies, resplandece con osadía, como si quisiera robarle protagonismo al cielo nocturno. Los rascacielos se alzan a su alrededor, gallardos como entes con vida propia que pretendieran estirarse y tocar el firmamento, compitiendo por ver quién lo logra primero.

Es una historia curiosa, la de esos rascacielos. Durante varios años, la Maintower superó en altura al edificio del Commerzbank, auténtico símbolo de la ciudad, gracias a una vistosa antena de telecomunicaciones que la convirtió en el edificio más alto del distrito financiero de Frankfurt. En el Commerzbank no tardaron en colocar su propia antena para ganar unos metros de altura y así recuperar su hegemonía. A De la Fuente siempre le ha fascinado esa absurda pugna por ver quién la tiene más larga, tan infantil y masculina como inútil.

—Señora.

La voz de su ayudante la saca de sus pensamientos. El reflejo en la cristalera lo muestra en el umbral de su despacho. Sostiene una caja y tiene el rostro desencajado y la nariz arrugada, como si hubiera olisqueado algo en mal estado y ahora no pudiera desprenderse de ese hedor.

—Ha llegado algo.

Lo dice de una forma extraña, sorprendido por sus propias palabras. De la Fuente señala su escritorio con un golpe de barbilla y observa de nuevo el plano urbano y salvaje que tiene delante. Esta atalaya, situada en una de las vistosas torres que conforman el *skyline* de la ciudad, es un buen lugar desde el que disponer sus próximos movimientos y esperar los embates de sus enemigos, a quienes nada les gustaría más que verla caer.

—¿De qué se trata?

Su ayudante niega. Parece afectado, con una expresión a mitad de camino entre el horror y el asco. Como prueba de ello, deposita la caja sobre la mesa y da un paso atrás.

—Alguien dejó este paquete en la puerta, sin remitente ni dirección. Lo hemos abierto y… Bueno, más vale que lo vea usted misma.

De la Fuente ahoga un suspiro y acude junto a la mesa. Tras el escritorio, su padre observa la escena con su acostumbrado gesto impávido.

El retrato lleva mucho tiempo allí. Su padre lo aceptó en su día como parte del pago de un artista que se había endeudado con la organización. No es que el señor De la Fuente fuera un amante del arte, ni mucho menos, pero le pareció buena idea disponer de un retrato que diera solemnidad al despacho.

También tuvo en cuenta que las obras de arte solían revalorizarse cuando sus creadores morían.

De la Fuente observa la caja: de cartón, anodina y sin marcas que delaten su contenido. Su ayudante no es lo que se dice un tipo impresionable, lo que redunda en su curiosidad por saber qué es lo que puede haberle afectado tanto. Resuelta a acabar con el misterio, abre la caja sin ceremonia y echa un vistazo.

Encuentra una montaña de billetes de diez, de veinte y de cincuenta, apelotonados como si los hubieran dejado caer allí dentro a puñados. Ni siquiera se han molestado en ordenarlos.

Entre el dinero sobresalen, incongruentes como icebergs a la deriva, dos pares de manos cercenadas. Las de sus hombres, supone, cuya sangre mancha los billetes formando una especie de constelación colorida y grotesca.

No puede evitar una sonrisa que le nace desde muy adentro. La vieja Baobab, tan orgullosa y predecible. El mensaje está bastante claro: esto es lo que le espera a quien se atreva a meter las zarpas en sus negocios.

—¿Qué… qué quiere que hagamos?

De la Fuente cierra la caja y vuelve a encarar el retrato. Su padre le devuelve el gesto huraño que el artista supo captar con tanta fidelidad. Se toma unos instantes para meditar sus próximos movimientos, aunque la jugada de Baobab no tiene nada de

inesperada.

—Que limpien el dinero y lo cuenten —sentencia, sin dejar de observar el rostro del señor De la Fuente—. Y llame a Nielsen. Dígale que queremos hablar con él.

V. Imparables

Interrogatorio (4)

—

Nadie sabe a ciencia cierta cómo se enteró el señor Nielsen de que la persona que había hecho desaparecer a su hijo era nada menos que la vieja Baobab. Tampoco es posible saber con certeza lo que sucedió en aquel caserón, más allá de lo que cuentan unos y otros.

Lo que se rumorea es que el señor Nielsen fue a ver a esa bruja a los pocos días. Apostó a varios de sus hombres en el exterior y entró solo. Se expuso, confiando en que la anciana honraría su vieja amistad sin intentar nada contra él. Al fin y al cabo, eran más las cosas que los unían que las que los separaban.

Sin embargo, la muerte de su hijo no podía quedar impune. No había acuerdo ni tregua capaz de cambiar eso.

Cuentan que Baobab lo recibió sentada tras su mesa, con el semblante preocupado mientras devoraba un cigarrillo tras otro. Le invitó a tomar asiento frente a ella, en la misma silla en la que había muerto Junior.

Nielsen se acomodó allí, obediente. La preocupación por los días que llevaba sin ver a su hijo había carcomido su aspecto, certificada por una serie de nuevas arrugas donde antes no había nada y unas ojeras tan pronunciadas como si llevara una semana sin dormir, que era exactamente el tiempo que Junior llevaba desaparecido.

Se midieron en silencio unos minutos, hasta que Baobab encontró la entereza suficiente para formular la pregunta que había llevado a aquel hombre ante su puerta.

—¿Sabes algo de Junior?

Nielsen la observó durante varios segundos sin decir nada. Después se volvió hacia la figura del perro disecado que se alzaba en un rincón, como si en su mirada muerta se hallaran las respuestas a todos sus interrogantes. Transcurrido ese lapso, asintió muy despacio.

Baobab notó que se le secaba la boca de golpe y lamentó el instante en el que había dejado entrar a aquel hombre en su cabaña y en su vida.

Entonces oyeron los disparos.

Procedían del exterior. Los hijos de Baobab habían acudido a toda velocidad al saber que Nielsen se había dejado caer por allí. Sin embargo, este ya había previsto que sucedería algo así. Por eso había apostado a una docena de hombres alrededor del chalet, a la espera de que el clan de los Popescu hiciera acto de presencia.

Ella le había arrebatado su descendencia. Ahora él aniquilaría la suya.

Baobab concluyó todo esto nada más escuchar los primeros disparos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Con unos reflejos impropios de alguien de su edad, Nielsen agarró la mesa y la lanzó por los aires. Al hacerlo, el disparo de la escopeta se perdió por encima de su cabeza, errando el objetivo por solo unos centímetros.

Cuentan que agarró a Baobab del cuello y la sacó de la choza a rastras. Desde el umbral, la obligó a contemplar cómo Dibaba, Yaki y Tina caían uno tras otro. Sus hombres tenían órdenes de no dejar a nadie con vida. Eso serviría de lección y escarmiento.

Baobab gritó y trató de revolverse, pero Nielsen la obligó a arrodillarse y a seguir mirando. Le susurró al oído palabras de rabia y rencor. Cuando se aseguró de que había visto al último de sus hijos caer, le retorció el cuello con sus propias manos.

Después se marchó. Puso rumbo a su cuartel general mientras sus hombres introducían los cadáveres del clan de los Popescu en el caserón y le prendían fuego.

Dicen que las llamaradas que devoraron la casa de la vieja Baobab pudieron verse desde varios kilómetros de distancia, alimentadas por los ungüentos inflamables que la bruja guardaba allí. También que Nielsen, derrotado y cansado como nunca antes lo había estado, lloró durante todo el trayecto por la muerte de una de las pocas personas en las que había creído poder confiar.

Fin del interrogatorio.

De la Fuente, Ngoye y Nielsen

—

La muerte de Baobab resulta previsible y liberadora.

Cuando De la Fuente llega a la oficina de Nielsen, Ngoye ya anda por allí. Ambos hombres se dan la espalda, de manera literal y metafórica. El africano finge interesarse por un cuadro que muestra una fotografía aérea del puerto de Barcelona mientras, al otro lado de la sala, Nielsen mira a través de un ventanal que da a la terminal de contenedores.

—Caballeros.

Ngoye le devuelve el saludo. En cambio, Nielsen hace como si no la hubiera oído.

De la Fuente da un par de pasos para no quedarse junto a la puerta. Termina en un lugar que calcula a la misma distancia de ambos hombres, conformando un cómodo triángulo isósceles en el que ella ostenta un lugar de privilegio.

—Es el momento de dar un paso al frente.

Ngoye asiente, entusiasmado por la idea. A De la Fuente le recuerda a un perro al que le han prometido un paseo.

—Los Días Felices son nuestros. Si jugamos bien nuestras cartas, se convertirá en un negocio muy rentable. En esta nueva etapa deben imperar la discreción y el sigilo, para que no se nos vaya de las manos ni termine llamando la atención de las autoridades.

El africano será un elemento clave en el desarrollo y expansión de Los Días Felices. Baobab y los Popescu se han dedicado a explotar durante años un modelo de negocio caduco, con serias dificultades para encontrar luchadores que garantizaran un buen espectáculo y, por lo tanto, para atraer nuevo público. A partir de hoy, los envíos periódicos de Ngoye garantizarán una nueva vida para Los Días Felices gracias a un flujo continuo de luchadores procedentes de África que les permitirán aumentar el número y la

frecuencia de las peleas. Podrán dividir el desguace en diferentes zonas de combate, establecer categorías y, en definitiva, construir una oferta lo suficientemente atractiva como para captar a nuevos espectadores que hagan florecer el negocio como en sus mejores tiempos.

—Eso está hecho —tercia Ngoye—. He alquilado una nueva nave cerca de Oberursel y la he llenado de…

De la Fuente lo obliga a callar mostrándole una mano. No hace nada por disimular una mueca de disgusto que le sale desde muy adentro. Ngoye parece convencido de que la mejor manera de demostrar su solvencia es enumerar todo lo que hace, sin importarle a qué oídos pueda llegar esa información. El africano se da cuenta de su incomodidad y detiene su explicación.

—Os ocupareis de todo —ordena De la Fuente.

—No.

La negativa de Nielsen sobresalta al africano, que lo mira primero a él y después a De la Fuente, para comprobar su reacción ante semejante atrevimiento.

—El negrito puede echar una mano. Mientras cumpla con su parte, no habrá problemas.

Nielsen habla sin mirar a ninguno de los dos. No necesita hacerlo para que sus intenciones resulten evidentes: no habrá una asociación horizontal con Ngoye para controlar Los Días Felices. Lo hará solo, con intervenciones puntuales del africano para suministrarles luchadores y poco más.

Ngoye se da cuenta de que está a punto de verse excluido del trato. El papel que Nielsen le reserva no va más allá del de un simple proveedor, así que interviene.

—Escuche, viejo: si piensa que me voy a convertir en su lacayo, está muy equivocado.

De la Fuente está a punto de llamarle la atención por el tono y el vocabulario empleados, pero decide no hacerlo. El africano tiene motivos para estar enfadado. Lo mínimo que puede hacer por él es dejar que se desahogue.

Nielsen se da la vuelta muy despacio. Ni siquiera mira a Ngoye, cuyo rostro se crispa al verse ninguneado por segunda vez.

—Me ocuparé de todo.

El semblante serio y el tono seguro no dejan el menor espacio

para la negociación. De la Fuente se da cuenta y piensa en la mejor manera de proceder. Hacía mucho que no veía a Nielsen tan seguro de nada. Había esperado encontrarlo mucho más afectado por el asesinato de su hijo a manos de Baobab y la posterior ejecución de esta, pero nada más lejos de la realidad. Parece un hombre nuevo, como si hubiera rejuvenecido un puñado de años de golpe, recuperando la ambición y el aplomo que lo habían permitido llegar a ser uno de los individuos más temidos y respetados de Hessen.

Ngoye mueve la cabeza de un lado a otro, sin dar crédito.

—Maldita sea.

No dice más. Se conforma con soltar esa maldición y contemplar a De la Fuente, buscando en ella una sensatez a la altura de lo que cree merecer. Espera su dictamen con una mueca desafiante en los labios.

Nielsen continúa impertérrito. Al cabo de varios segundos se gira de nuevo hacia la ventana, como si no necesitara oír el veredicto. De la Fuente ya esperaba sus reticencias a colaborar con el africano, habida cuenta de que este ha sido el último en llegar. Darle una participación mayor en Los Días Felices sería un insulto hacia el propio Nielsen, la constatación de los rumores que circulaban por todo Frankfurt: que se había quedado atrás y sus facultades habían mermado demasiado durante los últimos años como para seguir ocupando un puesto de responsabilidad.

Los Días Felices era su ballena blanca. No en vano había sido él quien había acabado con los Popescu, perdiendo a su hijo en el proceso. Se había ganado el derecho a ocupar aquel trono.

Ngoye pone cara de catástrofe. No se explica lo que acaba de suceder. No puede creer que primero le acerquen ese caramelo a los labios y después se lo retiren sin la menor consideración.

—Si creen que voy a…

Lo deja ahí, porque los argumentos huyen despavoridos antes de llegar a materializarse. De la Fuente le da la espalda y sale de la oficina.

El africano se queda a solas con Nielsen, que sigue mirando por la ventana como si su presencia allí no le importase lo más mínimo.

No tiene la menor duda de que así es.

A Ngoye le hierve la sangre. Está tentado de llamar a sus hombres para que vengan con sus machetes y despedacen a este

tipo, pero se impone la cordura. Sabe que, por mucho que le joda, no va a tener más remedio que respetar los deseos de estos dos, aunque eso implique verse excluido de la toma de decisiones.

Se obliga a bajar la cabeza. No en vano, y a pesar de este revés, acaba de cerrar uno de los tratos más ventajosos de toda su vida. Si las cosas van bien, no tardará en verse nadando en un mar de billetes gracias al hombre que lo ignora desde el otro lado de la oficina. ¿Y qué, si no quiere compartir el trono? No lo necesita para maximizar sus beneficios. Además, si demuestra su solvencia, puede que más adelante decidan darle una oportunidad y ponerlo al frente de alguna otra sucursal de Los Días Felices. Expandir el negocio más allá de Hessen es una idea formidable, aunque inalcanzable, al menos por el momento. Pero en el futuro podrían cambiar muchas cosas.

Por ahora, toca callar y obedecer.

Ya llegará su momento.

Principios

—

Paso varios días con fiebre y sin salir de la cama.

Mi alimentación se reduce a sopas calientes, paracetamoles e ibuprofenos en la misma proporción. Llega un momento en el que pierdo la noción del tiempo y soy incapaz de saber en qué día vivo.

Duermo la mayor parte del tiempo y despierto siempre sobresaltado y sudoroso. Temo que en cualquier momento aparezcan los hermanos Benetton para terminar el trabajo. Que no lo hagan no hace sino prolongar mi agonía.

Frau Maud se ofrece a llamar a un médico, pero insisto en que no lo necesito. Solo tengo que descansar hasta que me recupere. Mi aspecto es demasiado lamentable como para que me tome en serio, pero, contra todo pronóstico, me hace caso. Se vuelca en mis cuidados con una devoción que me hace pensar en una madre atenta. Me alimenta, me ayuda a ir al baño y me trae ropa limpia cada vez que despierto empapado en sudor.

Al tercer día, resucito.

En realidad, no sé cuánto tiempo he pasado postrado. Abro los ojos cuando oigo el timbre. Por primera vez en varios días, despierto sin temblores. Es una agradable sorpresa estar en mi cama y no en una caja de pino, que es donde he imaginado varias veces que iba a acabar mi convalecencia.

Cuando el timbre suena de nuevo me pregunto dónde estará *Frau* Maud. Supongo que habrá salido a hacer algún recado. La posibilidad de que se trate de los hombres de Nielsen, que vienen a interesarse por mi salud, es un motivo de peso para no acudir a abrir, aunque me cuesta creer que se trate de ellos. Esa gente no llama al timbre como las personas civilizadas. Si quisieran entrar, echarían la puerta abajo.

Por eso, me incorporo y me coloco la prótesis. Me tomo más tiempo del que necesito, con la esperanza de que baste para que esta inesperada visita se canse de esperar y se largue. El timbre desbarata mis esperanzas y, tras abrochar la última correa, me pongo en pie con lentitud.

—¡Ya voy!

Camino despacio. Estoy tan débil que tengo que apoyarme en la pared a cada paso para no caer. Debo de haber perdido un buen puñado de kilos, ya que el pijama me queda mucho más holgado que antes.

Cuando abro la puerta, veo una aparición celestial.

Es una chica joven, hermosa y sonriente. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que se trata de un ángel que ha venido a llevarme con ella. Lleva un vestido corto que parece ondear a su alrededor, merced a un soplo de viento que no sé de dónde sale, aunque es probable que solo lo esté imaginando.

—Hola, papi.

Imprime a su voz un delicioso tono caribeño. Me mira de arriba abajo y trata de fingir que le gusta lo que está viendo, pero el gesto se le tuerce de forma irremediable. No esperaba encontrarse ante un tipo febril, en pijama y con pinta de haber salido del fondo de un pozo. Su mirada se detiene algo más de la cuenta en la prótesis que sustituye mi pie derecho.

—Esto… Hola.

Varias imágenes acuden a mi cabeza de golpe, lo que me hace recordar quién es esta chica y qué ha venido a buscar aquí. ¿Ya es jueves? Evoco el compromiso adquirido con su padre, el señor Redondo, para descubrir en qué andaba su hija y enviarle pruebas que certificasen mis conjeturas.

No estoy preparado para esto. La microcámara debe de yacer debajo de un montón de ropa sucia. Además, no dispongo de efectivo con el que pagar el baile privado que había acordado con esta chica. La he hecho venir para nada.

—¿No te habrás olvidado de mí?

Emplea un tono meloso que no logra enmascarar del todo su desconfianza. Nada me apetece menos que enfrentarme a este asunto, pero me recuerdo que necesito la pasta y que tengo una responsabilidad con mi cliente. No puedo obviar este encargo sin

más.

—No es eso, Antonia. Es solo que…

Caigo en la cuenta de que he empleado su verdadero nombre demasiado tarde como para recular. Me planteo seguir como si nada, con la esperanza de que no se haya dado cuenta del patinazo, pero me detiene con un grito.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

El acento caribeño se ha evaporado. Sus facciones se endurecen y puedo imaginar la sucesión de ideas que pasa por su cabeza: soy un acosador que la ha seguido, sabe dónde vive y además conoce su nombre real. Pretendo cortejarla, o violarla, o despedazarla. O puede que las tres cosas. Retrocede un par de pasos y me apresuro a buscar alguna excusa.

—Me dijiste tu nombre en el club. ¿No lo recuerdas?

Es inútil. Los dos sabemos que eso no es verdad. Trato de parecer dócil e inofensivo, pero no ayuda que tenga el aspecto de alguien que acaba de llegar de una misión suicida en Beirut.

—Aléjate de mí, tío, o llamaré a la policía.

—Pero Cielo, escúchame…

Insisto por principios. No espero que vaya a darme la oportunidad de explicarme.

Es un alivio cuando me da la espalda y se marcha, haciendo repicar sus pasos contra el suelo de linóleo con furia. Es mejor así. Estoy demasiado hecho polvo como para mantener esta conversación. Solo me queda esperar a coincidir con ella de nuevo para tratar de convencerla de que mis intenciones son honorables, aunque sospecho que, si vuelve a verme aparecer por el club, me echará a los del servicio de seguridad encima.

No puedo hacer mucho más por el momento, de modo que vuelvo a la cama.

Capuchas

—

—No corras tanto.

Abdel no respondió y Ayla temió que el aparatoso casco no le hubiera permitido escucharla, pero redujo la velocidad y tomó la siguiente curva con más suavidad.

Era agradable ir en moto. Tenía la sensación de que, a medida que se alejaba del barrio, sus preocupaciones se iban quedando atrás. Allá no podían alcanzarla, pero la ilusión no duraba demasiado: era dolorosamente consciente de que sus problemas la estarían esperando cuando regresara.

Era también la primera vez que salía después de varios días atrincherada en su domicilio. Cuando Mascarell la llevó a casa e insistió en subir con ella, esperaba encontrar allí el cadáver de ese tal Garmendia, pero, por suerte, Matisse había cumplido su parte. El cuerpo del gigante no estaba, aunque la estampa no resultaba precisamente apacible. Los restos de sangre y los muebles volcados y rotos que atestaban el salón certificaban a gritos lo que había sucedido.

—¿Estaréis bien? —preguntó el detective.

En lugar de responder, Ayla llevó a su padre al dormitorio, lo acostó y se abrazó a él. Lo notó alterado, como si de alguna manera hubiera percibido que las cosas no iban como debían. Maldijo entre dientes a Tia por haber provocado aquella situación y siguió abrazándolo hasta que su respiración se normalizó y la tensión abandonó sus músculos de forma gradual.

Despertó con un sobresalto, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado a parar allí. Los ronquidos acompasados de su padre la trajeron de vuelta a la realidad. Ignoraba cuánto tiempo había pasado dormida, pero esperaba que no hubiera sido demasiado.

Dejó a su padre en la cama y regresó al salón. No había ni rastro

de Mascarell, pero tampoco de las manchas de sangre ni del desorden anterior. El detective se había preocupado de limpiar y ordenarlo todo antes de marcharse. Ayla agradeció el detalle, aunque en su interior lamentó saberse en deuda con él. No le había pedido ayuda ni creía necesitarla.

Después fue al cuarto de Samir.

La habitación olía a Tia. La cama estaba deshecha y su pequeña maleta permanecía en un rincón. La aparente normalidad de la estancia contrastaba con los acontecimientos de las últimas horas. Ayla se preguntó si de verdad estarían a salvo o si Matisse volvería a enviar a Garmendia o a otro de sus hombres a por ella.

No podía relajarse.

Por eso, había pasado varios días sin salir de casa, montando guardia en previsión de que alguien fuera a buscarla. La ausencia de noticias la llevó a pensar que tal vez fuera verdad que estaba a salvo. Tia tampoco se había dejado caer por el piso, lo que resultaba todavía más extraño, dado que tenía su maleta allí. ¿Le habría pasado algo? No tenía manera de saberlo, pero tampoco quiso concederle un lugar prioritario entre sus preocupaciones. Tenía demasiadas ganas de perderla de vista como para que la posibilidad de que tuviera problemas la inquietara. Ya había demostrado que sabía cuidarse sola. De volver a verla, tal vez no podría contenerse y terminaría lanzándole a la cara las acusaciones que llevaba rumiando toda la semana.

Abdel redujo la velocidad al llegar a Fechenheim. Había prometido llevarla a un local que le habían recomendado y en el que, al parecer, hacían las mejores pizzas de Frankfurt. Ayla había aducido que no tenía dinero, pero Abdel insistió y se ofreció a pagar el almuerzo. Estuvo a punto de negarse por segunda vez, pero llevaba demasiado tiempo encerrada en casa como para que la perspectiva de pasar la tarde con su amigo no la empujase a dejar de lado sus reticencias y marchar adonde quiera que se ofreciera a llevarla.

Y allí estaban, en el aparcamiento exterior de una pizzería de aspecto cutre situada entre un supermercado Rewe y una tienda de flores. Mientras Abdel colocaba el candado a la escúter, Ayla miró a su alrededor con aprensión.

—¿Seguro que es un buen sitio?

—Eso me han dicho. ¿Lo comprobamos?

Entraron y se sentaron en una mesa al fondo del local. Pizza carbonara para ella y tropical para él. De beber, agua para los dos.

Mientras comían, Ayla notó como sus problemas, si no se evaporaban, al menos se apartaban ligeramente para permitirle disfrutar de la compañía y la conversación. Parecía hacer mil años desde la última vez que salió con Abdel y le sorprendió descubrir cuánto lo había echado de menos.

—Oí lo que le pasó a tu bicicleta. Martin es un capullo.

—¿Sigues trabajando para él?

Abdel miró para otro lado. Ayla no podía creer que su amigo siguiera trapicheando para el desgraciado de Martin. Ya no era ningún crío. Si lo pillaban, lo más probable era que pasara una buena temporada en la cárcel, frustrando así cualquier aspiración de futuro. ¿Y todo para qué? ¿Para pagarse unas Adidas, una escúter y unas pizzas? ¿Tan poco valoraba su libertad?

—Puedo prestarte mi bici. Apenas la uso desde que tengo la moto.

Ayla meditó el ofrecimiento. La primera respuesta que se le ocurrió fue decir que no, que ya se buscaría la vida, pero la oferta resultaba demasiado tentadora como para rechazarla con tanta ligereza. Un trabajo era justo lo que necesitaba para volver a encauzar su vida. Puede que el señor Suleyman no quisiera volver a contratarla, pero en Frankfurt sobraban empleos para los repartidores con ganas de trabajar y dispuestos a hacerlo en negro y por algo menos del salario mínimo.

Además, empezaba a pensar que no era tan mala idea dejarse ayudar. No estaba sola, en realidad. Había gente que se preocupaba por ella. Abdel, por ejemplo, seguía brindándole su amistad incondicional; Mascarell se había molestado en limpiar los desperfectos del salón sin que nadie se lo pidiera; su vecina, la señora Meyer, les ayudaba sin esperar nada a cambio. De hecho, cuando hacía un rato le había preguntado si podía quedarse con su padre en su ausencia, la anciana no solo había aceptado sin protestar, sino que había tenido la cautela de no preguntarle por Tia ni por el tiempo que llevaba sin saber de ellos.

El cometido de los amigos es estar, reflexionó. Simplemente estar.

Se sintió invadida por una oleada de gratitud. Hacía mucho que no se sentía tan afortunada. Estaba a punto de decírselo a Abdel, pero entonces notó que algo no iba como debía.

Su amigo miraba algo situado justo detrás de ella con la frente arrugada y los labios apretados en una fina línea. Ayla se preguntó qué diantres sucedía y miró a su espalda con disimulo.

En otra mesa, cerca de la entrada, había cuatro personas.

No se habían quitado los chaquetones y llevaban las capuchas puestas, como si tuvieran frío o quisieran mantener el anonimato. A Ayla le bastó un breve vistazo para decantarse por la segunda opción. Debían de haber llegado después de ellos; de haber estado antes, no habría pasado por alto su presencia.

Miró a su amigo, que no apartaba la vista de esos cuatro, y siguió observándole hasta que sus miradas se encontraron.

—Llevan ahí un rato —susurró—. Y no dejan de mirar hacia acá.

—¿Y por qué diablos no me lo has dicho antes?

Abdel se encogió de hombros y Ayla maldijo en voz baja su mala suerte. Se había confiado. Había creído que no iban a ir a por ella y los había puesto a ambos en peligro. Si le sucedía algo a Abdel por su culpa nunca se lo perdonaría. Por eso, se metió la mano en el bolsillo y acarició las cachas de su navaja mientras pensaba en la mejor manera de proceder.

El grupo se interponía entre ellos y la salida, por lo que iba a ser imposible alcanzarla sin pasar por su lado. No había ninguna otra puerta, aparte de un pequeño pasillo que daba a los cuartos de baño. La ausencia de opciones la obligó a tomar una decisión.

—Ve al baño.

—No voy a dejarte sola.

—No seas idiota, Abdel. Vienen a por mí, no a por ti.

Abdel armó un gesto de extrañeza. Antes de que tuviera oportunidad de obedecer, protestar o preguntarle de qué diablos estaba hablando, Ayla detectó a través de su visión periférica cómo esos cuatro se ponían en pie al unísono.

Cuando comenzaron a acercarse, se giró completamente para encararlos. No pensaba dejar que la sorprendieran por la espalda. Uno de aquellos tipos iba en cabeza, probablemente el líder del grupo. La capucha no le permitió ver su rostro, pero creyó atisbar entre las sombras una sonrisa y un piercing en el labio inferior.

—¿Ayla?

Le sorprendió que conociera su nombre. También que su tono no fuera amenazador ni desafiante, sino más bien curioso. Cuando retiró la capucha y dejó su rostro a la vista, Ayla relajó al fin la mano con la que sujetaba la navaja dentro del bolsillo y dejó escapar un suspiro que no hizo nada por reprimir.

—Hola, Kasya.

Fantasías

—

Esa misma tarde vuelvo a salir.

Ya no tengo fiebre, aunque me encuentro tan cansado y débil como si viniera de correr una maratón. Mi sentido común me impele a quedarme en casa, donde estaré a salvo de los tipos que han intentado matarme, pero llevo tantos días varado en mi cama que me volveré loco si permanezco aquí un solo minuto más.

Entre las obligaciones que me están esperando se encuentra la de ir al club en el que trabaja esa chica, Cielo, y tratar de convencerla de que soy inofensivo. Sé que no le va a hacer ninguna gracia verme de nuevo y que sería más oportuno dejar pasar un tiempo, al menos hasta que se olvide de mí o se le pase el enfado, pero no puedo demorarlo mucho más. El señor Redondo me llamará en cualquier momento para comprobar si ha habido avances en la investigación.

Por eso, decido que hoy es un día tan bueno como cualquier otro para regresar a la acción y retomar mi vida justo donde la dejé antes de que esa maldita pulmonía estuviera a punto de acabar conmigo.

Salgo del edificio y miro a un lado y a otro con precaución, a la manera de un cervatillo en busca de depredadores. La cotidianidad me golpea con saña. La vida en Frankfurt continúa, ajena a mis problemas. No hay matones en las inmediaciones ni ningún Škoda oscuro que no debiera estar ahí.

El único elemento discordante en la estampa urbana que me rodea es un tipo que permanece sentado en un portal cercano. Tiene las mejillas hundidas por una delgadez extrema, lleva ropa que deben de haberle suministrado en alguna parroquia y devora un bocadillo del tamaño de un submarino. Diría que tiene aún peor aspecto que yo, pero no me atrevo a ser tan presuntuoso.

Al verme, se pone en pie y se acerca. No se molesta en que parezca que no me estaba esperando. Desconfío, pero me cuesta tomármelo como una amenaza. Está tan escuálido que la más mínima brisa podría derribarlo. Creo que incluso en mi estado actual podría con él. Cada vez que da un mordisco a su bocadillo, su mejilla se hincha como si tuviera una pelota de tenis ahí dentro.

—¿Es usted Mascarell?

Lo pregunta sin dejar de masticar ni de tragar, demasiado hambriento como para contenerse por mi presencia. Que sepa mi nombre, lejos de relajarme, me lleva a mirar a mi alrededor, por si este tipo es solo el preámbulo de una turba mayor que patrulla las inmediaciones del piso de *Frau* Maud con órdenes de hacerme picadillo en cuanto me vea aparecer.

Creo que está solo. Vacilo antes de responder.

—¿Quién lo pregunta?

Se cambia el bocadillo de mano, se limpia la palma contra el pantalón y me la tiende.

—Me llamo Ramsés.

Estrecho esa mano con aprensión. Es como estrechar un puñado de clavos, delgados y duros. Cuando recupera su extremidad, vuelve a asir el bocadillo y le da un mordisco feroz. Me recuerda a Saturno devorando a su hijo.

—Necesito su ayuda —dice.

Mi subconsciente me exige a gritos que me aleje de este individuo. No tengo ni idea de quién es ni de qué puede haberlo llevado a merodear por el piso de *Frau* Maud. La posibilidad de que se trate de una trampa es obvia, aunque me cuesta tomármela en serio. Parece inofensivo, más preocupado de su bocadillo que de cualquier otra cosa. Si hubieran querido enviar a alguien para eliminarme, dudo que se hubieran decidido por este tipo. Podría vencerlo hasta con una sola pierna.

—Lo siento, pero estoy de vacaciones.

Le doy la espalda y comienzo a alejarme. El tal Ramsés no se amilana y se coloca a mi lado, presto a acompañarme dondequiera que vaya.

—Se trata de mi amigo. Tiene problemas.

Lo ignoro, pero parece darle lo mismo y sigue desgranando el motivo por el que precisa mis servicios.

—No habla, ¿sabe? Creo que por eso no puede contarme lo que le pasa.

—Muy inteligente. Deberías aprender de él.

No entra al trapo. En lugar de eso, pega un par de mordiscos al bocadillo y lo reduce al tamaño de una nuez.

—Venga y se lo presento. Está aquí mismo, en Leipziger Straße…

—Que me dejes en paz, tío.

—… Cada mañana, una furgoneta viene y lo deja allí, y más tarde…

No oigo más. La similitud entre lo que me está contando y lo que hace unos días me reveló Jokic es demasiado evidente como para no verla.

—… Y claro, no habla, pero es un tío legal. No protesta ni se queja por nada.

—¿Y por qué piensas que tiene problemas?

—Hace unos días llegó con un moratón en la frente —dice—. En otra ocasión, tenía marcas de arañazos en el costado, aquí.

Se levanta la sudadera para mostrarme el lugar exacto. Al hacerlo, deja a la vista un puñado de vértebras tan pronunciadas como las barras de un tendedero. Su delgadez es extrema.

—Le pregunté quién le había hecho eso, pero no sé si le he comentado que no habla.

Asiento y miro a mi espalda con disimulo. Temo ser víctima de una cámara oculta o algo así.

—Vamos a ver, Ramsés. ¿Por qué acudes a mí? ¿Quién te envía?

Se mete el último trozo de bocata en la boca. Esta vez espera a tragar antes de darme una respuesta.

—Una mujer vino a verme. Me dijo que acudiera a usted. Que sabría qué hacer.

—¿Qué mujer? ¿Cómo se llama? ¿De qué la conoces?

—De nada, en realidad. Ni siquiera me dijo su nombre. Solo me dijo que usted vive aquí y que en cuanto le viera aparecer le contratara para ayudarme.

Al decir esto abre mucho los ojos, como si acabara de caer en la cuenta de algo. Se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón y me pongo en guardia ante la posibilidad de que saque un machete, una cachiporra o un

AK-47,
pero lo único que extrae de allí es un sobre arrugado.

—Me dio esto para usted.

Hace amago de dármelo, pero se arrepiente y, en lugar de eso, lo abre, saca un par de billetes y se los guarda.

—Tengo hambre —se justifica mientras me tiende el sobre, aligerado del peso de los dos billetazos que acaba de escamotear.

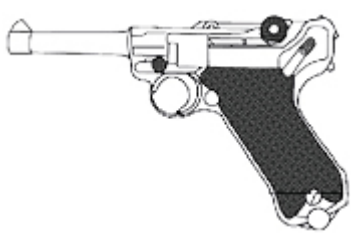
Desconfío. No es normal que me caiga un encargo así, de la nada, y me pregunto quién será la mujer que le ha hablado de mí. No puedo evitar acordarme de Tia. ¿Qué interés puede tener ella en que ayude a este tipo?

Lo más sensato sería largarme ahora mismo. Rechazar el dinero y el encargo y seguir con mi vida. Si vuelvo a enredarme con Tia y, por ende, con el Gran Rojo, estaré jugándomela otra vez de manera innecesaria.

Sin embargo, una parte de mí se resiste a conformarse. No ya por la falta que me hace la pasta, que también, sino porque el confuso relato de este tipo ha conseguido avivar mi curiosidad. Además, todavía no he llegado a dilucidar si estoy a salvo o si los hombres de Nielsen siguen tras mi pista, esperando el mejor momento para hacerme desaparecer.

Por eso, acepto el sobre y me lo guardo sin mirarlo ni molestarme en contar el dinero.

—De acuerdo, Ramsés. Vamos a ver a tu amigo.



El amigo de Ramses resulta ser un individuo de raza negra sin brazos ni piernas. Debajo del tronco emergen dos pies tan pequeños y rechonchos como los de un recién nacido y de sus hombros afloran dos manos incongruentes y grotescas, con los dedos tan cortos como pequeños escarabajos que se retuercen sin sentido.

Es una visión desagradable. La mayoría de los viandantes pasan frente a él sin detenerse, pero son muchos los que dejan caer unas monedas y algún que otro billete en el vaso de McDonald's que tiene delante.

—Hola, Hoffman. Este es el tipo del que te hablé.

El tal Hoffman no se da por enterado. Mira al frente con los ojos medio cerrados y el rostro alucinado de quien tiene la cabeza a muchos kilómetros de allí. Ramsés lo excusa con un encogimiento de hombros.

—Ya le he dicho que no habla.

Ni habla ni se da cuenta de nada, me parece. Estoy a punto de preguntarle cómo sabe que se llama Hoffman, pero entonces me doy cuenta de que nos encontramos frente a una tienda de fotografía que tiene ese mismo nombre. A falta de otra referencia, Ramsés debe de haberlo bautizado así por comodidad.

—¿De qué os conocéis?

—Yo antes me dejaba caer por esta calle, pero, desde que esos tipos dejan a Hoffman aquí cada mañana, todas las limosnas van para él, así que he tenido que buscarme otro sitio. Tampoco me molesta, ¿sabe? Creo que él lo necesita más que yo.

Tanta generosidad me conmueve. Ramsés no deja de echar ojeadas ocasionales a su espalda, donde hay una panadería que expone deliciosos bocadillos en el escaparate. Parece a punto de ponerse a salivar.

Observo de nuevo al mendigo que, frente a mí, ve la vida pasar ante un vaso de cartón a rebosar de billetes. La situación es tan sórdida que estoy tentado de dar media vuelta y salir corriendo.

—Veré lo que puedo hacer —digo, en cambio.

Ramsés ni siquiera me escucha. Sigue observando con fervor el escaparate lleno de comida. Sus mandíbulas suben y bajan de manera inconsciente, puede que imaginando ya que tiene alguno de esos manjares al alcance de la mano.

Le doy la espalda y me alejo, dejándolo a solas con sus fantasías.

Dinero

—

Kasya separó una silla de la mesa y tomó asiento junto a Ayla. Los tipos que la acompañaban se quedaron detrás de ella, como guardaespaldas que quisieran asegurarse de que nadie las molestaba.

—¿Qué te ha traído a Fechenheim?

—Me dijeron que aquí hacían las mejores pizzas de Frankfurt.

—Un poco exagerado, ¿no te parece?

—No está tan mal.

La polaca le dio la razón con una sonrisa que flaqueó cuando miró al otro lado de la mesa.

—Él es Abdel.

Este saludó con un asentimiento, pero Kasya se limitó a contemplarlo en silencio. Tras un instante, pareció olvidarse de él y volvió a centrar su atención en Ayla.

—¿Cuándo vas a venir por Hanau a entrenar?

Acompañó el ofrecimiento con un guiño. Antes de que pudiera responder, Ayla percibió cómo Abdel negaba por bajo, molesto al verse excluido de la conversación de esa manera.

—No lo sé. Puede que la semana que viene.

Kasya hizo un gesto de fastidio, como si odiara conformarse con eso.

—Será divertido.

Ayla creyó que sí, que lo sería. La perspectiva de volver a ponerse los guantes le resultaba demasiado tentadora como para no entusiasmarse ante la idea.

—¿Cuándo volverás a pelear?

—Esta noche —dijo uno de sus acompañantes.

Kasya observó a su amigo con los labios apretados, molesta por su intervención. A Ayla le resultó extraño que reaccionara de esa

manera, como si hubiera preferido mantener esa velada en secreto.

—¿Dónde? Podríamos ir a verte —dijo, tratando de incluir de nuevo a Abdel en la ecuación.

Kasya negó. Su rostro había adquirido de forma súbita una gravedad que antes no estaba allí y Ayla se preguntó qué había cambiado y por qué se resistía a contarle aquello.

La polaca se puso en pie antes de que llegara a encontrar una respuesta.

—Me ha encantado verte, Ayla.

No había alegría en sus palabras, como si no fuera más que un aburrido trámite. Sin más, el grupo entero les dio la espalda y se dirigió hacia la salida. Uno de ellos se tomó un momento para coger varias cajas de pizza que les habían dejado sobre el mostrador.

Ayla observó la partida sin terminar de explicarse el motivo por el que la conversación había terminado de una manera tan abrupta. Kasya y sus amigos salieron de la pizzería y volvieron a calarse las capuchas, como si quisieran confundirse en el entorno urbano que los rodeaba.

—Qué colgada, ¿eh? —dijo Abdel.

Ayla no le prestó atención, concentrada en observar al grupo a través de la cristalera mientras en su cabeza iba despejando posibilidades. Finalmente se quedó con la más desafortunada de todas, que era, al mismo tiempo, la única que daba algo de sentido a lo que acababa de suceder.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, ella también salió y se dirigió a Kasya antes de que subiera al asiento trasero de un viejo Audi.

—¿Vas a pelear en Los Días Felices?

La polaca tardó un par de segundos en volverse, con una sonrisa escuálida bailándole en los labios.

—Ayla…

—¿Sí o no?

Como no respondió, Ayla miró uno por uno los rostros embozados del resto de la pandilla. Halló en ellos la confirmación de sus peores temores y volvió a contemplar a Kasya con los ojos muy abiertos.

—Es una locura. ¿Por qué lo haces?

No dijo nada, pero Ayla insistió.

—Conozco a un chico que peleó allí la semana pasada y terminó en la UCI. Lo pusieron a pelear contra un tipo que lo doblaba en tamaño. ¿Es que quieres que te pase lo mismo?

Eso hizo reaccionar a Kasya al fin. Movió la cabeza a un lado y a otro y dio un paso en su dirección.

—Gracias por los ánimos, Ayla, pero no va a pasar nada de eso.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que esos desgraciados no van a hacer lo mismo contigo?

—Me lo han prometido, ¿vale? Ahora Los Días Felices lo llevan otros tíos y me han asegurado que son legales.

—Y pagan bien —añadió uno de sus amigos, que asistía a la conversación con las manos apoyadas sobre el techo del Audi sin dejar de sonreír—. Mil pavos, gane o pierda.

La mención del dinero hizo que el grupo al completo prorrumpiera en carcajadas, entusiasmados por la perspectiva de ganar tanta pasta en una sola noche. Ayla sospechó que los cuatro habían sido invitados a pelear y habían aceptado, incapaces de percibir el peligro que entrañaba participar en una velada en Los Días Felices.

—Es una locura —repitió, sin molestarse en no sonar desesperada—. ¿No veis que si os pagan tanto es precisamente para atraeros hasta allí? A esa gentuza solo le importa ganar dinero. Vosotros les dais igual.

Kasya se acercó hasta dejar su rostro a solo unos centímetros del de Ayla.

—No tienes ni puta idea de nada.

Rezumaba rabia. Ayla se preguntó qué le molestaba más: que se metiera en sus asuntos o saber que tenía razón.

—Por favor, no vayas.

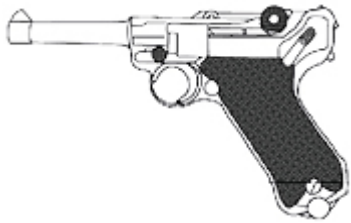
No necesitó añadir más. Ni que pelear en Los Días Felices era una insensatez, ni que no valía la pena arriesgar el cuello por tan poco. La polaca fue a responder algo, pero, en el último momento, cambió de opinión y se conformó con armar una sonrisa desabrida antes de meterse en el Audi.

Sus amigos la imitaron y se pusieron en marcha entre risas, dejando a Ayla plantada en la acera.

—¿Qué pasa? —preguntó Abdel, que acababa de materializarse a su lado.

Ayla ni siquiera lo escuchó, ocupada en preguntarse si había algo que hubiera podido decir para que el resultado final de la conversación hubiera sido diferente.

—Esos idiotas van a pelear en Los Días Felices.



Hicieron el camino de vuelta a casa en silencio. Ayla estaba demasiado preocupada como para permitirse disfrutar del trayecto. La certeza de que a Kasya estaba a punto de sucederle algo terrible le pareció tan real como inevitable. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la policía y contarles lo que pasaba en Los Días Felices? Era una locura. Además, las autoridades ya debían de estar al corriente de lo que sucedía en aquellas veladas y no hacían nada por evitarlas.

Cuando llegaron a la Colmena y Abdel estacionó la moto, Ayla descendió y le devolvió su casco.

—Tenemos que evitarlo.

Abdel soltó un bufido.

—No podemos hacer nada, Ayla.

—¿Y vamos a dejar que pase, sin más? Si mañana me entero de que Kasya está en la UCI, o algo peor, no podré perdonármelo.

—Todo el mundo sabe lo que sucede en Los Días Felices. Si aun así esos chicos son tan idiotas como para participar en una de esas veladas, allá ellos.

Hablaba con fastidio, como si le molestase que aquel asunto la preocupara tanto. Ayla no pudo evitar preguntarse si su enfado tendría algo que ver con la animadversión que Kasya había demostrado hacia él, pero prefería no saberlo.

—Podríamos ir. Solo para asegurarnos de que no pasa nada.

—¿Estás loca? Ni borracho pienso acercarme a Los Días Felices. —Lo dijo como si no hubiera oído nada más temerario en toda su vida—. No te metas, Ayla. Tu amiga ya es mayorcita para saber lo

que hace. Si quiere jugársela es su problema.

—¿Como haces tú, al seguir trabajando para Martin?

Se sintió mal nada más decirlo, pero estaba demasiado furiosa como para seguir reprimiéndose. Por respuesta, el rostro de Abdel se oscureció. Se colocó el casco y arrancó.

—Deja de intentar solucionarle la vida a la gente, Ayla. Bastante tienes con no terminar de joder la tuya.

Ayla notó la indignación quemarla por dentro, pero Abdel se puso en marcha antes de que tuviera ocasión de replicar o de lanzarle un par de ganchos. Se quedó en la acera, sola y cabreada, mientras veía la escúter perderse en la lejanía.

Finalmente, se dio la vuelta y entró en la Colmena arrastrando los pies.

Suficiente

—

Las horas pasan y las calles comienzan a vaciarse. Hoffman permanece en su puesto mirando al infinito que se extiende ante él, obcecado como un maldito guardia inglés.

Lo observo desde suficiente distancia como para pasar inadvertido, al volante de un coche de alquiler que he conseguido gracias a una popular app de *carsharing*. En el sobre que me ha proporcionado Ramsés hay algo más de ochenta euros. Ignoro a cuánto ascendía la cantidad antes de que este, día tras día, haya ido sacando algunos billetes con los que costearse sus formidables bocadillos, pero no está nada mal.

Ramsés lleva toda la tarde merodeando por la zona. Cuando anochece, se compra un nuevo bocata y toma asiento en la acera junto a Hoffman. Le da conversación, sin que la ausencia de respuestas parezca desanimarlo. Me temo que tenga la intención de aprovecharse de su mutismo para robarle parte de la recaudación, pero resulta ser mucho más honrado de lo que creía.

No solo eso, sino que además, en un momento dado, arranca un trozo de su bocata y trata de compartirlo con él. El gesto me conmueve, pero Hoffman no abre la boca. Tras varios intentos, Ramsés desiste de intentar alimentarlo. Después dice algo que no llego a oír y se marcha, puede que en busca de un lugar en el que pasar la noche o de alguna tienda de bocadillos en la que hacerse con otro de esos.

La furgoneta no aparece hasta las diez de la noche.

Es blanca, de la marca Ford y sin marcas que la hagan reconocible ni recordable. Estaciona junto al lugar en el que se encuentra Hoffman. Dos individuos descienden y recogen la recaudación. Después, agarran al mendigo en volandas y lo introducen a través de la puerta trasera del furgón. No es que lo

lancen como si fuera un saco de patatas, pero tampoco me parece que lo hagan con excesiva delicadeza. Dudo que tengan ahí dentro sillones o cinturones de seguridad.

Cuando se ponen en marcha, voy tras ellos.

Se detienen en varias ocasiones más y recogen a otros mendigos que, al igual que Hoffman, parecen incapaces de valerse por sí mismos. Es una corte de tullidos y deformes que no protestan cuando esos hombres los meten en la caja de la furgoneta, que intuyo que debe de estar a punto de rebosar.

Me hierve la sangre. Tengo que hacer un esfuerzo por mantener a raya mi ira y seguir al volante. Lo que me apetece es sacar a esos dos de la furgoneta y darles una lección, pero sé que no es una alternativa razonable. Estoy tan débil que dudo que pudiera con ellos.

Cuando terminan de recoger a esos tipos, ponen rumbo a las afueras de la ciudad. Aumento la distancia que nos separa para impedir que me detecten. El seguimiento me lleva hasta Friedrichsdorf, donde la furgoneta toma una carretera desértica que nos aleja del núcleo urbano, entre viñedos enormes que parecen derramarse junto a la carretera. Apago las luces para pasar inadvertido y circulo durante un rato a oscuras, con las luces traseras de la camioneta como única referencia.

Llegan a una nave gigantesca.

En lugar de seguirlos hasta allí, tomo una carretera de tierra que surge a mi izquierda y que asciende hasta un promontorio desde el que tengo una buena visión de la nave y de los alrededores. Me detengo aquí arriba, a unos quinientos metros de las instalaciones, y observo cómo los tipos descienden del vehículo y empiezan a introducir a los mendigos en esa especie de almacén, uno a uno y sin emplear camillas, sillas de ruedas ni ningún otro medio que pueda facilitarles la labor.

Llegan algunas furgonetas más y repiten la operación. Cuento la cantidad de mendigos que sacan de una de ellas y me parece desorbitada. Al final, hay unas seis camionetas estacionadas ante la nave.

Salgo del vehículo y doy un corto paseo sin perder de vista las instalaciones. No hay otras naves a la vista, de modo que se encuentran prácticamente aislados del mundo, a unos diez minutos

en coche del núcleo urbano más cercano. Se trata de un lugar lo suficientemente apartado y discreto como para que las actividades que tienen lugar aquí pasen desapercibidas para el resto del universo.

He oído hablar alguna vez del tráfico de mendigos, pero es la primera vez que se me aparece como algo tangible y cercano. Real. Concluyo que esos tipos se han traído a todos estos desharrapados de algún país lejano, donde no tendrían familiares ni amigos que pudieran echarlos de menos. Cada mañana, los dejan en lugares muy concretos de la ciudad frente a un vaso de cartón en el que reciben su limosna. Los conductores pasan varias veces al día a retirar las ganancias. Nadie da limosna a un mendigo que tiene delante un vaso repleto de pasta. También es posible que les inyecten alguna sustancia que los haga más manejables y menos propensos a causar problemas ni a contarle a nadie el tipo de vida que llevan.

Deben de traerlos cada noche a este almacén, donde supongo que los lavarán, los alimentarán y los dejarán dormir hasta el día siguiente.

Siento nauseas.

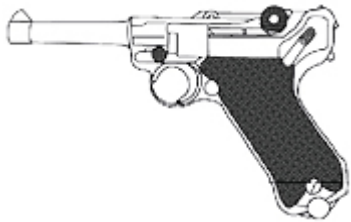
Espero hasta que veo a esos tipos salir de la nave y cerrarla. Se quedan junto a las furgonetas, formando un corro mientras fuman y comparten algún chascarrillo. Oigo sus risas incluso desde la distancia. Si tuviera un rifle y supiera utilizarlo, no dejaría a ninguno con vida.

Me apetece fumar, pero temo que la brasa del cigarrillo vaya a desvelar mi posición, así que me contengo y espero. Al cabo de unos minutos, los individuos suben a sus vehículos y se marchan formando una curiosa comitiva que recorre los viñedos rumbo a la civilización.

Cuando me quedo solo, ahora sí, enciendo un pitillo.

Creí que la nicotina iba a ayudarme a desalojar el amargor instalado en el fondo de mi garganta, pero no es así.

He sido demasiado optimista.



Vigilo la nave durante una hora. No advierto ningún movimiento, lo que me hace pensar que no dispone de vigilancia y, si la hay, será bastante laxa.

Tres cigarrillos más tarde, engullo un omeprazol y me pongo en marcha.

Dejo el coche en el promontorio y me acerco a pie. A esta hora de la noche y en un lugar tan apartado, cualquier sonido resulta escandaloso. El canto de un insecto, el ulular de un búho, el viento contra los árboles, mis pasos rompiendo ramas secas y hierbajos a cada zancada.

Las zonas frontal y lateral de la nave no disponen de ventanas, así que no puedo ver si sale luz del interior. El único acceso a la vista es el portón por el que han entrado y salido esos tipos. Está asegurado con una gruesa cadena de la que pende un candado de aspecto resistente.

Me va a resultar imposible eludir el candado, pero el detalle de que esté colocado en el exterior me hace pensar que no hay nadie vigilando ahí dentro. De ser así, dudo que lo hubieran dejado encerrado.

Rodeo la nave y aguzo el oído para detectar algún sonido procedente del otro lado de los muros, pero no oigo nada de nada. Cuando llego a la parte trasera, descubro una puerta metálica con trazas de inexpugnable y un par de ventanas aseguradas con barrotes. Las ventanas se deslizan con facilidad cuando las fuerzo desde el exterior, lo que demuestra que los dueños del lugar no creen que nadie vaya a poder entrar por ahí.

Eso me da una oportunidad.

Veinte minutos es lo que tardo en regresar al coche, tomar del maletero el gato que hay bajo la rueda de repuesto y volver a la parte trasera de la nave. Empleo otros veinte en forzar los barrotes de una de las ventanas, utilizando el gato para ensanchar la

abertura entre las barras centrales, que intuyo menos resistentes que las de los lados.

Logro practicar una abertura lo bastante amplia como para poder pasar a través de ella. Los kilos que he perdido durante mi convalecencia ayudan. Me sorprendo recordando a Ramsés, tan flaco que habría podido pasar a través de estos barrotes sin necesidad de ensanchar el hueco.

Me dejo caer en el interior y aguzo al oído, pero de nuevo recibo el silencio por respuesta. Me encuentro en una especie de despacho polvoriento y sin muebles. Hay una puerta que comunica con el resto de la nave.

Al otro lado, el infierno.

Lo primero que noto es el hedor. Me golpea el rostro con la contundencia de una bofetada y se introduce por mis fosas nasales sin misericordia. Me tapo el rostro demasiado tarde para evitar que me inunde. Huele a descomposición, a suciedad y a algo más.

El espacio está pobremente iluminado por un par de lámparas de seguridad instaladas en cada extremo del recinto, pero mis ojos se acostumbran pronto a la oscuridad y empiezo a moverme por el angosto espacio entre los cuerpos tirados aquí y allá.

Los más afortunados comparten literas. Otros duermen en colchones dispuestos directamente sobre el suelo. Algunos ni eso.

Hay unas cien almas. Puede que más. Los ronquidos de unos se solapan con los gemidos y el llanto de otros. Todos tienen el rasgo común de que les resulta imposible moverse por sí mismos y, aunque pudieran, dudo que lo hicieran, ya que se encuentran en un estado casi catatónico por culpa de lo que sea que les hayan inyectado u obligado a inhalar.

No encuentro a Hoffman, pero tampoco me molesto en buscarlo. Es tan solo uno más entre la marea humana que me rodea. Sus rostros reflejan las penurias que sus captores les obligan a pasar. Dudo que los limpien y siquiera que los alimenten. Los tratan como a ganado. Los sacan cada día para que ganen dinero para ellos y los almacenan aquí al final de la jornada, en un miserable y maloliente día de la marmota que se ceba, para variar, con los menos afortunados.

Paseo entre los cuerpos con cuidado de no pisar ninguno.

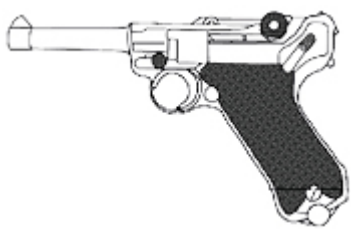
Un tipo me mira. Creo que quiere decirme algo, pero cuando me

acerco se cubre con su único brazo, temiendo que le castigue por su atrevimiento.

Contengo a duras penas las ganas de llorar, vomitar y gritar. Me pregunto cuánto sacarán con este negocio. Si cada mendigo recaudase una media de cien euros al día, hablaríamos de unos diez mil euros de beneficio diario. En diez días, serían cien mil. Un negocio muy suculento para alguien sin escrúpulos ni el menor reparo en vejar a todas estas personas, cuyo único error en la vida debe de haber sido cruzarse en el camino de los desaprensivos que han reducido su día a día a esto.

El descubrimiento de esta moderna forma de esclavitud me repugna.

Salgo de la nave por el mismo lugar por el que he entrado. El hedor y la miseria me persiguen hasta el coche y, cuando me pongo en marcha, tengo que hacer un esfuerzo para concentrarme en la conducción. Soy incapaz de borrar de mi cabeza la imagen de todos esos individuos sucios y apiñados unos contra otros. Dudo que pueda olvidarlo en mucho tiempo.



—Están en una nave a las afueras de Friedrichsdorf.

—¿Está seguro?

—Tome nota, por favor.

—Si no me dice quién es, no podremos…

Lo ignoro y recito de corrido las coordenadas exactas del lugar en el que se encuentra la nave, calculadas a partir del vetusto móvil de *Frau* Maud. El tipo que está al otro lado de la línea no parece demasiado convencido e insiste en conocer mi identidad. En lugar de eso, repito las coordenadas para que le queden claras y cuelgo.

La cabina está ubicada en el exterior de una gasolinera a unos convenientes cuatro o cinco kilómetros de Friedrichsdorf.

Contemplo el auricular un instante y me pregunto si sería conveniente limpiarlo para borrar mis huellas, pero no lo veo necesario. Cuando decido que no tengo mucho más que hacer allí, emprendo el camino de regreso a la nave.

Vuelvo al promontorio y espero. Es medianoche. La nave se alza solitaria en medio del paisaje rupestre, invisible si uno no sabe que está allí.

Los minutos pasan con lentitud. Cuando empiezo a sospechar que la policía va a ignorar mi llamada, aparece un patrullero que recorre con lentitud el sendero que lleva hasta la nave del horror. Una vez allí, los agentes bajan y comprueban el acceso. No tardarán en descubrir los barrotes que he forzado en la parte trasera y entrarán a ver qué hay ahí dentro.

Me largo antes de que suceda.

Durante el camino de vuelta, me cruzo con un convoy de ambulancias y coches de policía con las luces prioritarias encendidas y las sirenas atronando a máxima potencia que circulan en dirección contraria. Quiero pensar que se dirigen a la nave, prestos a ayudar a esos pobres desgraciados y a detener a los responsables de semejante barbarie.

Espero que baste con eso, pero me cuesta creerlo.

De la Fuente y Ngoye

—

Ngoye está frenético. Se mueve de un lado a otro del despacho, demasiado alterado como para pensar siquiera en sentarse. De la Fuente lo observa desde su sillón, con la esperanza de que su actitud serena contribuya a apaciguarle.

—Se suponía que la policía no iba a meter las narices, De la Fuente.

—Sigue aquí, ¿verdad? No le han detenido ni nada parecido. Debería dar gracias.

—No basta. Teníamos un trato.

De la Fuente ahoga un suspiro y cruza una mirada con su guardaespaldas, que espera junto a la puerta una señal para actuar. No cree que vaya a ser necesario.

—Teníamos un trato —repite el africano—. Yo le cedía una parte de mis ganancias y usted, a cambio, debía encargarse de que la policía no se inmiscuyera en mis asuntos.

Está tan indignado que De la Fuente no cree que le vaya a ser fácil razonar con él. Aun así, lo intenta. Desgrana sus argumentos con lentitud, como si tratara de explicarle el principio de Arquímedes a un recién nacido.

—Una cosa es que la policía lo deje estar, como ha hecho hasta ahora, y otra muy diferente que algún ciudadano alerte de lo que está sucediendo en sus instalaciones y los obligue a actuar. Según nuestros contactos en comisaría, alguien telefoneó para avisar de lo que estaba pasando en Friedrichsdorf. En este punto, cabe preguntarse si no habrá sido usted demasiado descuidado.

El rostro de Ngoye se ensombrece. Que lo acuse directamente es más de lo que puede soportar. Da un paso en su dirección y De la Fuente le sostiene la mirada.

—Así que ha sido culpa mía, ¿verdad?

Está rabioso, pero De la Fuente no piensa soportar sus bravuconadas, por lo que elude cualquier tipo de prudencia y asiente.

—Si esa nave hubiera sido nuestra, habríamos colocado a algunos hombres al volante de todoterrenos que recorriesen el perímetro cada veinte minutos para evitar visitas inesperadas. También habríamos dejado a alguien vigilando las instalaciones día y noche. ¿Ha hecho usted algo de eso?

Ngoye no está acostumbrado a que le digan lo que tiene que hacer. Apoya los puños sobre la mesa y muestra los colmillos. Parece un animal salvaje a punto de saltar, pero De la Fuente no se arredra.

—¿No se da cuenta? La intervención de las autoridades no es más que la consecuencia lógica de su negligencia.

—Teníamos un trato.

Es la tercera vez que lo dice. Que sea incapaz de encontrar otro argumento la enerva todavía más.

—Así es, Ngoye. Nosotros también hemos perdido dinero con este revés. ¿Qué piensa hacer para compensarnos?

El africano abre mucho los ojos. El último giro de guion que habría esperado era que De la Fuente lo acusara e insinuase que debía compensarla por el dinero que iba a dejar de ganar. Como si no tuviera ya suficiente. Había ido a aquel despacho en busca de una disculpa y una solución a sus problemas, no para que lo mangonearan.

—Es usted una miserable.

Se contiene para no aderezar el insulto con unos cuantos apelativos más que, sin duda, harían intervenir al tipo que De la Fuente tiene apostado junto a la puerta. Esta, en lugar de crisparse, recibe el comentario con un asentimiento, como si lo hubiera estado esperando.

—Soy una miserable a la que le debe mucho dinero, Ngoye. En lugar de venir aquí a lamentarse, haría bien en pensar cómo va a arreglar este desastre.

Los nudillos que Ngoye tiene sobre el escritorio crujen, uno tras otro. Intenta disimular un temblor de rabia que De la Fuente no pasa por alto. Si este tipo se ha creído que va a amedrentarla es que no la conoce. Ha tratado con individuos más peligrosos, malvados y

crueles que él, y hasta ahora no le ha ido nada mal.

—Puede irse, Ngoye.

El rostro del africano se crispa. Tras observarla durante un par de segundos más de lo necesario, se incorpora. Hace ademán de alisarse la chaqueta, como si se avergonzara por haberse dejado llevar por ese arrebato de furia.

—Ya nos veremos —dice.

Sale del despacho con la elegancia de un príncipe en misión diplomática. La serenidad es impostada, pero bastante convincente. El guardaespaldas le abre la puerta, un derroche de cortesía que Ngoye ignora, como si no mereciera menos.

—¿Todo bien, señora?

De la Fuente hace un gesto con la mano, similar al que haría para espantar a una mosca impertinente que se hubiera colado en sus dominios. No necesita insistir para que su hombre capte el mensaje y la deje sola.

Saca el ordenador portátil de un cajón. Cuando lo abre, el aparato vuelve a la vida con un zumbido y le muestra el archivo de vídeo que estaba reproduciendo antes de la llegada de Ngoye. Pone la grabación en marcha y se recuesta en su sillón con los brazos cruzados.

La pantalla se divide en cuatro rectángulos. Cada uno de ellos muestra una escena tomada en el mismo lugar y momento, pero desde ángulos diferentes. Una es una panorámica de una gasolinera; otra una vista aérea de los surtidores de combustible; otra del interior del establecimiento; la última, la zona trasera del edificio.

De la Fuente se concentra en esta última. En segundo plano aparece una cabina de teléfono. Un individuo habla por el aparato durante unos minutos. Cuando termina, cuelga y hace el característico gesto de introducir los dedos en el cajetín para asegurarse de que no deja ninguna moneda.

Después da la espalda a la cámara y comienza a alejarse. Tiene una forma de andar peculiar, aderezada con una leve cojera, imperceptible a primera vista, pero que resulta evidente cuando uno sabe que está ahí.

La grabación termina y vuelve a ponerse en marcha desde el principio. De la Fuente no la detiene, a pesar de que ha visto ese clip tantas veces que se lo sabe de memoria.

La policía no había tenido problemas para averiguar el lugar desde el que se hizo la llamada que los alertó de lo que estaba sucediendo en Friedrichsdorf. Es una suerte que no hayan podido identificar al detective a partir de esas imágenes que su contacto en comisaría ha tenido a bien hacerle llegar.

Piensa en enviar a sus hombres a por él para que lo interroguen a fondo, hasta que confiese quién lo ha puesto tras la pista del tinglado de Ngoye, pero no lo ve necesario. Puede intuir quién está detrás de esa filtración.

Se dice que, en realidad, no es para tanto. Que este traspié solo precipitará los acontecimientos que, antes o después, iban a tener lugar.

Además, le guste o no, Ngoye merece una compensación por lo sucedido.

De la Fuente toma la única decisión posible a estas alturas.

Saca su teléfono y hace una llamada.

VI. Los Días Felices

Nielsen

—

—Señor.

Su chófer no dijo más que eso. Nielsen salió de su ensimismamiento y se preguntó qué diablos quería aquel tarado. No necesitó exteriorizar la cuestión, pues detectó, a unos doscientos metros de donde se encontraban, aquello que le había parecido tan importante como para importunarlo.

El policía les hizo señas para que estacionaran a un lado de la carretera.

El chófer detuvo el Jaguar en el arcén. Se encontraban en una carretera desierta en medio de ninguna parte. Nielsen había estado demasiado distraído como para fijarse en la ruta que tomaban, así que se sintió completamente desubicado. Además del policía que les había ordenado parar, había otro más apoyado con indolencia en el capó de un coche patrulla. A través del retrovisor, Nielsen reparó en el rostro tenso de su subalterno, pero no le dio mayor importancia. Debía de tratarse de un control rutinario. Nada de lo que preocuparse, en realidad.

El primer agente comprobó la documentación del vehículo y del conductor, y cruzó algunas preguntas con él. Hasta ahí todo se desarrolló con normalidad. El policía que estaba en el capó se incorporó, se acercó a la ventanilla trasera y se quedó mirando el interior. Nielsen se esforzó en no devolverle la mirada, pero fue inútil. Al cabo de unos segundos, notó los nudillos de ese maldito lerdo tocar su ventanilla.

Cuando se volvió hacia él, creyó detectar en sus facciones una animadversión sin demasiado sentido. Le pareció un crío y apostó a que no hacía mucho que había salido de la academia. Pensó en negarse a obedecer, pero sabía que enfrentarse a la policía era la manera más rápida de buscarse problemas, de modo que ahogó un

bufido y accionó el botón que abría la ventanilla.

—Buenas noches, agente.

—Documentación, por favor.

Nada más. No le dio las buenas noches, ni le preguntó adónde se dirigía o de dónde venía. Pensó que a ese petimetre le vendría bien que alguien le enseñara modales, pero se controló y sacó su cartera con docilidad. Esperó a que comprobara su documentación al tiempo que se preguntaba cuánto más iba a durar esta pantomima. Ni siquiera se inmutó cuando lo vio llamar a su compañero y consultarle algo.

Empezó a escamarse cuando tuvo a ambos agentes junto a su ventanilla, erguidos y desafiantes.

—Por favor, baje del vehículo.

Frío

—

Ayla abrió los ojos. El salón estaba en penumbra, iluminado tan solo por el resplandor azulado que salía del televisor. Aguzó el oído en busca de aquello que podía haberla despertado, pero no oyó más que la respiración pausada de su padre desde su habitación.

Se desperezó y notó algunas vértebras crujir. El sofá no resultaba nada cómodo para dormir, pero había rehusado irse a la cama al concluir que iba a ser incapaz de conciliar el sueño después de pasar toda la tarde dándole vueltas a su encuentro con Kasya.

Estaba furiosa consigo misma por no haber conseguido convencerla de que no fuera a Los Días Felices.

A esto se le sumaba la impotencia de encontrarse allí, anclada en el sofá, sin forma de ir a ese desguace para velar por su amiga. No podía pedir un Uber y decir, simplemente: «Lléveme a Los Días Felices». Las cosas eran más complicadas que eso.

Las palabras de Abdel volvieron a su cabeza. Se sentía traicionada por él pero, aun así, trató de encontrarles sentido. Kasya era responsable de sus actos. Si quería arriesgar su pellejo en Los Días Felices estaba en su derecho. No obstante, Ayla no podía dejar de pensar que, de no haber necesitado la pasta con urgencia, probablemente ni se habría acercado a aquel lugar.

Estaba pensando en ello cuando escuchó que llamaban a la puerta.

No fue más que el débil roce de unos nudillos. Quienquiera que se encontrara en el rellano había preferido llamar de esa manera en lugar de emplear el timbre para no despertar a la mitad del bloque, un derroche de delicadeza que la escamó. Comprobó que era casi la una de la madrugada. ¿De quién podría tratarse?

Descartó que fuera Abdel. De tratarse de él, probablemente le habría enviado un mensaje antes de ir. Además, dudaba que

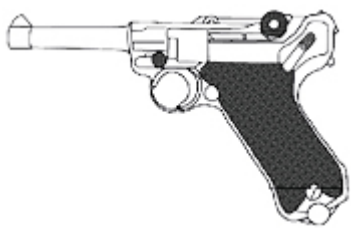
quisiera volver a verla en una temporada.

También rechazó la idea de que se tratara de uno de los hombres de Matisse. Sus matones no se habrían tomado la molestia de llamar de una forma tan discreta y habrían irrumpido en su casa sin la menor consideración.

Tenía que ser Tia. Debía de haber regresado a por sus cosas. Ayla fue hacia la puerta pero, por si se equivocaba, armó la navaja y la sostuvo algo atrasada, preparada para utilizarla.

Abrió la puerta unos centímetros y observó el rostro sonriente que la contemplaba desde el otro lado.

—Buenas noches —saludó Mascarell—. ¿Puedo pasar?



El detective permaneció varado en el centro del salón sin dejar de sonreír, como si estuviera convencido de que aparecer por su casa a esa hora de la noche era algo de lo más gracioso. Ayla había estado tentada de no dejarle pasar, pero se dijo que no habría ido a visitarla en plena madrugada de no haber sucedido algo verdaderamente importante.

—¿Qué quieres?

Habló en susurros para no despertar a su padre, pero en un tono lo suficientemente firme como para dejarle claro que no tenía ni un segundo que perder.

—Tengo que hablar con Tia.

Antes de que llegara a responder, el propio Mascarell negó y miró a un lado y a otro.

—Supongo que no está en casa. ¿Puedes decirme dónde encontrarla? ¿O ponerte en contacto con ella y decirle que necesito verla?

Ayla detectó la preocupación latente bajo su apariencia bobalicona. No tenía ni idea de qué podía ser tan urgente como

para justificar una visita a su domicilio a esa hora de la noche pero, casi sin darse cuenta, comenzó a pensar en la manera de aprovecharse de la situación.

—Te ayudaré si tú me ayudas a mí.

Mascarell acogió la propuesta con un parpadeo a destiempo. Un gesto que lo mismo podía significar que aceptaba el trato o bien que podía irse al diablo.

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Tengo que ir a Los Días Felices.

El rostro del detective se contrajo. Ayla le sostuvo la mirada, tratando de simular una convicción que estaba lejos de sentir.

—Es un lugar peligroso.

—No tienes que entrar, Mascarell. Solo tienes que llevarme.

Si se había creído que lo que buscaba era alguien que le hiciera de escudero, estaba muy equivocado. Además, dudaba que ese detective, con su única pierna y su aspecto flacucho, fuera a serle de ayuda si las cosas venían mal dadas. Lo único que necesitaba era un medio de transporte. El resto era cosa suya.

—¿Y dejarte sola ahí dentro? Ni loco.

Volvió a negar, como si estuviera debatiendo consigo mismo la conveniencia de dejarse enredar en aquel asunto.

—Necesito hablar con Tia. Es bastante urgente.

—Te prometo que la llamaré en cuanto volvamos. Tienes mi palabra.

No se sentía bien mintiéndole, pero no tenía nada más que ofrecer. Mascarell la contempló en silencio unos segundos, como si supiera que estaba a punto de ser estafado, pero, aun así, no viera la forma de evitarlo. Al cabo, exhaló un ruidoso suspiro.

—Coge tu abrigo, que hace frío.

Imprudente

—

Todo el mundo sabe que ese desguace al que llaman Los Días Felices es un lugar muy poco recomendable. En condiciones normales me habría cuidado de no acercarme a menos de diez kilómetros de ese sitio, pero Ayla ha sido implacable a este respecto: solo me ayudará a dar con Tia si la llevo hasta allí.

Es tan tozuda que me habría sido imposible hacerla cambiar de parecer, pero hay otro motivo por el que me encuentro en estos momentos al volante de mi cochecito de alquiler rumbo a Offenbach con una adolescente huraña y respondona en el asiento del acompañante: Ayla tiene decidido plantarse en Los Días Felices, conmigo o sin mí, tan pronto como encuentre a alguien que le haga de taxista.

No habría podido irme a casa sabiendo que iba a acudir a un sitio tan peligroso sola. Al ir con ella, al menos, me aseguraré de sacarla de allí si las cosas se ponen feas.

Si me deja hacerlo, claro.

—¿Seguro que es por aquí?

Es la tercera vez que lo pregunta y la tercera vez que respondo con un asentimiento y una sonrisa con la que trato de quitarle importancia a la cuestión. En realidad, solo conozco la dirección aproximada, gracias a algunos comentarios que he oído aquí y allá. Tampoco espero encontrar señales que anuncien con claridad la proximidad de Los Días Felices, así que no me queda otra que tirar de paciencia y confiar en mi instinto.

Es un tiro a ciegas. Por eso me sorprendo tanto cuando descubro, al fin, un desvío engalanado con un desgastado cartel en el que se puede leer una única palabra, *Verschrottung*, que viene a significar algo así como «desguace» en alemán.

Tomo ese camino con decisión. Al cabo de unos minutos, la

carretera comienza a verse extrañamente transitada, algo insólito en un lugar tan apartado y a esa hora de la madrugada. Eso me indica que estoy en el buen camino. No tardamos en desembocar en una explanada inmensa, atestada de vehículos. Varios tipos con aspecto de recién salidos de una narcosala se encargan de gestionar el aparcamiento, maximizando el espacio y guiando a los conductores para aprovechar hasta el último hueco disponible.

Al otro lado de la explanada hay un recinto generosamente iluminado. Una especie de catedral metálica, con muros hechos con planchas de acero y torres de iluminación tan potentes que parece que sea de día.

Solo puede tratarse de Los Días Felices.

Sigo las indicaciones de un yonqui engalanado con una gorra de los Skyliners y dejo mi vehículo en un lugar alejado de la entrada. Cuando bajamos, le doy unas monedas y observo a Ayla. Me pregunto si seguirá dispuesta a entrar ahí.

Se ha colocado la capucha y una mascarilla de tela negra. Eso le permite disimular su aspecto, su edad y su género, que sin duda la haría destacar en un lugar en el que, por lo que puedo ver, solo hay hombres.

—¿Estás segura de que quieres entrar?

Finge no oírme y sigue mirando al frente, en dirección al desguace en el que, contra toda lógica, vamos a adentrarnos por nuestro propio pie. No se me ocurre un lugar peor en el que pasar la noche y estoy a punto de hacérselo saber cuando echa a andar, sin esperar a ver si la sigo o no.

La sigo.

Nos sumamos a una docena de individuos que se encaminan hacia el interior del recinto entre risas y chanzas. Huelen tanto a alcohol que si les acercase una cerilla, provocaría un bonito espectáculo de fuegos artificiales. Hay algunos tipos custodiando el acceso, pero apenas nos dedican atención.

Seguimos al grupo a través de un sendero rodeado de chatarra. Miro a cada momento a Ayla, por si cambia de opinión y decide que ya hemos hecho bastante turismo por hoy, pero no parece dispuesta a recular.

Salimos a una explanada rodeada de pilas de coches destrozados. En el centro, una multitud de almas es la responsable

de un griterío similar al que se escucharía en un partido de fútbol. Chillan, ríen y silban como hinchas enfervorecidos.

Nos abrimos paso entre la multitud y encontramos un agujero excavado en el suelo del tamaño de una pista de tenis en el que dos tipos se matan a hostias.

No es solo una forma de hablar.

Se pegan de lo lindo. Están en calzoncillos y tan cubiertos de sangre que resulta imposible saber quién va ganando. También hay público ahí abajo, rodeando a los contendientes y gritándoles consignas que estos no parecen escuchar, demasiado ocupados en sobrevivir como para prestar atención a nada más.

Es un lugar horrible. Ayla observa a los púgiles y, aunque no puedo ver su rostro, supongo que está aterrada. No es un buen lugar al que acudir con una adolescente, pero no creo que sirva de mucho decírselo. Dejo que la dantesca escena que se está desarrollando ante sus ojos hable por mí. Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie se fija en nosotros y que pasamos desapercibidos, como dos espectadores más.

Entonces la veo.

Tia está allí, sobre una plataforma que se alza a un lado del foso, varios metros por encima del resto de los mortales. Es una especie de andamio reconvertido en zona vip. Desde ahí debe de tener una vista privilegiada de la pelea. Está rodeada por varios tipos que contemplan el espectáculo sin dejar de sonreír. Parece que son los amos del cotarro, ya que en esa plataforma tan solo están ellos, a salvo de empujones y codazos de otros espectadores.

No puedo dejar de preguntarme qué pinta Tia aquí, aunque no hay que ser muy listo para deducir lo que su presencia implica: que este infame negocio de peleas ilegales también se encuentra bajo el amparo del Gran Rojo. Mascullo una maldición al darme cuenta de que acabo de lanzarme, por enésima vez, a los brazos de esta organización criminal. Es como si una fuerza invisible me impeliera a chocarme contra ellos una y otra vez.

Estoy a punto de decírselo a Ayla, pero algo me dice que eso no ayudaría, de manera que callo y pienso en otra manera de proceder. Cuando tomo una decisión, me agacho y le hablo directamente al lugar de su capucha tras el que intuyo que se encuentra su oreja.

—Ahora vengo.

No parece escucharme, demasiado concentrada en el combate como para pensar en nada más. Ahí abajo, los tipos siguen sacudiéndose con ímpetu, como si les fuera la vida en ello.

No me gusta la idea de dejarla sola, pero no veo otra opción, así que me prometo no tardar demasiado.

Me abro paso hasta el lugar en el que se encuentra Tia. Como había temido, un par de metros antes de llegar a la plataforma me salen dos gorilas al paso y me impiden ir más allá.

—Alto ahí, amigo. Esta zona es privada.

—Tengo que hablar con Tia.

—Como si quieres hablar con el papa. Vuelve a tu sitio o te sacamos de aquí a hostias.

Estos tipos tienen el tamaño y la educación necesarias como para que la amenaza cobre forma y verosimilitud. Alcanzo a ver a Tia allá arriba y hago un último intento.

—¡Tia!

No confío en que mi voz se imponga al griterío que nos rodea pero, sorprendentemente, Tia parece oírme y mira hacia abajo.

Al verme, sus facciones se endurecen. Titubea un instante y creo que se plantea la posibilidad de ignorarme. En el último momento se acerca al borde de la plataforma y ordena a los gorilas que me dejen pasar. Estos parecen desilusionados al verse obligados a renunciar a la posibilidad de darme un correctivo, pero obedecen y se echan a un lado.

Asciendo por una escalera metálica que hay en la parte trasera de la tribuna. Tia me intercepta a mitad de la subida.

—Los tienes bien enseñados.

—¿Qué haces aquí?

—Enviaste a ese tipo, Ramsés, a verme. ¿Por qué?

Nada más decirlo, me doy cuenta de que estoy metiendo la pata. Tia abre mucho los ojos y mira a su alrededor para asegurarse de que nadie más me ha oído. Después me agarra de la camisa y acerca su boca a mi oreja con tanta rabia que temo que pretenda arrancármela de un mordisco.

—¿Quieres que nos maten o qué?

No creo que haga falta responder. Tia mira de reojo al grupo de hombres que contemplan la pelea desde la zona vip. El jefe debe de ser un africano larguirucho que está al frente y lleva un elegante

traje de chaqueta. Lejos de hacerle parecer respetable, ese atuendo le da el aspecto de un gánster salido de una peli de los setenta. No me sorprendería si en algún momento se colocase un sombrero con una pluma de faisán.

—¿En qué me has metido, Tia?

Vuelve a observarme y veo en sus ojos la negativa a contarme nada, pero también algo más: el miedo a verse expuesta a las consecuencias de mi inesperada visita.

—Olvídalo, Mascarell. Vive tu vida y aléjate de todo esto.

En ese momento, el público prorrumpe en un grito atroz para celebrar el comienzo de un nuevo combate. En el foso, dos nuevos individuos empiezan a zurrarse.

Sé que no son los mismos de antes porque no están embadurnados en sangre, aunque me temo que no tardarán en estarlo.

—Ya me gustaría, pero no dejáis de meterme en vuestros asuntos, una y otra vez. Primero Matisse y luego tu. Me utilizáis para que haga todo aquello que, por lo visto, no tenéis valor de hacer vosotros mismos. ¿Por qué no me dejáis al margen?

—Es complicado.

—¿En serio? Porque a mí no me parece más que una puñetera lucha de poder. Os dedicáis a putearos unos a otros para medrar en la organización, sin importaros las vidas que jodéis por el camino. Si hubieras visto lo que hay en esa nave…

En este punto me obligo a callar, ya que estoy alzando la voz. La rabia me vuelve imprudente.

—Pero hiciste lo correcto —dice Tia.

Me contempla ahora con urgencia, tratando de que lea entre líneas y detecte todo aquello que no necesita decirme.

Antes de que pueda protestar, el público lanza un rugido terrible que nos hace mirar hacia allá justo a tiempo de ver a una figura encapuchada que salta al foso, interponiéndose entre uno de los luchadores, que yace en el suelo sin moverse, y su adversario, que parece a punto de rematarlo.

La reconozco. Tia también, ya que el color abandona su rostro de golpe y su labio inferior se descuelga de puro terror.

—¿Qué demonios hace ella aquí?

Ma

—

La pelea era salvaje y estaba tan igualada que cualquiera de los dos púgiles podría haber ganado. Ayla pensó que esos tíos luchaban con tanta ferocidad que parecía que estuviera en juego algo más que una suculenta bolsa. Se embestían y se repelían de cualquier manera, sin escatimar en agarres, patadas y puñetazos.

Al cabo de un rato, uno de los luchadores cayó. Su adversario aprovechó para sentársele encima y le echó las manos al cuello. El rostro de aquel tipo se fue poniendo cada vez más colorado, hasta que de algún lugar en los alrededores surgió el sonido de una sirena que debía de poner fin al combate.

El tipo que estaba sobre el otro siguió apretando sin piedad. No fue hasta que varios individuos acudieron a separarlos cuando se dio cuenta de que había ganado y, con el rostro bañado en sangre propia y ajena, alzó los brazos y lanzó un alarido que fue secundado al momento por gran parte del público.

A su alrededor, el dinero cambiaba de manos con rapidez. Ayla se caló un poco más la capucha para salvaguardar su identidad. Varios tipos pertrechados con carpetas de plástico paseaban entre la multitud, anunciando a gritos el próximo combate y anotando las apuestas.

—¡Kasya, de Hanau, contra Ma, de Zimbabue!

Palideció al oír el nombre de la polaca. Debía de ser una de las peleas más esperadas de la noche, ya que muchos de los presentes se apresuraron a hacer sus apuestas. Le bastó con oír algunos comentarios para comprobar que todos daban por hecho que Kasya iba a perder y apostaban grandes sumas a favor de esa tal Ma.

Se temió lo peor.

Un nuevo rugido la hizo mirar de nuevo al foso, donde Kasya acababa de aparecer. Llevaba un calzón negro, un sujetador

deportivo del mismo color y las manos vendadas como única protección.

—¡Quítate el sujetador, que queremos verte las tetas!

—¡Eso, enseña las tetas!

Cada comentario iba acompañado de un coro de risas. Ayla notó una oleada de indignación corroerle las entrañas. Kasya fingió no oír las provocaciones y se concentró en calentar saltando sobre un pie y sobre el otro.

Un nuevo aullido indicó que su contrincante acababa de hacer acto de presencia.

Al verlo, Ayla notó el miedo atenazarle el estómago como si se tratara de algo sólido.

Era un tipo de raza negra, delgado y musculoso. Comprobar que el tal Ma era un hombre también pareció sorprender a Kasya, que detuvo su calentamiento y miró a su alrededor, en busca de alguien a quien pedir explicaciones.

Antes de que lo encontrara, Ma se lanzó a por ella.

Empezó a golpearla al tiempo que sonaba la sirena que, en teoría, debía dar comienzo al combate. La polaca recibió algunos golpes y se cubrió como pudo. Trató de devolver algunos puñetazos, pero la diferencia era incontestable. Ma pegaba de forma metódica, compensando su falta de técnica con un derroche de fuerza y desesperación.

Ayla se abrió paso a codazos entre unos tipos que estaban delante de ella y que emitieron algunas protestas tibias. Se detuvo en el borde del foso en el momento en el que Kasya logró colocar un par de golpes a su adversario.

Ma recibió los puñetazos sin dejar de sonreír y respondió con un gancho terrible. Kasya dio una vuelta completa sobre sí misma antes de rearmarse con rapidez.

Ayla miró a un lado y a otro en busca de alguien a quien pedir ayuda, pero no encontró a los amigos de Kasya por allí. Tan solo vio los rostros desencajados de todos aquellos hombres que parecían estar disfrutando especialmente al ver a una mujer recibir semejante paliza.

Estaba sola.

Se estaba preguntando qué hacer cuando Ma agarró a la polaca del cuello y comenzó a sacudirle un puñetazo tras otro con la mano

libre.

El castigo se volvió brutal. Kasya se defendió al principio, pero llegó un momento en el que simplemente fue incapaz de hacerlo y dejó caer los brazos a ambos lados. Eso no pareció arredrar a Ma, que siguió pegando una y otra vez sin que nadie pusiera freno a su salvajismo.

Sin pensar en lo que hacía, Ayla saltó al foso.

A su alrededor, varios cientos de gargantas celebraron al unísono su arrojo. Ma la observó y soltó a Kasya, que cayó como un fardo a sus pies.

Ayla no se detuvo a pensar en las consecuencias de sus actos y se lanzó a por él. Una combinación de directos alcanzó el rostro de aquel individuo, que trató de armar una nueva sonrisa, pero el ataque fue tan rápido que lo hizo trastabillar.

Logró recomponerse y, furioso, intentó agarrar a Ayla, que esquivó su presa por poco y golpeó de nuevo, dejándose llevar por la desesperación. No dejaba de repetirse que estaba en juego mucho más que una victoria: si el tipo que tenía delante tenía la oportunidad, sería capaz de matarla.

Eso, claro, si no la eliminaban antes los que mandaban allí como castigo por interrumpir la velada.

Ma retrocedió. Ayla aprovechó la pausa para recuperar el resuello e interponerse entre él y Kasya. El africano extendió ambos brazos hacia el cielo, un gesto que el público celebró a gritos.

—¡Cárgatelas!

—¡No pares ahora!

Ayla miró de reojo a la polaca, que yacía con los ojos cerrados y el rostro ensangrentado. Necesitaba un médico cuanto antes. Pensó en hacérselo saber a Ma, pero no creyó que fuera a ser capaz de razonar con él.

Entonces lo vio mirar a un lado del foso, donde se alzaba una pequeña plataforma sobre la que varias personas contemplaban el espectáculo en un lugar preferente, a salvo de los codazos y gritos del resto de los asistentes.

Debían de ser los que mandaban allí. Ma los contempló en busca de indicaciones sobre la mejor manera de proceder, como si no estuviera seguro de si debía seguir peleando contra esta nueva e imprevista adversaria.

Ayla observó a aquellos tipos y se sorprendió al ver, junto a ellos, a Mascarell. Se preguntó cómo lo habrían dejado llegar hasta allí, pero, antes de encontrar una respuesta, reparó en la figura que estaba a su lado: una mujer que hacía grandes aspavientos y trataba de llamar la atención del tipo que parecía al mando.

Reconoció a Tia. Y supo que todo estaba perdido.

Sola

—

—¡Haz que pare!

Tia parece aterrada. El tipo que parece dirigir el cotarro no solo la ignora, sino que además se toma su tiempo en encender un cigarrillo.

—¡He dicho que detengas la pelea, Ngoye!

—¿Bromeas? ¡A la gente le encanta esto!

Ilustra su explicación con los brazos extendidos, como si pretendiera abarcar con ellos a toda la turba que, a sus pies, jalea y anima a los contrincantes a despedazarse. He seguido a Tia hasta aquí arriba confiando en que, mientras esté cerca de ella, estaré a salvo. A juzgar por la forma en la que nos miran todos estos tipos, creo que he sido demasiado optimista.

—¡Es solo una niña!

Eso hace reaccionar al fin a ese tal Ngoye, que no da crédito.

—¿Es una chica? No me jodas.

Da un codazo al tipo que tiene al lado, que celebra la revelación con una sonrisa. Parecen encantados de la vida, felices con este giro de los acontecimientos y, sobre todo, satisfechos por ignorar a Tia de esta manera. Creo que consideran su presencia un engorro y les parece una buena ocasión para demostrárselo.

Me planteo intervenir, pero estoy demasiado aturdido y creo que estos tipos son demasiado peligrosos como para apreciar el gesto, así que me quedo detrás de Tia, confiando en que ella resulte más persuasiva que yo. Un vistazo al foso me permite comprobar que Ayla se desenvuelve bastante bien y logra mantener a raya a ese energúmeno, aunque no sé cuánto tiempo más será capaz de resistir. La superioridad física de su rival es incontestable. Ni siquiera con su navaja podría igualar las tornas.

Estoy a punto de hacérselo ver a Tia, pero no hace falta.

Con un gesto seco, saca una pistola y la planta a pocos centímetros de la cabeza de ese tal Ngoye.

—Para el combate.

El tipo da una calada sin mirarla. Parece acostumbrado a que traten de volarle la cabeza al menos un par de veces a la semana.

Sus allegados sí que reaccionan. Sacan sus armas al unísono y apuntan a Tia, que solo tiene ojos para su objetivo. Uno de esos tipos me apunta a mí.

Es curioso, pero me cuesta sentirme amenazado. La integridad de Ayla es mi mayor preocupación en estos momentos, por encima de cualquier cosa que pueda sucederme.

Ngoye se vuelve hacia Tia. Su expresión es desafiante. Quiere hacerle saber que no está en absoluto impresionado por su actitud. Después se vuelve hacia uno de sus hombres y le dedica un gesto ambiguo.

Este suelta un alarido en un idioma que desconozco. En algún lugar ahí abajo suena la sirena que pone fin a la contienda. El público responde con un abucheo.

—Sácala de ahí.

Tia pronuncia esas tres palabras con furia. Tardo algunos segundos en darme cuenta de que se está dirigiendo a mí. Asiento con nerviosismo y encaro al tipo que me está apuntando, como pidiéndole permiso para moverme. Este no reacciona, de modo que simplemente me pongo en marcha y desciendo de la plataforma a toda velocidad. Espero recibir en cualquier momento un disparo por la espalda, pero este no llega a producirse.

Avanzo entre la multitud de hombres que gritan, silban y arrojan sus latas y vasos de plástico a los luchadores, cabreados al verse privados del espectáculo. Aún no deben de haberse percatado de lo que está sucediendo en lo alto de la plataforma. Llego hasta el límite del foso y me dejo caer en el interior con cuidado de no echar todo el peso sobre la prótesis que sustituye mi pie derecho. Por un instante envidio la agilidad de Ayla, que está agachada junto al contendiente caído.

—Tenemos que irnos.

Ilustro mi explicación señalando a la plataforma. Tia sigue apuntando a la cabeza de Ngoye, aunque desde donde estamos no se distingue con claridad que lleve una pistola, motivo por el que

nadie más parece darse cuenta de ello.

—Ayúdame —dice Ayla.

Nadie nos ayuda a salir del foso, por lo que tenemos que sacar a ese luchador, que resulta ser una chica, en peso, como si de un saco de arena se tratase. Una vez fuera, la tomo en brazos y la turba se abre para que pasemos sin escatimar en insultos y en algún que otro escupitajo.

Hacemos el camino hasta el exterior casi a la carrera sin que nadie nos salga al paso ni nos impida marcharnos. Me sorprende que no nos caigan encima los guardaespaldas de ese tal Ngoye, pero es pronto para cantar victoria.

Nos metemos en el coche y salimos disparados.

Ayla se queda en el asiento trasero con la cabeza de esa chica sobre el regazo. Le acaricia la frente y le susurra palabras de ánimo a las que esta contesta con apenas algún que otro balbuceo.

—Aguanta, Kasya.

Rezo por que Kasya no se nos muera ahí detrás y acelero. No tardamos más que unos diez minutos en llegar al hospital más cercano. Unos enfermeros que fuman junto a la entrada nos ven descender con la chica herida y se apresuran a hacerse cargo de ella. Descubro que Ayla se dispone a ir tras ellos.

—¿Adónde narices crees que vas?

Me lanza una ojeada interrogativa, como si la respuesta fuera evidente.

—No pienso dejarla sola.

—No estará sola. Estará en un puñetero hospital rodeada de médicos y enfermeros que se ocuparán de que se recupere. En cambio, tú acabas de ponerte en el punto de mira de esos tipos.

No hace falta que le recuerde que saben dónde vive, que hemos dejado a su padre solo y que, si deciden hacerle una visita, no serán precisamente amables con él. Ella misma cae en la cuenta de golpe, lo que la lleva a mascullar una maldición.

Vuelve al coche y cierra de un portazo que hace temblar hasta el último tornillo del habitáculo.

—¿Quién era esa chica? —pregunto mientras nos ponemos en marcha.

—Una amiga.

No parece dispuesta a contarme mucho más, de manera que no

insisto. Supongo que esa muchacha era el motivo por el que tenía tantas ganas de ir a Los Días Felices.

—¿Y qué hacía Tia allí?

Se encoge de hombros para darme a entender que ella tampoco esperaba verla en el desguace. En cualquier caso, su intervención ha sido providencial. De no ser por ella, es bastante probable que ese tal Ngoye hubiera ordenado despedazar a Ayla.

No puedo creer la suerte que hemos tenido.

Cuando llegamos al piso de Ayla, detengo el coche frente al portal.

—Ya nos veremos.

Me despacha con una agresividad tan espontánea como inesperada. Aun así, salgo del coche al mismo tiempo que ella.

—No voy a dejaros solos.

—Lárgate, Mascarell. Sé cuidarme sola.

A la vista está que no es así, pero es incapaz de reconocerlo. Entra en el edificio antes de que tenga posibilidad de insistir. La conozco lo suficiente como para saber que, si voy tras ella, me obsequiará con una buena tunda de puñetazos, así que me quedo donde estoy.

Después de varios minutos, como no sé qué otra cosa hacer, vuelvo al coche.

VII. Poder

Nielsen

—

Hacía años desde la última vez que Nielsen recaló en un calabozo. Cuando los agentes lo dejaron en aquella celda, miró a su alrededor con desgana, tratando de calibrar las dimensiones del que iba a ser su aposento durante las próximas horas.

Los únicos inquilinos de la celda en aquel momento eran dos yonquis que dormitaban en un banco, uno con la cabeza apoyada en el regazo del otro. Nielsen contuvo un suspiro y tomó asiento en la otra punta de la estancia. Trató de relajarse al tiempo que se preguntaba cómo diablos había podido tener tan mala suerte.

¿Quién iba a esperar que un control rutinario de tráfico fuera a terminar de esa manera?

Algo se había torcido. Los agentes se mostraron especialmente desconfiados y se empeñaron en cachearle. Encontraron la Luger en su bolsillo, y claro, cuando le preguntaron de dónde había salido aquella arma y si tenía permiso para llevarla, se negó a responder.

El resto era historia. Una discusión con aquellos dos idiotas solo habría empeorado las cosas, así que resolvió callar y dejar aquel asunto en manos de sus abogados. Tampoco protestó ni se resistió cuando lo trasladaron a las dependencias policiales, a la espera de aclarar el asunto de la posesión de aquella pistola.

En cuanto sus abogados se personaran en comisaría y argumentaran que no había hecho nada que justificara la inquina de esos agentes, volvería a estar en libertad y recuperaría la Luger.

Había tenido mala suerte. Nada más.

Un movimiento al otro lado de la celda llamó su atención. Los yonquis habían dejado de dormitar y observaban a Nielsen con los ojos bien abiertos. Este les sostuvo la mirada, impasible.

Cuando la pareja se incorporó, se puso en guardia. Echó un vistazo al otro lado de la reja, pero, para su sorpresa, no había

nadie. El agente encargado de vigilar aquellas dependencias no se encontraba en su puesto, una negligencia más que sumar a la lista de agravios que comunicaría a sus abogados.

Pensó en llamar al agente a gritos, pero se contuvo. No recordaba la última vez que se había visto obligado a pedir auxilio y era demasiado viejo como para cambiar de costumbres. Por eso, cuando los yonquis se acercaron con los brazos algo separados del cuerpo e intuyó sus intenciones, se limitó a esbozar una sonrisa sarcástica.

—Ojo con lo que hacéis, capullos. ¿No sabéis quién soy?

La pareja intercambió una ojeada rápida, antes de volverse de nuevo hacia él. En sus labios florecieron sendas sonrisas crueles y Nielsen supo que, por inaudito que fuera, se había equivocado: aquello era justo lo que parecía.

Una serie de certezas se encadenaron en su cabeza a toda velocidad.

Esos tipos sabían quién era. No había recalado allí por casualidad. Alguien se había encargado de orquestar aquella emboscada para que terminara en aquella celda junto a esos dos psicópatas.

Era una trampa. Una maldita trampa.

De la Fuente, Matisse, Tia y Ngoye

—

Acaba de amanecer cuando Ngoye llega al despacho de De la Fuente. No parece importarle demasiado ser el último en llegar y está de un humor excelente.

—Ya estamos todos —saluda.

A De la Fuente le llama la atención el derroche de cordialidad del que hace gala y le cuesta reconocerlo como el mismo tipo que hacía tan solo unas horas estuvo en aquel mismo lugar exigiendo medidas y cabreado por el curso de los acontecimientos.

Matisse observa al africano desde su asiento. Es la primera vez que lo ve en persona y destila una expresión a mitad de camino entre la curiosidad y la prudencia. Tia también está por allí, junto al ventanal que domina la estancia y de espaldas al grupo. Parece demasiado interesada por lo que hay al otro lado de la cristalera como para preocuparse por nada más.

Ngoye observa a Tia durante varios segundos antes de hablar.

—Debería atar en corto a su gente, De la Fuente.

—¿Va a decirme cómo tengo que hacer las cosas?

El africano señala a Tia con un dedo largo y nudoso.

—Esa mujer me apuntó a la cabeza con un arma en presencia de mis hombres.

—Lamento oírlo. ¿Por qué tuvo que llegar a eso?

No deja de mirarlo mientras pone esa cuestión sobre la mesa, como si fuera el único que puede darle una respuesta satisfactoria. No es la pregunta que Ngoye espera y, cuando va a responder, la expresión de De la Fuente lo lleva a contenerse. «Me importan una mierda vuestras diferencias», dice sin palabras. No los ha citado para mediar ni para escuchar sus quejas o lloriqueos. Hay asuntos mucho más urgentes a los que hacer frente.

Por eso, el africano guarda silencio. De la Fuente asiente para

hacerle ver que ha tomado la decisión correcta.

—Nielsen ha muerto.

La noticia cae como una bomba sobre Ngoye. ¿El viejo ha palmado? Lo último que supo de él era que había sido detenido, lo que ya de por sí resultaba insólito.

Entonces mira con renovado respeto a la mujer que tiene delante y se pregunta cuánto habrá tenido que ver en esa muerte.

Nielsen era uno de los miembros más antiguos de la cúpula de la organización. Si la policía quería descabezar al Gran Rojo, no habría podido contar con un testigo mejor. La información de la que disponía sería clave para alterar sus negocios de forma definitiva, o casi.

Cada vez tiene menos dudas de que ha sido De la Fuente la que ha ordenado su ejecución.

—Va a haber cambios —continúa ella—, y lo último que necesito es que se comporten como críos. Tienen que trabajar juntos y cooperar. Si no son capaces de algo tan sencillo, buscaré a quien pueda hacerlo.

Se supone que la amenaza está dirigida al grupo al completo, pero Ngoye no puede evitar sentirse el destinatario último de la advertencia, entre otras cosas porque De la Fuente no deja de mirarlo. Nota el rugido de la indignación a punto de materializarse en sus labios, pero se obliga a mantenerlo a raya y exterioriza su conformidad con un parpadeo.

Vale la pena contenerse. Ahora que Nielsen ha desaparecido, el negocio de Los Días Felices necesita alguien que lo dirija con mano firme. La posibilidad de ascender algunos peldaños de golpe es demasiado sugerente como para tomársela a la ligera. Eso le permitiría resarcirse, además, de las pérdidas provocadas por la calamidad de la nave de Friedrichsdorf.

—¿Conoce a Matisse?

Señala al calvo que está sentado ante ella, que alza una mano a modo de saludo, «Presente». Ngoye no ha visto en su vida a ese tipo de ojeras pronunciadas y con la cabeza pelada como un champiñón. Su aspecto le resulta más cómico que otra cosa, pero se reserva su opinión y niega con la cabeza.

—A partir de hoy, Matisse dirigirá Los Días Felices. Rendirá cuentas directamente ante él. Lo apoyará y le ayudará en todo lo

que necesite.

La sentencia hace palidecer a Ngoye, lo que no resulta nada fácil. El calvo ni siquiera se digna a mirarlo, un gesto tan revelador que es imposible pasarlo por alto. No lo considera un igual, ni mucho menos, sino poco más que un colaborador.

El africano está harto de De la Fuente y de todo su séquito de perturbados. ¿Se creen que pueden ningunearlo de esa manera? En su país es una persona respetada y temida, pero estos tipos parecen empeñados en reducir su condición a la de un vulgar siervo al que pueden mangonear a su antojo. Solo lo quieren por lo que posee: una línea directa y más o menos segura para transportar a hombres y mujeres desde África hasta el puerto de Frankfurt.

Como si intuyera sus reticencias, De la Fuente le muestra la palma de la mano para pedirle paciencia.

—Los Días Felices es un negocio muy lucrativo, pero también muy complejo. Es muy fácil llamar la atención de las autoridades, así que debemos ser muy cautelosos, sobre todo en las primeras fases. Su forma de trabajar es problemática, señor Ngoye. Es descuidado e indiscreto. Ya ha visto lo que ha sucedido en Friedrichsdorf.

La referencia lo desarma de cualquier excusa que hubiera podido formular. Ngoye se contiene para no ponerse a gritar, que es lo que de verdad le apetece. De la Fuente nota su azoramiento y hace un gesto para quitarle importancia.

—No espero que lo entienda. Simplemente, no puedo ponerle al frente de Los Días Felices, al menos por el momento.

Emplea un tono compungido, como si le costara tomar esa decisión. Ngoye cada vez tiene más claro que esa mujer es una zorra. Una zorra vieja y muy lista.

No obstante, aprecia su sutileza. «De momento», ha dicho. Es un detalle fácil de pasar por alto, pero que le permite vislumbrar la posibilidad de que en el futuro le otorgue la responsabilidad del negocio de las peleas clandestinas.

—Nada de menores.

El que ha dicho eso es el calvo. A Ngoye le llama la atención que haya escogido precisamente ese momento para hacerse notar. Matisse se gira a medias en su silla para dirigirse a él.

—Nada de experimentos —continúa—. Nada de peleas con

machetes. Nada de enfrentar a hombres contra mujeres. Nada de combates a vida o muerte. De momento, nos limitaremos a ofrecer un espectáculo algo más tradicional.

Enumera esa lista de acotaciones con desgana, como si las trajera aprendidas de casa. Ngoye traga saliva para terminar de digerir la información antes de volverse hacia el que a partir de hoy va a ser su nuevo jefe.

—Con tantos remilgos, estaremos desaprovechando la parte más suculenta y, por tanto, más lucrativa de este negocio.

El calvo asiente como si ya hubiera pensado en ello, pero Ngoye teme que no lo tenga tan claro e insiste.

—No necesitamos reglas. Si la gente quiere ver un combate tradicional, va a una velada de boxeo. Nosotros deberíamos ofrecer algo más.

—Y lo haremos —concede Matisse—, pero más adelante.

Ngoye no le ve sentido, pero el tono del calvo delata que la decisión ya está tomada. No tiene más remedio que tragarse la bilis y repetirse que las cosas no están tan mal. Que esta sigue siendo una oportunidad estupenda de generar pasta y que, si tiene paciencia, antes o después llegará su oportunidad.

—Estoy deseando trabajar con usted —promete—. He comprado una nave en Neu-Isenburg y estoy preparado para llenarla de carne fresca.

—Cuide a los luchadores, Ngoye. No quiero boxeadores desnutridos, enfermos o que no puedan garantizar un buen espectáculo. No vamos a obligar a dos desgraciados a matarse entre ellos por un trozo de pan. ¿Queda claro?

Ese «¿Queda claro?» se le atraviesa. Es una provocación en toda regla, una muestra de arrogancia gratuita e innecesaria con la que ese calvorota pretende marcar los límites y dejarle claro quién manda. Ngoye piensa que, como siga tragándose insultos, va a terminar provocándose una úlcera, pero no ve otra salida que decir que sí, que como él ordene, que para algo es el jefe.

De la Fuente deduce que la confrontación ha concluido e interviene.

—Eso es todo, caballeros. —Se dirige a Ngoye—. A partir de hoy tratará con Matisse. Espero no volver a verle en mucho tiempo.

Esa última frase es una despedida y una amenaza. El africano no

tiene otra salida que asentir de nuevo, aunque en su fuero interno está preguntándose cuánto tardarían sus cerdos en hacer desaparecer el cadáver de esa maldita mujer.

Masculla un débil «hasta luego» y abandona el despacho. Matisse sale detrás de él.

Dentro solo quedan De la Fuente y Tia.

De la Fuente y Tia

—

De la Fuente parecía minúscula tras aquel gigantesco escritorio, pero Tia no se dejó engañar. El poder que emanaba de aquella mujer bastaba para justificar la mesa, el opulento despacho e incluso el rascacielos en el que se encontraban. Detrás de ella, un retrato enorme mostraba al difunto señor De la Fuente, que, desde las alturas, escudriñaba las visitas con el rostro adusto de quien no tiene ni un minuto que perder.

Tia aprovechó que se habían quedado solas para acercarse a la mesa y tomar asiento en el sillón que hasta hacía un momento había ocupado Matisse.

—Ngoye es un miserable, pero va a hacernos ganar mucha pasta.

De la Fuente pronunció aquellas palabras con la presteza de una maestra que ha repetido demasiadas veces la misma lección y no puede creer que sus pupilos aún tengan dudas.

—Hay puertas que es mejor no cruzar, De la Fuente.

Tia fue consciente de que se estaba extralimitando al sugerirle cómo debía hacer las cosas. Sin embargo, lejos de parecer molesta, De la Fuente se repantigó en su sillón y la observó con los ojos entornados.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Tia pensó en sus opciones. No eran muchas, dado que ignoraba hasta qué punto estaría De la Fuente enterada de lo sucedido. Tampoco podía mentirle, así que optó por contar una verdad a medias.

—Ngoye puso a un tío a pelear contra una chica. Una menor. Estaba a punto de matarla.

De la Fuente asintió, pero sus facciones se endurecieron de forma ostensible, lo suficiente como para que Tia supiera que acababa de pisar una mina.

—¿Qué pasa con Ayla?

Que no se hubiera molestado en dar un rodeo ponía de relieve la importancia de esa cuestión, pero también algo más. Le había dado la oportunidad de contárselo y, como no lo había hecho, no le había dejado más alternativa que preguntárselo directamente. Insistió antes de que Tia empezara siquiera a formular una explicación.

—Estaba allí, ¿no? Se metió a defender a esa chica y obligaste a Ngoye a que parase la pelea.

Soltó cada dato de manera calculada, como losas que caían sobre Tia sin dejarle apenas margen para argumentar otra cosa que no fuera la verdad desnuda. No tenía sentido seguir disimulando, así que respondió de la forma más directa posible.

—Le apunté a la cabeza, sí. Ahora me pregunto si no habría sido mejor apretar el gatillo.

—De haberlo hecho, estaríamos teniendo una conversación muy diferente. Lo sabes, ¿verdad?

—Ayla no ha hecho nada.

Trató de no sonar desesperada, pero no estuvo segura de conseguirlo. Aun así, De la Fuente hizo un gesto de resignación, como si apreciara el esfuerzo.

—Ayla se ha metido en nuestros asuntos demasiadas veces, Tia. Primero con todo ese tema de la pistola y ahora, para colmo, en Los Días Felices. Que se haya colado en el recinto y haya reventado uno de los combates es intolerable.

Aquella aseveración escondía un claro mensaje entre líneas: Tia era la culpable de que Ayla se hubiera visto inmersa en sus problemas. Si no hubiera llevado el arma a su casa, la chica no se habría enterado de nada y habría podido seguir con su vida, ajena a sus negocios. Era culpa suya que ahora se encontrara en el punto de mira de la organización dirigida por la mujer que tenía delante.

—Te aseguro que no va a causarnos problemas.

—Son tiempos complicados, ¿sabes? Nielsen y yo llevábamos mucho tiempo trabajando juntos.

La mención del malogrado Nielsen operó un cambio casi inapreciable en el semblante de De la Fuente. Como si quisiera quitarle importancia, hizo girar su sillón hasta encarar el ventanal que había a un lado del despacho.

—¿Qué le ha pasado, en realidad?

Tia lo preguntó de forma instintiva, sin esperar que fuera a darle una respuesta. Por eso le sorprendió tanto que, después de casi un minuto completo en silencio, De la Fuente hablara de nuevo.

—Dejamos de confiar en él.

Empleó un tono rotundo, sin lugar para la réplica. La certeza cayó entre ambas con la fuerza de un obús, abriendo una brecha que Tia no pudo ignorar. ¿Cómo podía confesar algo así, sin más? Y delante de ella, como si no le importase que pronto esa información se volviera de dominio público.

O puede que precisamente por eso.

—No es ningún secreto que Nielsen no estaba bien —continuó—. Llevaba tiempo tomando decisiones equivocadas. Y en este negocio, cuando alguien deja de ser de fiar, más te vale deshacerte de él antes de que te arrastre en su caída.

Tia sabía a qué se refería. La gente hablaba. Se decía que Nielsen estaba acusando el paso de los años y ya no era el de antes. Que se resistía a acatar las nuevas decisiones y los cambios que la nueva era demandaba a un negocio tan arriesgado como desagradecido. No era una sorpresa que De la Fuente hubiera comenzado a verlo como un lastre.

Además, estaba lo de esa bruja de Offenbach a la que Nielsen iba a ver de vez en cuando para que le predijera el futuro y lo ayudara en sus asuntos. ¿Cómo puedes confiar en alguien que deja las decisiones más importantes en manos de una curandera? Y lo más importante: ¿hasta qué punto estaría la vieja Baobab enterada de los negocios de Nielsen y, por tanto, de De la Fuente?

Por eso hubo que eliminar a los Popescu también.

Casi sin querer, Tia alzó su mirada hacia el rostro severo del señor De la Fuente, que observaba desde las alturas y otorgaba gravedad a cualquier cosa que se dijera en aquel despacho.

—Son tiempos complicados —repitió De la Fuente—. No podemos permitirnos ningún error.

Tia dedujo que volvían a hablar de Ayla. Escogió con cuidado sus palabras, consciente de lo que estaba en juego. Si no conseguía convencer a esa mujer de que dejara vivir a Ayla y a su padre por las buenas, tendría que hacerlo por las bravas.

Y eso era lo último que quería, claro.

—Me ocuparé de que no cause problemas.

—No nos gusta correr riesgos, Tia.

—Por favor, nunca te he pedido nada.

De la Fuente hizo un gesto de desdeño, como si ya hubiera tenido en cuenta ese detalle. Después cruzó las manos sobre el escritorio y se las miró, como si en ellas se hallaran las respuestas a aquella disyuntiva.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Tia se encogió de hombros, «Eso es cosa mía». Las cosas no pintaban bien, pero le pareció entrever un débil halo de esperanza en aquella cuestión. Puede que, de alguna manera, sí que pudiera hacer entrar en razón a esa mujer y convencerla de que Ayla era inofensiva.

De la Fuente la observó largamente antes de lanzar un suspiro y concentrarse de nuevo en sus manos.

—Te necesitamos en Algeciras.

Bajó tanto el tono que Tia pensó que no la había oído bien. Para cuando descifró el significado de aquellas palabras, De la Fuente había vuelto a encarar el ventanal.

—Hay un asunto allí del que queremos que te encargues personalmente. Hay mucho en juego.

Tia ahogó la andanada de insultos que estuvo a punto de salir de sus labios. Ahora que veía adónde quería ir a parar, no pudo evitar preguntarse si la amenaza a la vida de Ayla no había sido tan solo un medio para conseguir lo que quería de ella.

—Muchas cosas van a cambiar, Tia, y quiero contar contigo. Necesito gente leal a mi lado.

Tia asintió a duras penas. Podía imaginar la clase de negocios que De la Fuente pretendía poner en marcha en Algeciras y el papel que la iba a obligar a jugar en ellos.

Hasta entonces, Tia había ocupado un puesto de responsabilidad en el aparato logístico del transporte de mercancías que llegaban desde la costa marroquí hasta el puerto de Frankfurt. Estaba detrás de algunos de los mayores cargamentos de hachís y heroína que habían arribado a la ciudad, desde donde se distribuían al resto de Alemania. Eso la había hecho ganarse una merecida fama de resolutiva, pero había una línea que nunca había querido rebasar: el tráfico de personas. Era el tipo de negocio en el que no quería verse envuelta de ninguna manera.

Eso la había convertido en un problema. A pesar de su reputación y sus notables éxitos, De la Fuente no podía permitir que sus remilgos pusieran freno a un negocio que podía otorgarle muchos beneficios.

Entonces había encontrado la clave: Ayla.

Su bienestar era lo primero. Tia jamás habría permitido que le sucediera algo malo. De la Fuente lo sabía y pensaba aprovecharse de ello.

Con la vida de Ayla y de su padre en sus manos, Tia no podría negarse a nada. La única manera de mantenerla a salvo sería hacer exactamente lo que De la Fuente le pidiera, ya que cuando regresara a España no habría nadie en Frankfurt para protegerla.

Era un golpe bajo, un chantaje muy del estilo de la mujer que tenía delante. De la Fuente fingía tener la mirada perdida ante sí, como si de esa manera quisiera darle algo de espacio para meditar sus próximos movimientos, pese a que las dos sabían que solo había una respuesta posible.

—Cuenta conmigo.

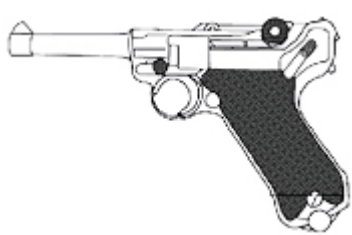
De la Fuente fingió no oírla. Siguió mirando el paisaje durante varios segundos antes de hablar de nuevo.

—Tendrás cosas que hacer.

No dijo más. Como si diera por hecho que, una vez establecidos los límites de su nuevo cargo, no había mucho más que hablar.

Tia supo que su destino estaba sellado. Tomaría el próximo vuelo a Cádiz y, una vez en Algeciras, cumpliría con lo que sea que aquella mujer le exigiera, con la certeza de que, de no hacerlo, estaría poniendo en peligro no solo su vida, sino también la de Ayla.

Farfulló una despedida y se marchó sin mirar atrás.



Llegó una hora más tarde a la Colmena. Tenía que hablar con Ayla y hacerle entender que, por mucho que la quisiera, había cosas que no podía contarle para no exponerla más de lo necesario.

No obstante, dudaba que fuera a permitirle volver a acercarse a ella y a su padre.

Bastante había hecho ya.

Estaba tratando aún de encontrar el valor para afrontar aquella situación cuando un coche situado a un lado de la calle le hizo señales con las luces. Al volante, un rostro que reconoció a la primera.

Estuvo a punto de ignorarlo pero, en el último momento, ahogó un suspiro y se acercó al vehículo al tiempo que la ventanilla descendía y el conductor asomaba la cabeza.

—Buenos días, Tia. ¿Por qué no entras y hablamos un rato?

Literalmente

—

—¿Has pasado la noche aquí, Mascarell?

Vuelvo a observar el portal del edificio en el que viven Ayla y su padre. Nada ha cambiado en las últimas horas, lo que no deja de ser reconfortante, pero estoy tan aburrido y tengo tanto sueño que la presencia de Tia en el asiento del acompañante supone un cambio bastante agradable.

—No tendrías que haberte molestado.

Lo dice como si de verdad lo pensara. Después echa una ojeada en torno, como si valorase las prestaciones de mi cochecito de alquiler.

Es muy fácil decirlo. Ahí arriba hay una adolescente respondona que está en claro peligro. Quedarme aquí vigilando, por si aparecen algunos indeseables enviados por Matisse o por ese tal Ngoye, es una forma algo desesperada de actuar, pero no se me ha ocurrido nada mejor. Si dejara a Ayla sola y le sucediera algo, nunca me lo perdonaría.

Creo que Tia piensa lo mismo, pues su mirada ha cambiado. No es afecto ni ternura, sino más bien resignación. Como si conformarse conmigo no le pareciera una opción tan mala ante la ausencia de otras alternativas. Cuando habla, su tono es comedido, casi de camaradería.

—Nadie va a venir a por ella, Mascarell.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Me he ocupado de ello. Puedes irte a descansar.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿te irías?

Titubea. Es solo una fracción de segundo, pero basta para confirmar mis suposiciones.

—No podrás vigilarla siempre, Mascarell.

Lo dice en el mismo momento en el que una mujer con un

carrito de la compra se aproxima al portal de Ayla. Es una anciana, o al menos lo parece. La examino con atención antes de decidir que no supone ninguna amenaza.

—Me tengo que marchar —señala Tia.

Habla con fastidio, como si nada le apeteciera menos. Supongo que no se refiere solo a que va a salir del coche, sino a que va a volver a ausentarse de Frankfurt.

Hay algo más.

Lo intuyo por la forma en la que me mira. Inquisitiva, urgente. Quiere algo de mí. Cuando deduzco de qué se trata, niego con energía.

—Soy detective, no una niñera.

—No me jodas, Mascarell.

—Si de verdad crees que están en peligro, no te vayas. O mejor aún, llévatelos contigo.

Esta vez es ella la que mira para otro lado.

—Si me quedo, irán a por ellos. Si vienen conmigo, los pondré en peligro.

—Si estuvieras tan segura de que están a salvo, no tendrías de qué preocuparte.

—Me preocupo con razón, Mascarell. Tú no los conoces.

—Ilumíname.

Vuelve a negar. En este punto, me siento en posesión de las cartas más valiosas de esta absurda partida y pienso aprovecharme de ello.

—La información es poder, Tia. Puedo echarle un ojo a Ayla si lo crees necesario, pero necesito saber dónde me estoy metiendo.

—Es peligroso saber según qué cosas.

—Empieza contándome qué tiene de especial esa dichosa pistola.

La cuestión la hace quedarse inmóvil, como un leopardo a punto de atacar. Debe de estar pensando hasta dónde resulta sensato contarme.

—Nielsen ha muerto.

La sentencia me paraliza. Es una noticia tan dramática y con tantas aristas que tengo que hacer un esfuerzo para no arrancar, llenar el depósito y poner rumbo a algún país lejano.

El barbas ha muerto. Es tan terrible que tiene que ser cierto. Eso

significa que mi seguro de vida, la única prueba de la que dispongo contra Matisse, ha dejado de tener validez. Si quiere acabar conmigo, nunca lo va a tener más fácil.

—Nielsen estaba obsesionado con esa pistola —continua Tia—. Quería conseguirla a cualquier precio.

—¿Por qué?

—Alguien que no viene al caso le dijo que necesitaba poseer esa arma. Que con ella en las manos, nada ni nadie podría pararle. Una especie de bruja.

El apelativo me arranca un amago de sonrisa, pero, por extraordinario que parezca, Tia habla en serio.

—Le convenció de que esa pistola tenía propiedades mágicas o algo así —añade.

—Me cuesta creer que un tipo como Nielsen fuera tan supersticioso —digo.

—Pues lo era. Deberías haber visto la cara que puso cuando se la di. Estaba tan sugestionado que debió de creer de verdad que se trataba de un artefacto sobrenatural. Cuando tuvo la pistola en su poder, parecía otra persona.

—Supongo que hay gente que necesita creer en algo. En lo que sea.

—Por eso ha acabado como ha acabado —dice.

—Ayúdame a entenderlo. ¿Cómo ha acabado exactamente?

—Fue detenido. Los agentes lo hallaron en posesión de esa pistola y, como no quiso decir de dónde la había sacado, lo llevaron a comisaría para interrogarlo a fondo. Allí tuvo un encontronazo con un par de tipos y acabó muerto.

—Un encontronazo.

—Sí.

—No me jodas, Tia.

Exhala un suspiro que parece salirle desde muy adentro. Sostiene un beligerante debate interno sobre la conveniencia de ponerme al día de esa información o no.

—Hay alguien muy poderoso detrás de todo esto, Mascarell. Alguien que, probablemente, tenga mucho más que ver con la muerte de Nielsen de lo que jamás admitirá.

En ese momento, evoco la conversación que mantuve con Firmin hace unos días y un nombre se materializa en mi cabeza.

—De la Fuente.

Tia alza la vista y me observa con renovado respeto, como si me viera por primera vez. Al cabo, asiente muy despacio.

—Está al frente del negocio desde que su padre murió, hace siete años.

Tomo lo que sé, lo que creo saber y lo que debería saber, y utilizo todos esos elementos para componer una teoría rocambolesca y retorcida. La observo desde diferentes ángulos hasta que me doy cuenta de que tengo la solución delante de las narices. Después me tomo un par de segundos extra para ordenar mis ideas antes de exteriorizarlas.

—Me apuesto lo que quieras a que el arma que acabó con la vida del señor De la Fuente jamás fue encontrada.

Tia no responde, ni yo necesito que lo haga. De repente, la Luger cobra una inesperada relevancia. Debe de tratarse del arma que utilizaron hace siete años para acabar con el líder del Gran Rojo. La ausencia de pistas sobre el responsable de ese asesinato la convierten en un elemento fundamental de aquel suceso: quien tuviera el arma en su poder, era el responsable de ese asesinato.

Al menos, en teoría.

—Así que la policía detiene a Nielsen —digo—, quien casualmente tiene en el bolsillo la pistola con la que mataron al señor De la Fuente.

Esta certeza lleva otra aparejada, más lógica cuanto más pienso en ella.

—Eso justificaría que De la Fuente ordenase su ejecución, cerrando así el círculo.

—Pero el arma llegó a manos de Nielsen por otros medios.

Es una protesta tibia, lo que me hace pensar que Tia ha llegado a las mismas conclusiones que yo. Decido compartir mi teoría con ella.

—Alguien tenía mucho interés en que esa pistola llegara a Nielsen. Puede que ese alguien le pagara una buena suma a la bruja para que le recomendara hacerse con la pistola, con la excusa que fuera. Con ella en su poder, De la Fuente lo tendría en sus manos. En cuanto le causara problemas o se cansara de tenerlo a su servicio, bastaría una llamada a sus contactos en comisaría para hacer que lo detuvieran. Pronto, los expertos en balística de la

policía demostrarán que se trata del arma utilizada en ese crimen de hace siete años. De esta forma, la ejecución de Nielsen estaría más que justificada.

—Un poco rebuscado, Mascarell. ¿Por qué no matarlo sin más?

—Porque una líder no ejecuta a sus lugartenientes así, sin un motivo de peso. Necesita una buena excusa. Si no, nadie querría trabajar con ella ni sería respetada como la cabeza visible de la organización. Si yo tuviera un jefe que pudiera eliminarme en cualquier momento sin un motivo concreto, me aseguraría de cargármelo primero.

Tia duda, pero no protesta, lo que me dice que no estoy demasiado lejos de la verdad.

—Llegados a este punto —continúo—, cabe preguntarse dónde estuvo esa arma todo este tiempo, antes de recalar en las manos de Nielsen. Sabes lo que parece, ¿no?

Tarda algunos segundos más de la cuenta en asentir. Ella también tiene sus sospechas, pero se niega a darles solidez. Quiere oírmelo decir, para asegurarse de que no es la única que ha pensado en ello.

—De la Fuente tenía esa arma, Tia. La conservó hasta que vio el momento de endosársela a Nielsen y hacerle cargar con la muerte de su padre.

¿Y por qué tenía De la Fuente la Luger en su poder? No necesito incidir en esa cuestión para saber que Tia ya se la ha planteado y ha llegado a las mismas conclusiones que yo.

Esa mujer mató a su padre.

Ojalá pudiera decir que me sorprende.

—Sin pruebas con las que apuntalarla, esa teoría no sirve para nada, Mascarell. Solo son suposiciones.

Asiento como si estuviera de acuerdo, aunque en realidad no dejo de darle vueltas a la situación que tenemos entre manos. De entre todas las dudas que me asaltan, una resuena con más fuerza que las demás: ¿de verdad mató De la Fuente a su propio padre? ¿O tal vez ordenó a alguien que lo matara?

Una nueva teoría comienza a tomar forma en mi cabeza. Una que prefiero no compartir con Tia, por temor a lo que pueda averiguar.

Cuando la miro, descubro que ella también está rumiando sus

propios problemas. Mantiene la vista fija en el portal de la Colmena.

—Es mejor que no subas —le digo.

Niega. Ella también sabe que una conversación con Ayla, en este mismo momento, difícilmente va a tener un final feliz.

—¿Cuidarás de ella, Mascarell?

Miro para otro lado para eludir una respuesta que me parece obvia. Me jode verme comprometido de esta manera, obligado a vigilar a Ayla y a dar cuenta de lo que hace o deja de hacer, aunque reconozco que lo habría hecho aunque Tia no me lo hubiera pedido. De hecho, ese es el motivo por el que sigo aquí anclado, vigilando la entrada de su edificio, a pesar de que no creo que vaya a ser capaz de enfrentarme a nadie que venga a por ella.

—Ya hablaremos, entonces.

Sin más, Tia baja del coche y sale corriendo. Literalmente. Dejo de mirarla porque prefiero no saber adónde va.

También porque tengo otra idea rondándome y no quiero que se me escape, que es lo que sucederá si me distraigo.

Ayla
Epílogo

—

El bar no tenía pérdida. Las letras «C» y «P» que se insinuaban en la fachada, emergiendo detrás de una gruesa capa de pintura verde, lo hacían fácilmente identificable.

Mascarell estaba en la barra. Cuando Ayla tomó asiento a su lado sin decir nada, el detective alzó una ceja a modo de saludo, como si no pudiera creer que estuviera allí.

—Firmin, trae un Biofrutas —dijo—. O lo que sea que tomen los jóvenes hoy.

El camarero lo observó con desconfianza, antes de sacar de la nevera una botella de Apfelsaft y plantarla ante Ayla. Se quedó frente a ellos mientras simulaba limpiar aquella zona de la barra, a pesar de que estaba reluciente.

—¿Lo has conseguido?

Mascarell seguía empeñado en mantener esa ceja allá arriba. Por toda respuesta, Ayla sacó su teléfono, buscó el archivo de audio y lo puso en marcha.

Le pasó el teléfono al detective, que bajó el volumen al mínimo y se lo llevó a la oreja para asegurarse de que nadie más oyera la grabación. Ayla creyó que lo hacía por el camarero, que continuaba pendiente de ellos como si alguien le hubiera pagado por enterarse de sus asuntos.

No necesitaba oír esa grabación, en realidad. Ya la había escuchado un par de veces por el camino, así que conocía su contenido y lo reprodujo mentalmente.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—Eres guapa. Podrías ganar mucho dinero.

—¿Tú crees?

—Mírame a mí. Gano en una noche lo que ganaría sirviendo copas durante una semana.

La misión era sencilla: debía interceptar a esa chica y, con cualquier excusa, hacerla hablar de la manera en la que se ganaba la vida.

Ayla la había seguido hasta un supermercado. Allí, había cogido un par de productos y, a la hora de pasar por caja, se había asegurado de colocarse delante de ella.

Cuando llegó el momento de pagar, fingió rebuscar en sus bolsillos, de los que solo sacó calderilla. Aparentó estar avergonzada y, con su expresión más compungida, le preguntó a esa chica si podía prestarle algunos céntimos.

La chica se apiadó de ella. Eso le dio la excusa para deshacerse en agradecimientos y, una vez fuera del súper, decirle que quería devolverle el dinero, que se trataba tan solo de un préstamo, una situación excepcional porque las cosas no iban precisamente bien en casa. Consiguió conmover a esa muchacha, que le habló de cómo se ganaba la vida y la invitó a ir con ella algún día para probar suerte.

—¿Y solo bailas? Disculpa que te lo pregunte, no pretendo insinuar nada, pero… Ya sabes, una oye cosas y…

—Solo bailo. Te aseguro que no me acuesto con esos tíos. Y no te creas que no he tenido ofertas, ¿eh?

Mascarell había sido muy claro a este respecto: no solo debía hacer que esa chica le contara cómo se ganaba la vida, sino que también debía hacerla decir que no se acostaba con nadie. Ayla no entendía muy bien a qué venía ese interés, pero prefirió no saberlo.

—Oye, ¿y tu familia sabe a lo que te dedicas? Porque si mi padre se entera de que bailo en un club, no creo que se ponga a dar saltos de alegría, precisamente.

—A mi padre le he dicho que trabajo en un bar, lo que no deja de ser cierto.

—¿Y no te da miedo que se entere?

—¿Qué más da? ¿Acaso estaría más orgulloso de mí si supiera que estoy trabajando doce horas al día en un bar maloliente, sin contrato y por menos del salario mínimo?

—Ya…

—Vivo aquí. Gracias por acompañarme. Oye, piénsatelo y me llamas. De verdad que no me importa.

—Muchas gracias, me vendría bastante bien.

—Apunta mi número. Me llamo Antonia.

El detective se retiró el teléfono de la oreja y se lo devolvió.

—Eres buena.

Ayla se encogió de hombros para quitarse importancia, pero, a decir verdad, se sentía bastante orgullosa de su ingenio. Mascarell extrajo su cartera, contó un puñado de billetes y se los tendió.

—¿Qué te parece un brindis?

Se obligó a fingir desgana mientras tomaba su zumo y lo hacía chocar contra su botella de cerveza. La oferta de Mascarell había sido una especie de bendición que había llegado en el momento más apropiado. Le había propuesto que fuera algo así como su ayudante en el negocio de la investigación privada. No es que se tratara del trabajo de sus sueños, pero al menos le permitiría llevar dinero a casa sin tener que hacer frente a jornadas maratonianas a lomos de una bicicleta.

No era una mala perspectiva y, en cualquiera caso, creía tener aptitudes de sobra para hacer un buen papel.

El camarero se alejó para atender a una pandilla de recién llegados. Cuando se hubo alejado lo suficiente, Mascarell dio un trago a su cerveza y habló de nuevo en un tono tan bajo que casi parecía un murmullo.

—Ahora que somos socios, estaría bien que me contaras algo más de ti.

Le sorprendió ese repentino interés y, sobre todo, el tono en el que formuló aquella petición.

—El hombre que vive contigo es tu padre, ¿verdad?

Ayla no estaba acostumbrada a sincerarse con nadie. Sus asuntos eran cosa suya y de nadie más. A pesar de eso, se dijo que, por una vez, no pasaría nada por hacer una excepción.

—Sí. Tiene alzhéimer, si es lo que quieres saber. Está en una fase

bastante avanzada de la enfermedad.

Mascarell asintió, como si validase la información, pero Ayla intuyó que no era eso lo que quería saber.

—¿Qué hay de tu madre? ¿Qué fue de ella?

Lo preguntó con delicadeza y se aseguró de mirarla con el rostro bañado en inocencia, para que supiera que la pregunta no escondía segundas intenciones. Ayla se tomó un instante para ordenar sus ideas antes de responder.

—Murió hace años. Tuvo un accidente de tráfico, aunque apenas lo recuerdo.

El detective apuró la cerveza de un trago largo. Perentorio. Se aseguró de nuevo de que el camarero estuviera lejos de su radio de acción y volvió a la carga.

—¿Y cuándo fue eso?

Ayla estaba empezando a hartarse. Una cosa era que Mascarell mostrara curiosidad por ella, y otra muy diferente que quisiera conocer cada detalle de su vida. No lo necesitaba para seguir trabajando juntos.

—Hace siete años.

Hizo un gesto de resignación. Como si fuera justo la respuesta que esperaba.

—¿Algo más? —preguntó Ayla—. ¿Quieres saber mi talla, por si te apetece que lleve uniforme?

Negó en silencio. Ayla tuvo la impresión de que estaba algo más pálido que antes, pero prefirió no interpretar esta circunstancia. Mascarell era un tipo peculiar. Si no pasaba por alto sus rarezas, aquella iba a ser una relación muy difícil.

—Tengo que irme. Ya hablaremos.

No pareció haberla oído, pero Ayla le dio la espalda igualmente y salió de la cafetería, dejándolo a solas con sus pensamientos.

Agradecimiento a las estrellas

—

Escribir es una labor muy solitaria. Eso hace que el escritor, en muchas ocasiones, se sienta el único habitante de un universo tan grande y complejo que puede llegar a ser abrumador.

Por suerte, en mi universo también hay estrellas.

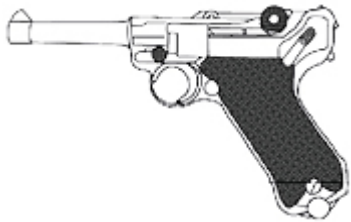
Una de esas estrellas es mi agente, Justyna Rzewuska. A la manera de la Estrella Polar, me indica el camino a seguir y se deja la piel para que no pierda el rumbo.

También brillan con fuerza varias constelaciones. Una de ellas está formada por Fernando Paz, Marina Mena, Ana Sánchez y todo el equipo de AdN, que componen una geometría imposible y admirable. Vaya mi agradecimiento por permitirme formar parte de su selecto catálogo.

La otra gran constelación la forman mi madre, mis hermanos y mis sobrinas. Son estrellas rutilantes, imperecederas, y su brillo me recuerda el lugar del que vengo y que nunca me va a faltar.

En el centro está el Sol, que se escribe con P de Paula. La que ilumina mis tinieblas, calienta mis huesos y me recuerda con cada amanecer que la vida es una aventura y que estamos aquí para divertirnos.

El universo no tendría sentido sin todas esas estrellas que me acompañan en el camino y me animan a no desfallecer. Son todos esos lectores que me han permitido entrar en sus vidas, convirtiéndose de forma inevitable en parte de la mía. Nunca os estaré lo suficientemente agradecido. Sois mi universo.



Dicen que hay estrellas que se apagaron hace eones, pero cuya luz sigue llegando hasta nosotros por más que pasen los años, lo que nos hace sentir que siguen ahí. Lo llaman física, pero a mí me gusta pensar que es magia.

Una de las estrellas que sigue brillando por más años que pasen es Fernando Marías. Sigue presente, en sus novelas y en el recuerdo que dejó en quienes tuvimos la suerte de conocerle. Vayan estas líneas como recuerdo por el café que dejamos pendiente, con mi eterna gratitud por su amistad y generosidad.